

PERIODISTAS DEPORDIVOS

(Fútbol, entre las plumas y las palabras)

WALTER VARGAS

Prólogo: Ezequiel Fernández Moores





PERIODISTAS DEPORDIVOS

(FÚTBOL, ENTRE LAS PLUMAS Y LAS PALABRAS)

WALTER VARGAS



Vargas, Walter

Periodistas depordivos : fútbol, entre las plumas y las palabras / Walter Vargas. - 1a ed .

- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alarco Ediciones, 2015.

144 p.; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-1367-62-7

1. Periodismo Deportivo. I. Título.

CDD 070.44

Ediciones Al Arco: www.librosalarco.com.ar

e-mail: contacto@librosalarco.com.ar

Ilustración de tapa: Gustavo Damiani

 $e\hbox{-}mail\hbox{:} tavodamiani@yahoo.com.ar$

Diseño de tapa e interior: Ana Paoletti.

e-mail: anapaoletti@gmail.com

A mi amor, Patricia, que no podrá faltarme cuando falte todo a mi alrededor.

PRÓLOGO

¿Y quién se cree que es Walter Vargas para opinarnos sobre lo que está bien o mal en nuestro periodismo deportivo?

A esa pregunta, que más de uno podría hacerse leyendo este libro, le respondo que Walter Vargas es uno de los testigos más lúcidos y profundos que conocí en mis casi cuatro décadas de periodista.

Mejor aún, podemos compartir su lucidez y profundidad porque Walter Vargas, además, escribe como pocos. Digo Walter Vargas porque, cuando compartíamos redacción en los años '80, había otro Vargas (Leonardo Vargas, el Varguitas, que ya se nos fue). Y así quedó. Fue en Diarios y Noticias (DyN). Tiempos sin internet, en los que las agencias de noticias tenían mucho más peso. Y sus cables rebotaban de inmediato en las radios y en las demás redacciones. Fue cuando, en medio de esa vorágine, aprendí a admirar la precisión de cirujano que tenía Walter para cada palabra. Para decir en tres líneas de texto lo que otros decíamos en cinco. Y para decirlo no sólo rápido, como lo requería la agencia, sino, ante todo, para decirlo bien.

Walter Vargas mantuvo esa misma precisión comentando en las trasmisiones de Víctor Hugo en Radio Continental, en un partido de Liga holandesa en ESPN o en una noche de boxeo por la TV de cable. Hablaba escribiendo. Escribía mientras hablaba. Y lo hizo luego también en Olé, donde demostró que se puede ser elegante y también popular. Que lo coloquial no tiene por qué ser vulgar.

Credenciales, pues, le sobran. Suelo creer que, muchas veces, los periodistas deportivos (de fútbol casi siempre) no

podemos explicar lo que sucede en el fútbol. Porque actuamos como propaladores del fútbol, como los misioneros que predican la fe. Más difícil aún puede resultarnos hablar entonces del periodismo. Si hasta hay quienes creen en el "periodismo independiente". En Periodistas Depordivos, Walter nos avisa desde el título una mirada crítica del periodismo deportivo actual. Es una mirada que comparto. Porque, como Walter, también amo mi oficio, pero me identifico cada vez menos ya no sólo con el periodismo deportivo, sino con el periodismo a secas. Con una industria que busca impactar antes que informar. Y que, de tanto impacto, termina deformando, no informando. Hoy, es cierto, me parece más inofensivo el periodista deportivo que grita por TV que "fulano se tiene que ir" que el especialista de economía que nos pronostica tormentas que nunca llegan y oculta las que sí llegan. Pensar -nos dice Walter- "se ha vuelto más peligroso que un cable electrificado".

Walter fue testigo de Mundiales y Libertadores, pero, como buen cronista, privilegia un partido de 1979 en Isidro Casanova, Almirante Brown 2 - Argentino de Quilmes 1, al que llegó combinando micros, andando doce cuadras por el Camino de Cintura, con birome Bic, puñado de cospeles para llamar a Télam desde una cabina pública y un deseo y una alegría enormes. Y no nos dice que aprendió en La Sorbona, sino escuchando a su padre albañil que, además de hincha de Estudiantes, era amante del buen fútbol, del 2 que sabía cruzar o del 9 que sabía girar, sin importar el color de su camiseta.

Asumiendo los riesgos, Walter sale del café entre colegas y hace públicas sus "incomodidades" con el oficio. Opina sobre las mujeres y los ex jugadores que comentan fútbol. Y nos rescata nombres como el del ex jugador Ernesto Lazzatti para decir que hoy le gusta escuchar a Diego Latorre o al Patrón

Bermúdez. Recuerda también a periodistas de raza como Estanislao Villanueva (Villita) porque "sabía tutearse con las palabras como si las palabras y él fueran amigos de toda la vida", igual que Osvaldo Ardizzone. Y se ríe de los periodistas que presumen de hablar de "lo que le interesa a la gente" y de que su opinión "no tiene filtro".

Arriesgado, Walter debate sobre el caso Olé –donde trabaja–, sobre las taras carnavalescas de lo que una vez denominó "periodismo fierita" y sobre los periodistas que, como escribió alguna vez el gran Gay Talese –cirujano de la palabra como Vargas– "hacen las preguntas de siempre y obtienen las respuestas de siempre". Talese escribió alguna vez que leyendo a Irwin Shaw aprendió de fútbol americano, que Carson McCullers le enseñó hípica y Francis Scott Fitzgerald golf. Walter sugiere a los cronistas más jóvenes que se enriquezcan con las ciencias sociales, que no lean sólo Olé para estar al día, sino que busquen también otros textos para escribir de deportes. Agregaría que, también, podrían leer Periodistas Depordivos". Porque Walter nos habla de algo más que el periodismo deportivo. Habla de periodismo, ni más ni menos.

Ezequiel Fernández Moores

INTRODUCCIÓN

I

¿Será que el periodismo siglo XXI marcha hacia el destino del Titanic?

¿Zozobrar con todas las luces encendidas, pero sin el digno réquiem de la orquesta ni las conmovedoras ofrendas en clave de Jack Dawson?

¿Cambalache siglo XXI y en el mismo lodo todos manoseados?

Así parece, con pasmosa y dolorosa nitidez.

Escribo como respuesta a lo que persiste en mí como llamado de una incomodidad.

Me incomoda lo que cifra la medida de una contradicción: amo mi oficio y al tiempo se me vuelve claro que cada día me identifico menos con una gran cantidad de cultores de mi oficio y, peor, con las derivas del oficio propiamente dicho. ¿Qué hacer con esas fuerzas dominantes que a la vez de resultarme ajenas no dejan de impregnarme, de incluirme, de determinarme?

¿Debería asumirlas en plan de budista zen y en la posición de loto contemplar el derrumbe de modos y valores en los que creí y creo con fervor?

¿Debería retirarme de la escena y llevar a un plano literal la zumbona metáfora de lo confortable que sería cambiar el ejercicio del periodismo por un bar o una pizzería?

¿Debería contentarme con la catarsis más o menos ilustrada, más o menos ocurrente, más o menos certera que a me-

nudo comparto con mis contertulios de las redes sociales y con los muchos amigos que me ha regalado la vida?

No me place ninguna de esas alternativas.

Y como no me placen me siento obligado a hurgar en mi yo profundo a ver si en ese océano complejo, cuando no tortuoso, encuentro una madera capaz de salvarme del naufragio.

Pues bien: intento corresponder a la señal de que esa madera está a mi alcance y se hace ver como se hace ver lo que sin ser un hecho consumado se insinúa, al menos, como una posibilidad.

La posibilidad de dar testimonio de mi experiencia profesional, pero no ya como una edulcorada semblanza biográfica, sino más bien como un puente entre lo que hoy se presenta elocuente en el escenario del periodismo especializado en fútbol y lo que de ese presente merece ser examinado, interpelado, rechazado y, por qué no, si fuera menester un arrebato de optimismo, enmendado.

Digo optimismo por cuanto no es el optimismo un rasgo capaz de definirme. Ni de lejos, siquiera. En todo caso, en el mejor de los casos, veo con buenos ojos la célebre sugerencia del filósofo italiano Antonio Gramsci: pesimista en el pensamiento, optimista en la acción.

O, en búsqueda de una distancia igual de ideal que difícil de alcanzar, declino tanto el pesimismo cuanto el optimismo. Bien observó el inmenso Friedrich Nietzsche que el optimista se niega a pensar y el pesimista retrocede ante la lucha.

Pero si una acción me cabe será la de poner palabra tras palabra tras palabra en una gimnasia de resistencia que, tal como un mensaje en una botella, pueda ser recogida, interpretada, difundida, tal vez.

II

Jamás como en estos tiempos la agenda social se ha visto así de abarrotada de sucesos del deporte y de formatos periodísticos alusivos.

Y abusivos.

Hasta las fronteras del exceso.

De la extenuación.

Del botulismo sensitivo.

Jamás el fútbol en particular se había expandido en el escenario de forma tal que el genuino patrimonio cultural se confunde a menudo con las sombras de toxicidad sospechada por más de cuatro detractores.

Jamás antes los periodistas especializados en fútbol habíamos ocupado el escenario de una manera así de masiva, de sistemática, de cargosa.

Si entre otras cosas el periodismo es una de las más fecundas y maravillosas herramientas que los hombres concebimos para narrarnos, el periodismo futbolero devino eslabón indispensable llamado a reponer la babel de sucesos que promueve la pelota número cinco.

En el riesgo anida la recompensa, y sus efectos colaterales, y sus pecados estructurales: invitarnos a la reverencia de la peregrina idea de que somos más importantes que los futbolistas, que los partidos, que los campeonatos, que los millones de personas desveladas por esos jugadores, por esos partidos, por esos campeonatos.

Por esa compleja maquinaria simbólica que en el mejor de los casos brinda confort emocional y en el peor de los casos hace una fatal zancadilla al sentido común y al cabo termina por adulterar la pulpa de la vida.

El fútbol tomado como todo o nada.

El fútbol tomado como la premura de un deseo infantil que no tolera interferencias.

El fútbol despojado de su indispensable y saludable vertiente simbólica.

Portador de gratos hechizos como es, fantástico como es, reparador como es, el fútbol propende a desgajarnos en una gigantesca nube de malentendidos: el juego confundido con la crispación, el adversario con el enemigo y la devoción con la adicción.

Y como parte de la cofradía, asumo mi dosis de responsabilidad: a nuestra manera también los periodistas contribuimos al equívoco.

El lastre que conlleva el equívoco tiene un efecto múltiple.

El lastre de echar nafta al fuego del desmadre y considerarnos inocentes o, más, esperar los aplausos, las ovaciones, el bronce que en ningún caso debería estar reservado a nosotros, meros escribientes de los protagonistas del escenario, vulgares amanuenses.

El lastre de refugiarnos en el tranquilizador paraguas que nos ofrecen los benévolos destinatarios de nuestro despiste y nuestra incompetencia: los hinchas complacientes.

Ш

A falta de vacunas, de recetas, de salvoconductos, ¿qué hacer?

Propongo pensar y pensarnos. Pensemos.

Pensemos en la naturaleza de nuestro oficio y en sus reglas de aplicación.

WALTER VARGAS

Quiero decir: empeñarnos en pensar un poco más de lo usual.

A circunstancias excepcionales, respuestas excepcionales.

Aunque no me escape que en estos tiempos pensar se ha vuelto más peligroso que un cable electrificado.

Toda una curiosidad, por cierto, declinar algo inherente a la condición humana, indelegable para el abecé del periodismo y a la vez muy nutritivo: pensar con cierta pujanza, con cierta robustez, con cierta osadía.

Osadía entendida menos como un gesto de la imprudencia que como el reconocimiento de una preocupación.

Osadía entendida menos como la provocación de un insolente que como la distinción de una cruzada que merece entablarse.

Nada más lejano a mi propósito que arrogarme el derecho de fijar la universalidad del oficio: vasto es el periodismo y vastas son las adhesiones de quienes se acogen al servicio.

Nada más lejano a mi propósito que la fácil y gruñona coartada de vociferar que todo tiempo pasado fue mejor y amotinarme en el museo.

Me reservo, eso sí, un par de derechos indelegables: desconfiar de la dulce tiranía de las modas, sembrar la semilla de mis predilecciones y formular esas preferencias con énfasis y con un mínimo, vital y móvil de autoridad.

Con menos de eso, honrar mis preferencias, perfilarlas con vigor y hospedarme en un piso de autoridad, ¿dónde estribaría el sentido de arriesgarme a batallar contra el invisible monstruo que acecha a todo libro?

Convertirlo en una burda ensalada de palabras, tintas y papel.

IV

Me dispongo a enumerar el trazo grueso de lo que juzgo el supersónico tobogán del periodismo siglo XXI.

Antes de perfilar el agujero negro de mi oficio, algunas puntualizaciones pertinentes: homologo periodista deportivo a periodista de fútbol sólo como una manera de contener una masividad y de facilitar una rápida comprensión. Jamás como menoscabo a los colegas especializados en otros deportes.

También es posible que se deduzca una arbitraria generalización cuando señale falencias que, en rigor, son más propias de los programas de televisión.

Consciente de ese déficit eventual, asumo el riesgo y si herí sensibilidades ofrezco mis disculpas, pero no declinaré recalcar uno de los ejes de mi diagnóstico: la perdida de rumbo, del tono pseudo coloquial, del fast food de la provocación, del ademán circense, de la vacuidad y de la pavada, el tinte exponencial del periodismo futbolero, del periodismo fierita, del periodismo con plumas y uñas esmaltadas, del periodismo depordivo, tiene sede, trono y bandera en unos cuantos programas de tevé, pero pulsa sobre todos los soportes, todos los formatos y todos los géneros.

De hecho, de tales pantanos en alguna medida se deducen la retirada del buen uso del idioma, así como los tics de portales variopintos: ausencia de espesor ideológico, efectismos, forzamientos, títulos prometedores con textos que como el cassette de la célebre serie Misión Imposible se autodestruyen de inmediato, sumisión a toda fantochada que circule en YouTube.

Confusiones, falsificaciones, pérdida de competencia profesional, reverencias en toda la línea: si con improbable rubor las

empresas periodísticas procuran modos rentables, a menudo da la impresión de que los periodistas devenimos mansos corderos, vulgares engranajes adocenados que en el afán de caer simpáticos a nuestros empleadores, y con los rumbos de la ola, bajamos la exigencia hasta confines insospechados.

De tal suerte, intentamos compensar la falta de imaginación y de tomarnos el trabajo de macerar y formular conceptos, con suturas y chapuzas diversas, todas ellas destinadas a caer en el gigantesco pozo ciego del impacto.

Sea el impacto de la cultura de la imagen, sea el impacto de la cultura del vale todo (polémicas fabricadas, bravatas, chistes fáciles, etcétera), sea el impacto en plan de pescador con mosca: anzuelos con plumas de colores.

Y por si fueran pocas lindezas, aun cuando admito la existencia de entrañables quijotes que se debaten contra los molinos, predomina el hábito de adulterar el intercambio de ideas por la mímica de intercambiar ideas.

En realidad lo que con más ahínco se defiende es la apetencia de parecer más despierto que el interlocutor de signo opuesto, que el estandarte que se exalta e incluso que el dueño del copyright del estandarte.

Dan ganas de defender a Bilardo de algunos bilardistas, de defender a Menotti de algunos menottistas, de defender a Bielsa de algunos bielsistas y en última instancia dan ganas de defender la soberanía de pensar por encima de la bobalicona prepotencia del culto al ismo como variante del callejón sin salida.

¿Así que el faro de hoy no es la información? Entonces con más razón deberíamos ajustar nuestra capacidad de analizar, interpretar, elucidar. Con más razón, más comprometidos que nunca, deberíamos rendir examen de idoneidad.

Tal vez este libro habrá de reverberar por ahí, en un pu-

ñado de desvelos: la pronunciada pendiente del rigor profesional, y del pudor, y del fervor por honrar el oficio, el desprecio por el buen decir, la alegre fabricación de pompas de jabón y la masiva concurrencia a las orillas del lago de Narciso.

No es lo único que hay, claro que no, pero sí es evidente, considerable y, según parece, se da ínfulas de Atila.

\mathbf{V}

Permítanme una advertencia fraternal: este no es un libro de denuncia.

No soy juez. No soy fiscal. No soy policía. No soy un informador de las fuerzas de seguridad. No soy el ángel exterminador del periodismo.

No dispongo de la gracia de la clarividencia. Nada más lejos de mí que portar las mejores respuestas a las peores preguntas.

No soy la manzana más reluciente del cajón. No soy un testigo protegido.

Testigo sí. Testigo, a secas, soy. Por lo menos testigo de lo que consienten mi cercanía con la profesión, mi conocimiento y mi entendimiento en algo más de 37 años de labor.

Este no es un libro de denuncia. Es un libro que enuncia. Que aspira a exponer un conjunto de datos, de observaciones, de impresiones, de merodeos, que ayuden a perfilar la naturaleza y las perspectivas de ese océano caudaloso y revuelto que es el periodismo futbolero.

Sugiere el gran Juan Villoro que todo barco debe de contar con un marinero que no sepa nadar. El marinero capaz de reponer el buen juicio primordial. Las reservas del vital combustible de prudencia capaz de soplar al oído de la proa, la in-

WALTER VARGAS

quietante novedad de que el iceberg no está muy lejos.

No sé nadar: confesada esa carencia literal, propongo un guiño metafórico: hacer olas, y si fuera posible, si cuadra, si atañe a mis decoros, nadar contra la corriente.

Eso sí: desdeño el afán catequista. No pretendo convencer a nadie.

A esta altura de mi travesía alcanza con que no me convenzan a mí.

Del autor

ES LA VIDA QUE NO ALCANZA

Cuando mis hijos lleguen a ser mayores, atenienses, castigadles, como yo os he incordiado durante toda mi vida, si os parece que se preocupan más de buscar riquezas o negocios antes que de la virtud. Y si presumen creer ser algo, sin serlo de verdad, reprochadles como yo os he reprochado, exigiéndoles que se cuiden de lo que no deben y no creerse ser algo, cuando en realidad nada valen. Si hacéis esto, ellos y yo habremos recibido el trato que merecemos.

(Fragmento de la defensa de Sócrates ante los jueces/ Apología de Sócrates, de Platón)

No es el periodismo futbolero: es el periodismo deportivo.

No es el periodismo deportivo: es el periodismo.

No es el periodismo: es la vida, que va para ese lado.

¿Y entonces? ¿Qué haremos? ¿Encontraremos en esa constatación un buen motivo para andar llorando por los rincones?

O no: ¿encontraremos en esa constatación el salvoconducto perfecto que nos autorice a ser parte activa del corso?

Y será que en ese corso nos sentiremos así de dichosos porque equivale a una especie de Islas Caimán, el Paraíso Fiscal de la ignominia y de la inmoralidad?

Eso está por verse. Si todo está permitido. Si vale todo, quiero decir.

Si vale todo, pero todo, todo, bajo el presunto paraguas protector de la necesidad de buscar un horizonte profesional,

WALTER VARGAS

de un lugar donde desarrollarse, de un nombre, de una entidad, de una solvencia económica, de miles, un millón de enlaces de Google con nuestro nombre relacionado.

¿Quién ha decretado que no? ¡Claro! Pero, ¿quién ha decretado que sí?

¿Quién ha decretado que las miserias del vecino autorizan las propias miserias?

¿En nombre de qué Dios o de qué Diablo tendrán impunidad la vacuidad, la desidia y la chapuza?

Faltan maestros y faltan alumnos.

Unos y otros han salido presurosos a ver qué anuncian en las calles los bocinazos del circo esnob. Y al parecer allí se han quedado.

Con Roberto Perfumo me une una huella biográfica: su padre era albañil y mi padre era albañil. No sin nostalgia y pesadumbre, cierta vez recordábamos con Roberto con qué entusiasmo nuestros padres podían pasarse horas hablando con sus amigos albañiles acerca de la mejor manera de levantar una pared.

Amaban lo que hacían. Y amaban transmitir sus conocimientos.

De eso está faltando. También en el periodismo futbolero. Amar lo que se hace y propagar epidemia de la buena.

EL AMIGO DEL LLANERO SOLITARIO

¿Es imaginable un carpintero sin idoneidad para trabajar con madera?

¿Es imaginable un cirujano al que impresione la contemplación de sangre?

¿Es imaginable un contador remiso a los números?

No señor. No son imaginables, salvo en arduos ejercicios de dislate o en clave de humorada delirante. Pues entonces, me pregunto desde hace un buen tiempo, y les pregunto ahora mismo, ¿por qué será que hemos naturalizado la proliferación de periodistas que hablan mal, que escriben mal, que desdeñan olímpicamente emplear como corresponde su herramienta primordial?

Un primer amago de respuesta me llega desde las afueras del periodismo mismo: el empobrecimiento del lenguaje es un fenómeno operado entre los argentinos en general. Se observa una sensible disminución de la cantidad de palabras de uso corriente. Esto es, si tiempo ha, por establecer cifras arbitrarias, un argentino medio se valía de 2000 palabras, o más. Hoy, en cambio, se vale de unas 500.

Ahora, lejos de tranquilizarnos el dato debe necesariamente añadirnos un plus de preocupación, desde el momento que a los medios de comunicación les compete una apreciable dosis de responsabilidad en las derivas del buen decir o, como es el caso, del mal decir.

El periodismo, desde luego, no sería la excepción en ningún caso y mucho menos en tiempos tan signados por la progresiva multiplicación de espacios destinados a dar cuenta de la actividad deportiva. Sellada la demasía de los deportes y el deportivismo en la agenda pública y pendiente la tarea de una regulación más madura del lugar del deporte en general y de los espacios destinados a los deportes en general, urge sin embargo disipar algunos malentendidos.

¿Quién dijo que al periodismo especializado y a las crónicas deportivas les está conferido el cheque en blanco de lenguaje superficial, pretendidamente coloquial o francamente vulgar?

¿De cuál cráneo demagógico emanó la delirante certeza de que los periodistas tenemos que hablar y escribir exactamente como hablan y escriben nuestros oyentes y nuestros lectores?

La regla de credibilidad depende de una regla de asimetría. Yo mismo, puesto en oyente futbolero o puesto en lector futbolero, por decir algo, exijo de quienes me narran el suceso en cuestión una profundidad de análisis y un modo discursivo que expresamente se distingan de mis hábitos tribuneros y de mis hábitos de polemista de café.

Dicho de otra manera, es tarea del periodista elevar la valla hasta donde se lo permitan su formación, su honestidad intelectual y todo lo que conste en su caja de herramientas, pero no desde el búnker de un glosario inentendible, no como un ejercicio de vanidad, no desde púlpito alguno, pero sí, cómo no, desde saberes específicos que conllevan una transmisión específica.

Esto no supone, conste, un alegato en defensa del acartonamiento. Si algo me atrae del periodismo deportivo y de la escritura misma, es la posibilidad de sazonar el plato con sabores de procedencia diversa (la ortodoxia de la lengua castellana, el lunfardo, jergas variopintas, galicismos, anglicismos, etcétera), pero siempre atendiendo lo indispensable de narrar lo sustancial en términos claros, fluidos, frescos y, por supuesto,

a tono con las gratas demandas del buen gusto. Esa bandera me sabe innegociable.

Pensemos en el periodismo deportivo desde su origen hasta hace dos o tres lustros. Se tendía al lenguaje rebuscado, cuando no afectado, o abiertamente solemne, pero al tiempo destacaba, luminosa, la entusiasta convicción de que valía la pena honrar la estética de la lengua.

Hoy, en general, la crónica deportiva es menos hermética, más coloquial, consiente la ironía, la picardía, el tono zumbón, y todo eso está muy bien, pero las más de las veces lo que predomina es una pavorosa inclinación a la bobería, a la ocurrencia vacía, a la jerigonza chabacana.

Oue conste:

No soy catedrático. No soy filólogo. No soy lingüista. No soy profesor de castellano. No soy universitario. No soy doctor de nada. No soy licenciado.

No manejo de taquito la gramática ni la ortografía. Mi escritura tiene vicios, baches, limitaciones, zonas débiles, tics, esfuerzos vanos.

Pero desde los 5 años, cuando aprendí a leer, persevero en tratar de dominar mi lengua. Y desde los 19, que ejerzo el periodismo, me siento en la ineludible obligación de dominar mi lengua.

¿De dónde emana semejante imperativo?

-Desconozco la existencia de corredores de autos que no sepan distinguir el freno del embrague. ¿O esa distinción no es su vital elemento?

-Dominar mi lengua, la lengua de una riqueza inaudita pero también de una complejidad inaudita, supone una batalla perdida de antemano. Pero ya que está perdida, en el mismo acto de asumir esa derrota me debo la aspiración a una pequeña victoria.

La eventual victoria de quien no se siente eximido de procurar placeres que no son inalcanzables: un sinónimo aquí, un adjetivo allá, un giro insospechado, una licencia tolerable, una metáfora florecida en el pantano.

Por si no ha quedado claro, me genera escozor la certeza de que los buenos modos del decir, o el intento de ejercer esos buenos modos, se deslicen por el tobogán donde juguetean los cultores del periodismo fierita, del periodismo depordivo e incluso de los colegas que pese al sano empeño de persistir en su formación se ven arrastrados por la marea denigratoria.

Denigratoria de una competencia comunicativa que hemos perdido, que perdemos, que no cesamos de perder, sin decir ni mu, impávidos o, peor, con una triste mezcla de resignación y desdén.

(Jotaele Borges supo confesar que no llamaba su atención el hecho de que hubiera personas que no gustaran de leer: lo sorprendía vivamente el hecho de que además se sintieran orgullosas de no leer. A mí, confieso, me sorprende vivamente que haya periodistas que se sientan orgullosos de hablar y/o escribir un castellano descascarado, brumoso, tétrico).

Un castellano vago. Vago en sus dos acepciones principales: vago por indeciso, indeterminado, inseguro.

Y vago por holgazán.

Al parecer hemos sido capturados por la gracia de emplear 300 palabras, de escribir con 300 palabras.

Al parecer descontamos que alcanza y sobra con remontar barriletes de 140 caracteres, en soltar latiguillos que simulan abrevar en varias fuentes y en realidad las mancillan a todas: jirones de la lengua de Cervantes, el lunfardo, los nuevos dialectos suburbanos, etcétera.

¿Cuántos periodistas de este tiempo nos tomamos el trabajo y disfrutamos del placer de leer por fuera de la agenda deportiva?

¿Cuántas veces consultamos el diccionario?

¿Cuántas veces verificamos el significado de palabras que empleamos aun cuando nos transmiten cierta sombra de duda?

¿Nos preocupan las lagunas sintácticas, el adecuado uso de adjetivos, de sinónimos?

En definitiva, ¿hasta dónde nos sentimos convocados por los rigores de la forma?

¡Cultivamos la curiosa creencia de que hablar bien y escribir bien son equivalentes a un adorno, a un arito, un piercing, un tatuaje, una bijouterie, que si están o no están da lo mismo!

No.

Los artículos, las preposiciones, los conectores, el uso adecuado de sinónimos, de adjetivos, de sustantivos, son requisitos de la lengua que hablamos y más nos valdría tomar nota de una noticia capital: el lenguaje es algo más fecundo que una simple herramienta necesaria para comunicar. El lenguaje es una indispensable condición del pensamiento. Quien habla mal, raro sería que no pensara mal.

Llegado este punto, nada más lejano de mi intención que dar una clase de castellano, posibilidad, saber y arte más a mano de una vastedad de baqueanos. Entre otros, los profesores Esteban Giménez, Ricardo Palacios y Jorge Alberto Hernández, autor de un libro imperdible: Dudas y errores en el lenguaje mediático (Editorial Vinciguerra, 1999).

A vuelo de pájaro, sin embargo, y por qué no a modo de contribución, enumero algunas de las celadas más habituales en las que caemos los periodistas:

Latinismos: decimos "a grosso modo" por "grosso modo" y "motu propio" por "motu proprio".

Misiles a la desprotegida gramática: si a Martino se le ocurriría en lugar del correcto y castizo: "si a Martino se le ocurriera".

Redundancias o pleonasmos: lapso de tiempo, lleno total, un plus extra, vuelvo a reiterar, puño cerrado, breves instantes, belleza estética, opinión personal, la imagen es gráfica, hace un mes atrás...

Además:

- -Confundimos diferente a con diferente de.
- -Junto a con junto con.
- -Literal con metafórico.
- -Casualidad con paradoja.
- -Latente con latiente.
- -Sino con si no.
- -Detrás de mí con detrás mío.
- -Cerca de él con cerca suyo.
- -Delante de nosotros con delante nuestro.
- -Inadvertido con desapercibido.
- -Estar de pie o inactivo con estar parado.
- -Incluso con inclusive. Viceversa.
- -Desbordar con rebalsar.
- -Amago con amague.
- -Simplicidad con simpleza.
- -Vergonzante con vergonzoso.
- -Primer con primera.
- -Aguzar con agudizar.
- -Devino con devino en.
- -Poco o nada con poco y nada.

- -Pivotar con pivotear.
- -No bien con ni bien.
- -"El 25 de junio de 1978" con "un 25 de junio de 1978".
- -Se entrenó con entrenó.
- -La agravante con el agravante.
- -Descontar con descartar.
- -Careciente con carenciado.
- -Reemplazar con suplantar.
- -Disponer con detentar.
- -Andar con desandar.
- -Desafiador con desafiante.

Etcétera.

Por si fuera poco, y al mismo precio, para la cartera de la dama y el bolsillo del caballero, asistimos a dos nuevos homicidios idiomáticos o, para el caso, indiomáticos: el síndrome del amigo del Llanero Solitario: Yo, Toro. Tú, Kemo Sabay.

Por un lado, abrir una oración, justamente, con un infinitivo.

Por caso: "Recordar, Mariano, que Boca juega el viernes".

- O: "Decir que esta noche serán designados los árbitros del fin de semana".
- O: "Preguntarte, Marcelo, si Rodrigo Mora está para jugar el domingo".
- O: "Comunicar que el próximo entrenamiento será el martes".

Claro que el síndrome del amigo del Llanero Solitario cobra su máxima expresión en el fervoroso empeño de abolir los artículos.

De tal suerte, nos desayunamos con que Pablo Pérez juega por derecha y Nicolás Lodeiro juega por izquierda (¿y por qué entonces no llamamos las cosas por su nombre y de igual

WALTER VARGAS

modo decimos que Pichi Erbes juega por centro?), en un partido por campeonato, transmitido por TV Pública, toda vez que entresemana habrá un partido por Copa, organizado por Conmebol, ocasión para la cual Vasco Arruabarrena tiene pensado dar minutos en cancha a Fernando Gago.

A este paso, los periodistas terminaremos hablando como los operadores de radiotaxis.

¿Cómo te va, Sebastián? ¡Un buen laboral para todos!

EL PERIODISMO FIERITA

El periodismo depordivo y el periodismo fierita a menudo van de la mano o se entremezclan de tal modo que se dificulta establecer dónde terminan las aguas del río y dónde empiezan las de un mar igual de caudaloso que de brumoso.

Entiendo, por periodismo fierita, el carnavalesco avance de un impreciso pero reconocible cóctel de estudiantina tardía, oquedad gozosa, petulancia disfrazada de soltura, incultura disfrazada de desenfado, el empleo de un castellano de vuelo raso y, ¡bingo!, una profunda comunión con los protagonistas (futbolistas, entrenadores, dirigentes...), que a simple vista puede parecer simpática y dadora de status, pero que en realidad, salvo excepciones que habrá que buscar con lupa, supone el exterminio liso y llano del ejercicio periodístico.

O en todo caso del exterminio liso y llano de una regla de oro: la distancia operativa.

No hay un ejercicio periodístico viable ahí donde no hay una asimetría operacional y metodológica: vos, el protagonista/yo, el periodista. Y conste que no sugiero hablar con los protagonistas en solemne clave de obispo, ni de negarles el saludo, ni negarse, llegado el caso, a labrar una cierta amistad o una gran amistad.

Tales son cartas que están en el mazo de la vida. Podemos hacernos amigos del encargado del edificio donde vivimos, del kioskero de la esquina, de un colchonero, de un rey de bastos, de un caradura, de un polizón y también, por qué no, de no futbolista profesional.

Lo que no podemos o no debemos es entregarnos sin un

quejido a las efectos adversos que conlleva un vínculo de esas características. Que ahí tenemos un planeta en sí mismo y ahí tenemos, ya que estamos, uno de los tics más arraigados del periodismo fierita: hacer del listado de la agenda no ya el pan nuestro de cada día, que nada tendría de impugnable, sino un ramificado jardín de relaciones edulcoradas, un enjambre de nudos cuya máscara de fidelidad no es más que la letra chica de la solapada extorsión.

-Te doy la nota, voy al piso, llamame a tal hora, vení después de entrenamiento, pero eso sí, no te pongas, no se pongan demasiado pesados con las preguntas. Y de repreguntas, ni hablar.

-Quedate tranquilo, fiera. Si es para tirarte unos centros, nada más.

Desde luego que el diálogo es ficcional, mas no es ficcional la idea que pretendo ilustrar. Tampoco es ficcional la fundante hipótesis de algo mucho más vasto y mucho más penoso que una anécdota que no deja de tener un costado pintoresco.

La siguiente anécdota:

Hace un puñado de años, en plena narración de un partido de la B Nacional, un colega cordobés de mi máxima estima profesional y personal, exclama; "¿Qué le pasa a Fulano? No llega a una pelota. ¡Se arrastra en la cancha!". De inmediato siente en las costillas la inequívoca advertencia de un codazo. Es su compañero más inmediato: su comentarista.

No bien el partido ofrece una pausa que permite dar cabida al periodista en los estudios centrales de una radio de más por saber, el comentarista aclara las cosas: "No lo mates a Fulano, anoche estuvimos juntos en el cabaret".

Mi entrañable colega cordobés no supo si reír o llorar.

Si he llevado la semblanza al extremo no es porque crea que todos los comentaristas vayan al cabaret con el delantero de moda. Ni todos, ni muchos, tal vez. Tampoco me anima la voluntad de moralizar. No me considero la estación terminal de la virtud, ni de lejos, no consta entre mis aspiraciones de corte existencial.

En cambio sí me interesan las consecuencias de los actos que hacen a la ética en general y a una ética profesional en particular. Hablando en plata: si vas de copas a un cabaret en la compañía de un jugador cuyo rendimiento deberás evaluar al día siguiente, pues que lo disfrutes, pero sé consciente de que si esa madrugada íntima anulará tu juicio crítico deberás abstenerte de comentar el partido o deberás abstenerte de impedir que tu compañero emplee su propio juicio crítico.

De lo contrario, salvo que hayas acordado con el player que compartir copas y señoritas licenciosas no implicará un certificado de impunidad, y que el futbolista tenga las espaldas y la grandeza suficientes como para sostener el acuerdo, se volverá inevitable que consumes algún tipo de traición: o traicionás una regla de oro del ejercicio profesional (la de poner en suspenso las simpatías personales y las emociones más inhibidoras de tales simpatías) y a la vez traicionás a tus oyentes, desprevenidos de las fidelidades que tejiste bajo luces mortecinas; o bien traicionás al futbolista, que igual de desprevenido también se sentirá tentado de preguntarse por qué alguien con quien compartió momentos fraternales no es capaz de disimular un mal partido, un muy mal partido, un partido de los de arrastrarse en la cancha.

Podrá alegarse, y concederé el valor del pretexto, que después de todo habría que ver quién se sentirá tan a buenas con su piel como para atreverse a tirar la primera piedra. Quién, alguna vez, no ha vomitado en su jardín más sagrado.

"He tenido un mal momento", reza el tango de Bayón Herrera que agasajó la aterciopelada interpretación del Zorzal.

Malos momentos hemos tenido todos. No soy profesor de deontología ni atesoro el manual de los deberes del periodista.

No digo lo que me empeño en decir desde la cumbre de una supuesta superioridad moral. En todo caso, y esto sí deseo asumir sin sombras de vacilación, me hospedo en los beneficios de un cierto énfasis discursivo que he procurado macerar.

¿Sugiero acaso que el mero transcurrir de los almanaques sea condición de las mejores respuestas a las peores preguntas?

No. Uno de mis tres principales formadores, Alfredo Beherens (los otros dos han sido Hernán Santos Nicolini y Hugo Lencina), sabía ironizar que las baldosas del Teatro Colón están hace décadas y décadas pero se desconoce la existencia de alguna que haya aprendido a tocar el violín.

Pero ya que estoy en el dichoso trance de evocar algunos de mis maestros, encuentro oportuno traer al filósofo Juan Carlos De Brasi, que en más de una fecunda tertulia supo hablarme de la importancia de poner a trabajar al trabajo.

¿Qué significa hacer trabajar al trabajo?

Significa que si nuestra formación ha supuesto ya una determinada fase de tarea, mucho mejor será ponderar esa tarea en términos de una aplicación celosa (aplicación entendida como uso pero también como esmero), pero sobremanera como una constante búsqueda de una superación imposible de alcanzar sin una reflexión crítica acerca del quehacer propio y por extensión de los procedimientos de la comunidad profesional de la que somos parte.

Esto de la nociva convivencia de los periodistas con los protagonistas no es exclusivo del periodismo especializado en deportes, ni del futbolero, ni tampoco data de hace un rato. Recuerdo con nitidez: una tarde del ochenta y algo, en DyN, Chacabuco 314, el director, Horacio Tato, maestro de periodistas y editor formidable, camina hasta el centro de la redacción, lanza un insulto de grueso calibre y ya en un tono algo desconsolado, reflexiona:

-No hay caso. Mando a un acreditado y en tres meses se convierte en un vocero.

Vuelvo al tropezón que cualquiera da en la vida. Vuelvo a una eventual noche de lascivia bien regada en compañía del futbolista, del director técnico o del dirigente que al día siguiente deberemos mensurar con la debida distancia; vuelvo, en fin, a una carta que, sencillamente, insisto, está en el mazo de la vida.

Y la vida, más vale estar advertidos, es mucho más, más grande y más compleja que el fútbol, que el periodismo especializado en fútbol y que el periodismo propiamente dicho.

Pero admitir nuestra naturaleza humana, y por humana, falible, y que en tanto humanos somos un punto microscópico en la inmensidad del planeta, está lejos de eximirnos de honrar el oficio que hemos elegido. Todo lo contrario.

¿No es una causa noble, bella, fantástica, pintar la aldea de lo que representa nada más ni nada menos que el puente que nos provee el pan?

Sugiero tomar la afortunada sentencia con que Eduardo Galeano respondió al interrogante de para qué sirve el horizonte.

"El horizonte sirve para andar", poetizó el narrador uruguayo.

Nótese que Galeano no dijo "el horizonte sirve para llegar". Dijo "el horizonte sirve para andar", convencido de que si la perfección es una quimera, la búsqueda de la superación personal y profesional, del perseverar en ser cada vez mejor, está a mano de quien sea capaz de resistir a la voraz pulsión de la ley del menor esfuerzo, del abrazo de oso del periodismo fierita, del periodismo depordivo.

DE SERRAT AL STAND UP

En los albores de la década de los ochentas Joan Manuel Serrat vuelve a la Argentina después de los cenagosos años de la dictadura. Da una conferencia de prensa. Una de las primeras preguntas que recibe va directo al punto:

-Usted, ¿es español o catalán?

Serrat mira al periodista y no hesita en responder:

-Depende de quién me lo pregunte. Si me lo pregunta usted, soy español. Si me lo pregunta un español, soy catalán.

De esa anécdota me convocan menos los intríngulis de la españolidad y de la catalanidad que la libertad que da una perspectiva.

Sí, una perspectiva: un lugar, una distancia operativa desde donde observar, analizar, considerar y dar cuenta de algo.

Me aboco a presentar un ejemplo del tema que me ocupa: el periodismo especializado en fútbol.

Escucho a Juan Pablo Varsky meterse en pleno relato de Pablo Giralt, un fantástico gol de Messi para el Barcelona, y exclamar: "¡Dejate de joder! ¡Dejate de joder!".

Me hace ruido. No me gusta. Algo no encaja.

Me imagino un grupo de amigos sentados a la mesa de un bar y a un parroquiano lanzar esa interjección mientras se lleva un maní a la boca.

De inmediato, pienso:

Que en realidad es un tema menor, y si fuera un desliz (tampoco estoy muy seguro) un desliz menor, porque en reali-

dad Varsky es infinitamente más que esa desmesura de tablón.

Varsky es un colega instruido, formado, consistente, competente, incluso brillante.

De lo más experto de su generación.

Otro ejemplo. Víctor Hugo a la hora de relatar la apilada de Maradona en el Mundial 86. A medida que Maradona avanza con la pelota y su zig zag se presagia sublime, la voz de Víctor Hugo se descolora, se quiebra, deviene brumosa.

El mejor relator de fútbol de la historia, por lo menos de habla hispana, declina su hilvanada prosa, su cuidada adjetivación, y llora.

Víctor Hugo es tan grande que hasta se da el tiempo de ofrecer su pedido de disculpas, pero no quiero desviarme de mi punto. El relato es de igual modo conmovedor y por conmovedor, bello, pero no sólo por la magnitud de la jugada de Maradona sino por la magnitud que ha sabido ganarse el narrador. Es decir: es el a priori de una acción (la de llorar en pleno relato) lo que vuelve lateral, menor, irrelevante, la quema de una hoja del catálogo.

Con un añadido: en el catálogo de Víctor Hugo aquel desborde está a años luz de una regla: es una recortada y redonda excepción. Y una excepción luminosa. Nada más lejos de mi ánimo que abogar por un perfectito periodismo de robots sosos que huelan a Lysoform.

De allí que no me permitiré ni el crimen ni la estupidez de cristalizar mi mirada en aquella licencia que se tomó Víctor Hugo, tampoco en la licencia que se tomó Juan Pablo Varsky, así como, salvadas las distancias que haya que salvar, tampoco asocio a un señor sordo cuando pienso en Beethoven ni asocio a un tipo de malos modales cuando pienso en Mozart.

Perspectiva. Me hospedo en mi perspectiva.

¿Y qué vas a decir de Horacio Pagani? Impelen algún amigo y algún amigo de un amigo.

Lo primero que diré de Horacio Pagani es que lo conozco desde hace 35 años, que cultivamos un vínculo que no por lejano ha dejado de ser respetuoso y, en buena medida, cariñoso, y que jamás me cansaré de agradecerle que cuando yo tenía 21 años y apenas dos años en el ejercicio del periodismo, me haya ofrecido un puesto de trabajo en la sección Deportes de Clarín.

Dicho esto, se revela evidente que el Pagani de la televisión está en las antípodas de mi manera de concebir el periodismo. Si él está en La Quiaca, yo estoy en Ushuaia.

Una de las cosas que más rechazo me genera del periodismo futbolero de estos tiempos (sobremanera el de radio y el de televisión) es la creciente argamasa de fast food y stand up. Monólogos al paso de digestión dificultosa.

Lo que me separa de Horacio es tan evidente que huelga abundar aquí.

Pero no me sentiría honesto si no observara dos cosas más.

- 1. No soy quién para laudar sobre el camino que cada quien elige para su vida.
- 2. Horacio Pagani es infinitamente más que un tipo barbado que hoy habla de fútbol en clave de perfomance de varieté. Tiene medio siglo, o por ahí, de una trayectoria riquísima. Cientos de espléndidos textos de fútbol y de boxeo.

(¿Menottista? A los efectos de lo que repongo me da lo mismo que sea menottista, bilardista, guardiolista, lacaniano o ebanista).

¿Podría decirse que el Pagani de la tevé ha devenido personaje?

Claro. Podría decirse. Pero, ojo: Pagani es un personaje, pero no todos los personajes son Pagani.

INTRATABLES EN EL FÚTBOL DEL SHOW

I

¿Entre otras cosas el fútbol profesional es un show? Sí.

¿Los medios de comunicación en general y la radio y la televisión en particular tienen una fuerte impronta de show? Sí.

Bien: como advierte cierto juglar guatemalteco, vamos aclarando el panorama.

Se supone que el show periodístico debería ligarse al show futbolístico a la manera de un valor adicional, de una pertinencia artística, coreográfica, por qué no, de un soporte que llegue en auxilio de algo que está más allá, primordial.

Incluso si se invierten los términos (primero las normas periodísticas y luego el fútbol) se vuelve muy difícil, más bien imposible, salir indemnes de la provocación de un zafarrancho.

Nada tengo contra la entidad y la dignidad del show. Ni como profesional ni como un tipo que se sirve del show, de los shows, para el indispensable disfrute del dolce far niente.

Pero el mata polillas no puede, no debe, convertirse en algo más importante que el placard y el traje.

Si el show, o la cara más berreta del show, pasa por encima del fútbol e incluso del contenido y del buen gusto periodístico, pues Houston, estamos en problemas.

Terminamos por asistir a un triple homicidio: el del fútbol, el del periodismo y el del show.

Y encima, llegado el caso, llegado el caso de que se nos

citara a declarar, nos refugiaríamos en la figura del dolo eventual: ¿Yo? Inocente, señor juez. No sabía lo que hacía. ¿No es eso lo que nos pide la gente?

II

Nada mejor, ni más pertinente, que reponer la sátira pergeñada por Pedro Saborido y Diego Capusotto en "Cuatro gordos hablando de fútbol" y sus ilustrativos anuncios.

- -De 11 a 23.30 cuatro gordos hablando de fútbol como si estuvieran en una remisería, pero en realidad están en un estudio de televisión.
 - -Dos notas telefónicas.
- -La polémica sobre si el árbitro Pedotta está capacitado para dirigir un partido de Aldosivi.
- -La crisis en el vestuario de Témperley por los que dejan el jabón lleno de pelos.
 - -Reportaje a una lagaña de Riquelme.
- -Además de un 30 por ciento del tiempo haciendo jodas entre ellos. El que no ve el programa todos los días, no va a entender.

Hilarante, ¿verdad? Hilarante.

Pero como no hay sátira, ni caricatura, ni pantomima que no crezca gracias a una pequeña o gran semilla de verdad, desde cierta perspectiva podría pensarse que Saborido y Capusotto han hecho un gol de media cancha.

Y una vez pensado lo pensado, dan ganas de hacer un minuto de silencio en homenaje al periodismo y dejar rodar las lágrimas encima de una lámina de Mariano Moreno.

Intratables, por ejemplo, es un programa de tevé relativamente nuevo, (enero de 2013), pero su estructura, su lógica, su

doblez de propósitos y, al cabo, su estética, gobiernan el escenario tal si hubiera llegado para autorizar tanto a los formatos similares, los preexistentes, cuanto a los formatos por venir.

Incluidos los de debate futbolero.

Incluso, pese a intentos más o menos afortunados del canal deportivo señero en la Argentina (TyCSports: me encantaba Código F en los remotos tiempos de Alejandro Fantino como facilitador de intercambios genuinos y hasta donde sé en su señal internacional persisten islotes de aire fresco. También me agradan otros fragmentos de la programación de hoy, golondrinas que de tanto en tanto hacen un verano); de Fox Sports (pese a su desdichada costumbre de dilapidar una gran materia prima) y sobre todo de ESPN, cuyo Hablemos de Fútbol coadyuvó a subir la vara del buen gusto de forma sustancial y hoy mismo persiste en ese rumbo a despecho de cierta oscilación en la calidad de sus panelistas.

Me importa subrayar la impronta de Intratables porque encuentro que es la mejor síntesis, o la peor, de los cimientos predominantes de esta época, de un porfiado carnaval del "como sí": como si se debatiera algo a fondo, como si interesara lo debatido, como si se procurara llegar a alguna conclusión, como si interesara la pulpa de un concepto o siquiera un atisbo de pulpa, como si a alguien le importara perder un punto de rating a cambio de un gramo de dignidad.

Una anécdota que viene al caso: hace un par de años respondí al pedido de un amigo de un amigo de un amigo y fui a Intratables. Se me pedía lupa y opinión acerca de un escándalo que había protagonizado la Mole Moli en una pelea y después de la pelea, camino de los vestuarios.

Al pan pan: fue uno de los ratos más incómodos de mis casi 38 años de ejercicio profesional. Y no me refiero, por cier-

to, a una espera que hubiera merecido la calificación de excesiva. Hablo del rato donde se suponía que iba a discurrir con los panelistas. Qué va. No bien se proyectaron las primeras imágenes saltó de su butaca un señor de anteojos que tras confesar que repelía el boxeo por su brutalidad y por lo tanto le importaba menos que poco, profirió escandalizadas sentencias propias de las doñas de verdulería.

De inmediato reaccionó otro miembro del panel, y trascartón un tercero que disentía del segundo, y trascartón un cuarto que disentía del tercero. Todos presumían o simulaban disponer de una parcela de verdad, nadie escuchaba a nadie y me vi forzado a hacer un curso acelerado de budista zen a la vez que dejé pasar una ocasión que ya muchos quisieran tener: la de asir mis 15 minutos de fama en los programas de resúmenes por interrumpir el cotilleo con expeditivos envíos a la oscura cavidad del origen del señor de anteojos, del productor que me había invitado y del propio Santiago Del Moro, que poco convencido de lo interesante de la controversia apenas me dio pie para hilar un par de bocadillos al paso y en un santiamén me despidió y a otra cosa, mariposa.

Mucho más allá del mal trago, del infierno al que me sometió, por qué no pensarlo así, mi propia vanidad triunfante sobre el cadáver de mis fundados recelos, quise restituir el episodio en la medida que perfila una tendencia que crece al ritmo de una bola de nieve: la enorme mayoría de los programas que proponen pensar, analizar, elucidar, alumbrar, no son más que letales sobrevuelos que dejan caer bomba sobre bomba encima de los indefensos campos de la argumentación.

¿A quién le importan los argumentos en la tele que hemos sabido conseguir?

¿A quién se le ocurre fomentar, no ya celebrar, ni falta que

hace, que un periodista de fútbol describa las falencias de un número 9 de poco olfato, que se entrega manso a los defensores, que se apresura en los mano a mano, etcétera, cuando es más directo, más vendedor y más canchero decir que es un burro?

Estos rumbos, que cifran una buena parte de los programas de debate en clave de sainete, son prendas de primera necesidad en el placard del periodista fierita, del periodista vedette, del periodista depordivo.

Y se agigantan, tales rumbos y ropajes, hasta dimensiones y destinos propios de la conquista ruín, del imperio de la coartada elemental, de la baratija.

Para decirlo de una vez: amenazan con arrasar las zonas más ricas de colegas de una espléndida formación: sólo por acudir a un par de ejemplos, mencionaré el contenido disgusto que más de una vez creí detectar en un gran profesional como Daniel Arcucci y en las piruetas que debe de hacer Gonzalo Bonadeo (según entiendo, uno de los periodistas deportivos más completos de la Argentina), en este caso para encauzar el timón de disputas que convertirían al célebre humorista Benny Hill en un documentalista de Discovery Channel.

NUESTRA MARAVILLOSA VIDA COTIDIANA

¿Cuándo fue que el dolor de muelas de un periodista comenzó a ser un hecho periodístico?

¿Cuándo?

Peor: ¿cuándo fue que un muestrario de temas tan relevantes como el dolor de muelas de un periodista empezó a gobernar la mesa de trabajo y adulterar lo humanamente coloquial por lo estúpidamente autorreferencial?

¿Quién habrá sido el cráneo floripondio que patentó el hallazgo y lo vendió como pan caliente?

¿Por qué será que habrá prosperado la epidemia?

¿Por qué nos habrá encantado propagarla y por qué sus destinatarios no se asocian en clubes de torvos manifestantes que nos exijan algo más sustancioso, mayor seriedad, más rigor, más humildad, y nos bajen del caballo, y nos restituyan a nuestro lugar?

Nuestra maravillosa vida cotidiana.

Hubo un tiempo que fue hermoso: la vida cotidiana de los protagonistas, futbolistas y directores técnicos, ocupaban apenas formatos eventuales, acotados, cuidados, narrativos, novelescos.

Después pasó a ser un hecho periodístico la vida cotidiana del círculo íntimo de los cracks del balompié.

Un buen día, sortilegio de la posmodernidad de la posmodernidad (¡maldita redundancia, Batman!), pasamos a ser nosotros, los periodistas, un hecho periodístico. Nuestra biografía devino artículo de escaparate y nosotros, entregador, encantados, fascinados de cara al espejo de Narciso. Nuestro ego: un ego

que, a la vista está, come más que cien doberman hambrientos.

No hablo, necesariamente, de las coberturas más extensas. Un Mundial, una Copa América, citas de esa índole, por cuanto hace un buen tiempo se naturalizó que un diario de viaje, un apartado de apostillas, un segmento de color, una gragea eventual, un guiño circunstancial, se expongan en la misma mesa que el pescado grande del hecho periodístico.

Si el calor afecta mucho, si el frío afecta mucho, las comodidades o incomodidades del hotel, la cordialidad del recepcionista, la hostilidad de la telefonista, los masajes en el spa, la calidad de los restoranes, la carestía de los taxis, los paseos de compras, el regalo que compramos para la Tía Porota de Acassuso, los malestares estomacales, el nuevo corte de pelo, la música que escuchamos, las salidas nocturnas y, mirá que íbamos a dejar pasar la medalla al piola argentino, las cacerías sexuales.

Todo eso sazonado con una abundante ensalada de rúcula de yo yo con parmesano de la insinuación cómplice.

Picarescas internas entre dos o más de dos sólo entendidas por nosotros, las estrellas, los divos en tránsito, los Mick Jagger con micrófono, que si por casualidad fueran detectadas (las insinuaciones), a los oyentes no dejarían de resultarles tan interesantes como el bostezo de un rinoceronte, siempre y cuando los rinocerontes bostezaran.

Pero no hablo de las coberturas excepcionales. Hablo de los programas nuestros de cada día. Hacia finales de julio y hasta los primeros de octubre salgo a recorrer el dial.

Estos son algunos de los tópicos abordados en varias mesas de debate del periodismo futbolero.

- -La compra de repuestos en la calle Warnes.
- -Origen y calidad de los artículos. Conveniencia de los precios.

WALTER VARGAS

-Terapéuticas posibles para un cronista que sufre de un pertinaz resfriado. Guardar cama o no guardar cama. Té con miel o té sin miel. Dormir con pijama o dormir sin pijama.

-Todo tiene que ver con todo, sabía recordarnos Pancho Ibañez. Derivado del resfrío del cronista, un apasionante due-lo entre partidarios del invierno y partidarios del verano, con un segmento especial dedicado al invierno: ¿bufanda o sweater de cuello alto? ¿Campera o sobretodo?

- -Predilección por equis programas en la grilla de la tevé.
- -Trámites personales.
- -Rutinas íntimas. Por caso: tiempo estimado de necesidades fisiológicas y de aseo en las primeras horas del día.
- -Cepillado de dientes: blanqueador, flúor y calcio, para incisivos sensibles, sigan firmas.
 - -Pericia en juegos de barajas. Truco a la cabeza.
 - -Los avatares sentimentales de Laly Espósito.
 - -El footing matutino.
 - -Milanesa de ternera o suprema de pollo.
 - -Mascotas. Amores y desamores entre canes y mininos.
 - -Milanesa de soja.
- -Un periodista de los más conspicuos de la mesa que fantasea con ser panelista de la tevé en un programa de la farándula
- -Fastidios varios por embotellamientos de tránsito, mala señalización o inoportunos trabajos de reparación del pavimento.
 - -El Gigoló.
 - -Bailando por un sueño.
 - -Variedades de predilección del desayuno.
 - -El arte del buen cebado de mate.
 - -El arte de la cocción del buen asado.

- -Y de la merienda, con un apartado a los caminos de la repostería: torta de ricota, tortas negras, Mendicrín con dulce de leche, medialunas de manteca o de grasa, café con leche o café solo, liberación o dependencia.
- -Cartilla al paso del delivery más confiable del barrio de cada quien.
 - -Fumar o no fumar.
 - -Vestimenta: ¿seguir a la moda o desoír la moda?
 - -Permisos o restricciones en la ingesta de alcohol.
 - -Psicoanálisis sí/psicoanálisis no.
 - -La inquietante belleza de la vecina del cuarto B.
 - -Cantidad de mudanzas y ranking de mudados frecuentes.
- -Sociales varias: cumpleaños de sobrinos, tíos, abuelos, amigos, amigos de amigos, amigos de amigos, bautismos, compromisos, casamientos, aniversarios.
- -De postre, las infaltables, socarronas referencias que, se ve, tanto nos desvelan a los varones argentinos: las bondades anatómicas del colombiano Eder Balanta.
- ¿Cómo decir lo que me empeño en decir? Las referencias personales, personalizadas, privadas, íntimas, los anecdotarios, las minucias de la vida cotidiana del periodista, son legítimas en un contexto específico, circunscripto, validado, o como un juego fugaz que no lesione nada esencial y, sobre todo, antes que todo, ahí va: cuando llegan en auxilio de una pertinencia que está un poco más allá, una analogía, un concepto, un contenido, una información o una evocación que vengan al caso.

Fuera de esos contextos, la referencia endogámica, pertinaz, los anecdotarios, no son más que cáscara, nadería, regodeo narcisista, onanismo, cuando no lata o abierta estupidez. Burdas adulteraciones de los frescores coloquiales.

OLÉ: EL HIJO MALDITO

Hace casi veinte años que el único diario deportivo de la Argentina se abre paso bajo la amenazante mirada de la Academia,

Lo repele la ortodoxia purista. El Ku Klux Klan del periodismo único.

Lo castigan parroquias menos puras pero no menos renuentes a desconfiar de todo lo que huela a novedoso, a desvío, a atajo, a bifurcación.

Lo miran de reojo quienes encuentran saludables respiraderos de buen humor en una montaña de naftalina y a la vez encuentran ligereza, pavada, cuando no un sesgo de mal gusto, allí donde debería haber un tratamiento más clásico y más respetuoso.

Así es Olé, entre otras cosas, un alumno que parece haber aprendido la tabla del ocho antes que la del tres y por ende sufre de grietas metodológicas.

Un delantero que ahora la clava en el ángulo desde 35 metros y dentro de un rato tira la pelota afuera con el arco vacío.

Un buen jugador con el síndrome de la corriente alterna. Con altibajos que conspiran contra lo mejor de su potencial.

Un buen jugador con cosas de muy buen jugador y despistes de amateur o de profesional a contramano, que tiene partidos de los de merecer el podio y otros de los de estar para ser reemplazado a la tercera página. Perdón: quise decir a los 15 minutos.

Acusan a Olé de amarillista, cómplice del aguante, riverboquista, hinchista, adolescente, banal, chabacano.

A veces, algo de eso hay. Pero algo, un algo muchísimo más difícil de definir y contener que con el efímero trámite de lanzar una simbólica granada al medio de la redacción.

¿Es Olé el culpable de todos los males del periodismo? No.

¿Es Olé el diario que en mayo de 1996 salió a la calle con el afán de redescubrir la pólvora y resulta que la descubrió? No.

¿Es Olé tan nocivo que se vuelve plausible y deseable y éticamente aceptable que profesores de periodismo contraindiquen e incluso prohíban su lectura? No.

¿Es Olé un virtuoso semillero desde donde los Duchini-Pekerman-Griffa del periodismo deportivo siglo XXI forman camadas de pibes maravillas llamadas a ganar, golear y gustar? No.

(Pero a la vez sería injusto omitir que ha sabido alumbrar y formar a un par de decenas de espléndidos profesionales que hoy trabajan en otros medios. También, por cierto, a dos jóvenes hoy maduritos, a cual más competente, que revisten en el cuerpo de editores: Antonio Serpa y Marcelo Sottile).

Olé: un montón de presupuestos, modos, valores, tendencias, persistencias, improntas, derivas, humores, amores, estéticas.

Olé, ora una bolsa de gatos, ora una caja de Pandora.

Ora un producto logrado. Ora una posibilidad malograda.

No he sido, por cierto, uno de los ideólogos intelectuales de Olé, pero sí, en una pequeña medida, uno de sus fundadores. Estoy en Olé incluso desde un mes antes de su bautismo formal: fui redactor especial, fui editor, devine columnista.

¿Por qué seguís en Olé?

Cada tanto me pregunta algún amigo.

Porque es uno de mis trabajos y yo vivo de mi trabajo.

Porque más allá de algunos matices Olé completa un rompecabezas primordial: comodidad para trabajar, compañeros entrañables, respeto por mi trabajo y respeto por los límites que pongo, ingresos, dedicación, placer.

Respondo. Y añado:

-Y porque quiero a Olé como se quiere a esos amigos que a veces se van a la banquina, pero merecen ser queridos y acompañados.

Zanjada la confesión sentimental, procedo a afrontar el desafío y tal vez la trampa de ser sujeto y objeto de mi lupa.

De ser parte del fenómeno que analizo.

De perfilar una cartografía que me sorprende entre la procesión y la campana.

De andar como bola sin manija entre el asedio de una mirada edulcorada o, por lo contrario, de una mirada desnortada, lapidaria, injusta.

A grandes rasgos, encuentro en Olé tres etapas recortadas.

La primera etapa fue la fundacional, la que nos sorprendió esperanzados, chispeantes y alegres tras la zanahoria de lo que llamábamos "el sensacionalismo riguroso", que no era otra cosa que mostrar los dientes a la cuadratura del círculo. De encontrar el lado flaco de un oxímoron. De retomar donde había dejado las cosas el Página/12 de los primeros años y dar una virtuosa vuelta de tuerca: periodismo hecho a martillazos, coloquial, zumbón, si cuadraba, pero apegado a la buena escritura y alejado de la información sin sustancia en lo informado.

(Y todo eso, nobleza obliga, pese a unas cuantas pifias, incluso alguna tristemente célebre alusión a Brasil, "Que vengan los macacos", cuyo autor, Mariano Hamilton, asumió de forma cabal tantas veces como le fue posible y aun así mucha gente lo ha condenado al pago de la deuda eterna).

La segunda etapa estuvo marcada por la progresiva caída de las utopías bautismales, un recambio profesional y generacional que vio marcharse a unos cuantos periodistas suntuosos y una mutación ideológica que estableció un antes y un después: el nacimiento del De Frente (pieza en la que se escribe abiertamente desde el lugar del hincha), de un creciente tono homólogo al De Frente y, por añadidura, de un decisivo apego al faro del entretenimiento no ya como un elemento subalterno sino como el omnipresente dictador.

(Conste que del De Frente me hace menos ruido la explícita confesión de partidismo del periodista en plan de hincha que el malgasto de la eventual fecundidad de la pieza: elevar el rango de un entendimiento más profundo del juego que por un lado estimule e impregne a los hinchas, a secas, por otro lado prescinda del mal entendido folklore de denigrar a los otros equipos, a los hinchas de esos otros equipos, etcétera, y a la vez genere mejores condiciones de aceptación en los futboleros en general. Salvo excepciones, algunos compañeros que incursionaron en ese tono, y otros que incursionan hoy, fueron o son sospechados de insulsos, pero en ese caso veo preferible un loable intento insípido que una consumación descuidada).

La tercera etapa, que es la que encuentra a Olé a seis meses de cumplir las dos décadas, es una etapa engorrosa, brumosa, titubeante, de forma, de contenido y de impronta; y de crisis, entendida, la crisis, por lo menos en sus dos aspectos usuales: crisis como trance, riesgo, peligro, pero crisis también como cambio, transformación, oportunidad, el impreciso tiempo de lo viejo que no termina de morir y lo nuevo que no termina de nacer.

A falta de un pronóstico que juzgo inalcanzable para mi entendimiento, me atengo a lo que he registrado y registro en Olé en tanto virtudes, defectos, contradicciones, claroscuros, derivas.

- -Sus principales valías: potencia informativa, un pilar hoy cuestionado por el ciclópeo paso de los portales de Internet.
- -La garantía de un espacio mínimo a todos los clubes, un tono relajado en general y en particular a la hora de titular, aunque a menudo la virtud se transforme en pecado.
 - -Una sección de Polideportivo históricamente idónea.
- -Pluralidad de opiniones y, a despecho de que su cresta de la ola se conjugue en pasado, unas cuantas plumas pulidas (entre otros, Tomás Sanz, Carlos Rodríguez Duval, Jorge Trasmonte), sin contar jóvenes que se las traen (Ariel Cristofalo, Mariano Murphy...), ni cuatro extrapartidarios con estilos diversos y diversos modos de ver el fútbol, que ayudan a pensar, y ya es decir: Juan Becerra, Martín Caparrós, Diego Latorre y Roberto Perfumo.

-También, urge reponer la curiosidad de que en Olé trabaja Gustavo Grabia, destacado investigador periodístico de la gigantesca cadena de complicidades que opera en el fenómeno de las barrabravas. Subrayo curiosidad porque pesa sobre Olé la acusación de ser promotor de violencia.

-Asimismo Olé fue el primer medio escrito dedicado a temáticas deportivas que empezó a transcribir las declaraciones de los protagonistas de forma textual. Sin dudas se trató de una innovación riesgosa y susceptible de ser metida en la bolsa de otras formas coloquiales que rozan las fronteras del efectismo e incluso del mal gusto. Pero en este caso específico estimo que se trató de un acierto considerable.

Vista a la distancia de décadas ha, hoy recibiríamos con sorna o con franca burla la manera de expresarse de aquellos futbolistas, sea porque en efecto así hablaban, sea por una edición puntillosa, cuando no pacata, que los hacía parecer catedráticos de la Universidad de Salamanca.

Pero en realidad no me siento autorizado a juzgar eso. Tampoco sería atinado. Cada tiempo tiene su glosario, sus dialectos, hasta su propia entonación. Un porteño de la década de los 40 no hablaba igual que un porteño de la década del 60 y un porteño de la década de los 60 no hablaba como hablan los porteños de hoy.

Ese costado de la distinción ni merece objeciones. Simplemente es.

Vuelvo a la literalidad de los dichos de los personajes. De forma voluntaria o no, inconsciente o no, en el afán de preservar hábitos discursivos pulcros terminábamos por ejercer cierto tipo de censura.

Hoy, en cambio, lo perdido en delicadeza se ha ganado en franqueza, pero no cualquier franqueza: la autónoma franqueza de quien deberá hacerse cargo de lo que dice y de la forma de lo dicho. El futbolista, el director técnico, el dirigente, sigan firmas.

Eso sí: que en un exceso de entusiasmo por la gracia de lo espontáneo, sus propios periodistas nos sintamos con derecho a decir cualquier cosa y de cualquier modo es uno de los malentendidos que más lesionan la calidad del diario.

Por cierto. He aquí los karmas de Olé:

El karma de Olé, el fundamental, reside en su despistada manera de buscar la aceptación de los lectores. Las mieles de la sociedad del espectáculo.

De lo que supone es el paradigma del lector de este tiempo. De lo que supone que es el lector que domina y dominará la escena del consumo de diarios en papel o en portales.

El karma de Olé reside en dar por consumado lo que está

por verse y en creerse excluido de lo que es partícipe necesario.

Está por verse si es y será patrón de la vereda el lector tipo al que parece estar destinado Olé: un adorador de la fugacidad por la fugacidad misma, del impacto visual y trivial, de un vocabulario mínimo, vital y móvil o incluso por debajo de la línea de flotación.

Y, desde luego, está por verse que Olé no sea inocente en el hecho de llevar agua al molino de ese lector que sobreentiende como el patrón de la vereda.

Olé aprueba el mismo tipo de lector que persevera en construir.

Se trata, desde luego, de un horizonte empresarial devenido horizonte editorial.

Y desde cierta perspectiva, ese horizonte goza de una legitimidad incuestionable.

El periodismo también puede entenderse como una pluralidad de narrativas. En todo caso Olé expresa una narrativa posible.

Claro que eso no supone rozar altas cumbres. Es algo así como observaba León Trotsky acerca de la literatura del realismo socialista. Palabras más, palabras menos, decía: bienvenidos los obreros que gustan de escribir poemas, pero esa voluntad no significa que produzcan poemas buenos, buena literatura.

Lo mismo podría decirse de Olé: bienvenidos los intentos de rescatar al género de los peligros de la momificación.

De hecho, en ese sentido registro algunos méritos omitidos por los jueces del casticismo y que incluso cultivo a la hora de sentarme a escribir, pero en principio eso se revela insuficiente para dar por satisfactorios los resultados globales.

Y eso, según prescribe mi entendimiento, porque Olé se aleja demasiado de la orilla y se interna en océanos que ponen

al desnudo sus dificultades para mantener el braceo, flotar y preservar su urgencia primordial: preservarse y preservar.

¿Preservarse de qué? Preservarse del escollo de terminar renunciando en particular a lo que aboga en general: la suprema valoración de los lectores. ¿Preservar qué? Preservar algunos anclajes que atañen a la quintaesencia del periodismo.

Un piso de competencia comunicativa, de buen gusto y de distancia operativa con los destinatarios.

Un periodista puede convivir con el hincha que lleva adentro. Un hincha puede convivir con el periodista que lleva adentro. Pero un periodista es un periodista y un hincha es un hincha.

Esa falsa igualdad con los hinchas redunda además en el sofoco del tono coloquial, seguido de emanaciones tóxicas, así como en el acabamiento de la pertinencia en aras del jolgorio en clave de farándula.

En Olé sale mucho más seguido la foto de Tato Aguilera (TyC Sports) y Marcelo Grandío (Fox Sports), con el debido respeto, nada personal con ellos; que la de Franco Cervi, Ignacio Fernández o Cristian Espinoza.

Esto es: una pieza de color, Cámara Sorpresa, se vuelve porfiada al punto de restar entidad a personajes y tópicos dignos de otro encomio.

He allí donde vacilan las banderas de Olé. Y he allí donde Olé sufre los claroscuros de una casa con algunas habitaciones coquetas y otras con la pintura descascarada.

Una casa con algunas paredes agrietadas, ergo, siempre expuesta al azote de algún ventarrón.

Contra las mejores ideas de Olé conspira su postración a la quimera del impacto. De la huella a la carta. De la conmoción al mejor estilo de un churrasco vuelta y vuelta.

WALTER VARGAS

Su desvelo por causar impacto padece el destino del piloto novato de las carreras de autos de los videojuegos: estrellarse una y otra vez y conforme se estrella ve mellado su crédito.

Olé padece ciertos lastres estructurales, ya apuntados, que lo convierten en un equipo con muy buenos jugadores en todos los puestos, pero brumoso en la confección y azaroso en la terminación. Un equipo condenado a ganar o perder cuando le toque.

Un equipo con una buena materia prima, que en plena travesía del recambio generacional busca su destino, su nueva impronta, la refundación de su sello.

EL SIDIEGUISMO DE LA GENTE

Por supuesto que se puede ser periodista de fútbol sin fijar una posición ante la complejidad de, por decirlo así, el fenómeno Maradona, algo un poco más arduo que la salida simplona y a menudo almibarada de:

-¿Maradona? Un fenómeno, el Diego.

Prefiero, intento honrar esa preferencia, meterme a fondo con los fuegos artificiales de los significantes que comporta un descomunal personaje como Maradona.

Y eso, por entender que fijar una posición atañe a las prescripciones de mi rol (la letra grande o la letra chica) y por responder a la incomodidad que promueve en mí registrar cuánto y cómo se renuncia a ejercer el periodismo por rendir pleitesía al otrora prestidigitador de Villa Fiorito y gran hacedor en el Estadio Azteca devenido pontificio delivery en Dubai.

La incomodidad de registrar las oleadas de la gratitud mal entendida y la pasmosa capitulación del pensamiento crítico, aguas llevadas al molino del cheque en blanco, de una feligresía más a medida de los miembros de la iglesia maradoniana que de un ejercicio periodístico, que, más nos valdría recordar, entre otras cosas supone postergar la despreocupada y arbitraria lógica que empleamos cuando vamos a un cumpleaños.

Evangelizamos a los comensales que nos caen bien y a esa mesa nos sentamos. Satanizamos a los comensales que nos caen mal y de esa mesa nos alejamos.

Hasta donde sé, o creo saber, el periodismo es otra cosa. En general, el vínculo del periodismo futbolero con Maradona oscila en las fronteras de la desvergonzada claque y la políticamente correcta lavada de manos.

En el medio, un abanico de lecturas, interpretaciones y reacciones igual de arduas y azarosas como arduo y azaroso es, lo admito, alguien, como Maradona, que en la misma secuencia narrativa puede decir A, B y C del mismo tema, de los mismos destinatarios, aunque A desmienta a B, B desmienta a C y C desmienta a A.

Están los que todo se lo celebran: la incontinencia verbal, las piruetas rocambolescas, la tómbola de buenos y malos, el panquequismo que practica con mayor entusiasmo que el que denuncia, que la sigan chupando, las bravuconadas e incluso el maltrato a colegas cuyo único pecado fue hacer lo que pocos hacen, colocar una pregunta donde suele haber un pase-gol. Por caso, el que sufrió el periodista platense Martín Mendinueta post 0-4 con Alemania en el Mundial de Sudáfrica.

Están los que todo se lo disimulan. Y callan. En lugar de sacarlo de la ciénaga de las confusiones y recordarle que no, que no, que no, no, Diego, la tierra no es cuadrada, la tierra es redonda.

Están los que simulan hacer lo que pueden. Están los que hacen lo que pueden.

Están los que cuando Maradona dice que después del lunes viene el miércoles eligen comentar que lo que mata es la humedad.

Pregunto: por más inmenso que sea el 10, ¿por qué renunciar al periodismo y convertirse en un animador de sala celeste?

Un poco de pudor, distinguidos colegas.

A este paso, cualquier día Maradona dirá que los chanchos vuelan y se pondrán a su disposición amplias coberturas periodísticas en los chiqueros donde podría consumarse el acontecimiento.

II

Por si no ha quedado claro:

Hay cinco ítems con los que no me metería.

- -Con su carácter de artista majestuoso y egregio.
- -Con su indiscutible magnetismo y por añadidura con la magnitud de su atributo de emblema de la argentinidad.
 - -Con sus hábitos, sus placeres, su vida privada.
 - -Con su condición de héroe deportivo. De ídolo.
 - -Con sus idólatras.

(A esta altura de mi serenata carezco de ídolos. Profeso el hábito de admirar y, a veces, de admirar con fervor, pero no idolatro. En la ebullición de la idolatría se evaporan discernimientos, autonomías e incluso la mismidad. Quien idolatra, delega. Quien delega, niega. Quien niega, se anula. Quien se anula, se postra).

El día que me pregunten quién fue el mejor futbolista de todos los tiempos, responderé: Diego Maradona.

El día que me pregunten quién fue el futbolista que llevó a las más altas cumbres la belleza del maravilloso deporte de la bola número 5, responderé: Maradona.

El día que me pregunten cuáles fueron los deportistas que más me han conmovido, los guerreros más probados y admirados, Maradona estará en la primera fila de una selecta galería compartida con Manu Ginóbili, Carlos Monzón, Guillermo Vilas y algunos pocos más.

En ese contexto, mi eterna gratitud hacia Maradona la doy por descontada. Y la subrayaré cuantas veces sea indispensable.

Pero, ¿quién dijo que gratitud sea el equivalente de incondicional?

WALTER VARGAS

Eso es: incondicional, absoluto, total, ilimitado, tajante, terminante, categórico.

Definitivo.

¿Por qué razón debería ofrendarle eso a Maradona?

Conste que no soy quién para juzgarlo ni jamás me metería con sus hábitos íntimos. En cuál cama se mete. Cuáles placeres se procura. De cuáles amistades se rodea. Y que me merece un profundo respeto y una buena dosis de admiración su batalla contra las adicciones.

Que haga de su vida lo que desee y que sea tan feliz como pueda.

Pero sí me niego de forma terminante a convertirme en un implícito o explícito adulador del Maradona público.

Del Maradona adicto a los micrófonos, a las cámaras, a sus acólitos, a las lisonjas, a su vasto aparato de prensa, a sus operaciones, a sus operadores, a sus innumerables volteretas brumosas, a su ego tamaño Amazonas.

Me he negado, me niego y me negaré a ser parte del rebaño que calla o aplaude sus penales a la tribuna.

(En todo caso me asiste el derecho de elegir mis propios rebaños).

Del que declaró que suicidarse es de cobardes con el cadáver todavía tibio del pibe Mirko Saric.

Del que tiene aires de Rinus Michels pese a que sus páginas como director técnico se han escrito bajo la lógica de las películas de Luis Sandrini: un rato para reír, otro rato para llorar, y así.

Del que cuando se hizo cargo de la dirección técnica de la Selección Argentina se ufanó de que el agua caliente ya había sido inventada y jamás asumió el papelón del 6-1 en La Paz ni la quinielera clasificación al Mundial 2010 gracias a un gol

de Palermo, en tiempo de descuento, en offside, versus uno de los peores Perú de la historia, ni el no menos papelonesco 0-4 con Alemania, resultado que atribuyó a la fatalidad de un gol recibido a los 3 minutos del primer tiempo. (Un gol del que, de forma velada e incluso no tan velada, el adalid de los futbolistas hizo responsable a Nicolás Otamendi).

Del que protagonizó la conferencia de prensa más vergonzosa de la historia de la Selección Nacional y una de las más vergonzosas de la historia del fútbol.

Del que, a confesión de parte, relevo de prueba, estuvo cuatro años sin ver un partido de la Selección, lapso que matizó con fuego cruzado sostenido y ninguneos a Alejandro Sabella, para luego, ya en el Mundial de Brasil, sentarse frente a las cámaras con sus proverbiales aires de perdonavidas.

Del que encontró en Julio Grondona la vivida encarnación de todos los males de la humanidad, salvo a la hora de ser uno de los destinatarios calificados de su libro "Yo soy el Diego de la gente", salvo a la hora de gestionar con paciencia zen su designación como DT de la Selección y salvo, por supuesto, durante el tiempo que fue el DT de la Selección y resultó que el mafioso al que sugirió no chorear más devino el entrañable "Julio".

De que primero apoyó a Alfonsín y luego a Menem y después a Néstor Kirchner, hasta llegar a la generosa multipartidaria de estos días, cuando su devoción por la presidente de la Nación coexiste con su amistad con Fidel Castro y su apoyo a Nicolás Maduro, pero no es óbice para acercar agua al molino de la monarquía jordana y hacer campaña por un príncipe junto al que promete sanear el fútbol con otros compañeros de cruzada libertaria entre los cuales, según refirió al pasar, está Paco Casal.

¡Paco Casal!

La blanca palomita cercana al procesado penal Eugenio

WALTER VARGAS

Figueredo, que se quedó hasta con los ceniceros de las sedes de los clubes uruguayos.

Etcétera.

César Milstein podía haber caminado por la calle Florida un sábado a las cinco de tarde y andá a saber si alguien se hubiera acercado a felicitarlo por su revolucionario trabajo sobre los cuerpos monoclonales y su consiguiente Premio Nobel de Medicina.

Cuando a los 81años falló su corazón al cabo de una jornada en su laboratorio, Luis Leloir era un ciudadano igual de distanciado de los laureles, que de la fama y de los oropeles. En 1970 había sido Premio Nobel de Química.

René Favaloro murió solo, pobre y desesperado.

Hasta José de San Martín es hoy objeto de estudios, de lupa severa, de miradas que no siempre se subordinan al bronce del Padre de la Patria y al Santo de la Espada.

¿Y por qué razón, entonces, debería postrarme ante Maradona?

MUJERES AL ATAQUE

Una duda cruel me aqueja: si dedico un capítulo a las mujeres que escriben de fútbol, que hablan de fútbol, que comentan partidos de fútbol, ¿las incluyo o por lo contrario las discrimino en la vertiente negativa del acto de discriminar?

(Discriminar no es necesariamente excluir de una manera malsana, señalar una presunta inferioridad, maltratar, etcétera. Discriminar es también separar, distinguir, comparar, discernir, diferenciar: pensar).

Bien. Asumo el desafío y tomo el hierro candente:

¿Pueden las mujeres comentar partidos de fútbol?

Mal formulada la pregunta: ¿saben las mujeres comentar fútbol?

¿Deben?

Pienso en mi hija.

Mi hija se enoja porque, exagera, cree advertir que el mundo está hecho para los diestros. A un zurdo puede pedírsele que entrene la destreza con la otra mano, pero en general es baja la estadística del viceversa.

Mi hija estuvo un buen tiempo buscando un instrumento que anhelaba tocar, un bajo, pero no cualquiera: un bajo que se amoldara a su condición de zurda. Hasta que lo encontró. Había un bajo para ella.

En algún lugar. Aunque en general es mucho más fácil encontrar un bajo para diestros.

¿Por qué?

Por qué somos diestros aproximadamente el 90 por ciento de los seres humanos que poblamos este planeta condenado

a desaparecer.

El otro diez por ciento se compone de zurdos que en su momento, más niños, menos niños, más adolescentes, menos adolescentes, acaso hayan experimentado esa mezcla de irritación y soledad que experimenta mi hija.

Lo zurdo, además, goza de muy mala prensa, el diccionario de la RAE bien claro que lo subraya, izquierda equivale a siniestro, pero examinar esa vertiente no viene al caso. Tampoco será cuestión de contrariar a Mirtha Legrand y Mauricio Macri.

Si a mi hija le gustara el fútbol más de lo que le gusta, y si le gustara tanto como para plantearse analizarlo y comentarlo, amén de las que atañen a la indispensable formación, afrontaría la dificultad de ser parte de una ínfima minoría en un mundo, como el del fútbol, dominado por los hombres.

Con una mala noticia adicional: además de hombres, grosso modo configuran el culto a eso que se da en llamar "machismo", que equivale a la grey de los machos aglutinados en un sistema, una escuela o una doctrina.

(En este confín los varones somos educados para reproducir el ideario machista. Negar ese determinismo queda bien y da reputación de abiertos, flexibles y democráticos en la sobremesa de los cumpleaños, pero en realidad lo único honesto y fecundo que podemos hacer es asumir el lastre, arremangarnos y trabajarnos para ser cada vez un poco menos machistas).

¿No habría, para mi hija, ninguna buena noticia?

Sí, como mínimo habría dos. Una, que vivimos tiempos de un machismo más poroso, más agrietado, más forzado a domeñar su virulencia.

La otra buena noticia para mi hija reside en que el sentido común no distingue de sexos ni de lupas. Una noche de 2007, estaba yo sentado frente a la televisión, mirando un Independiente-Estudiantes por la Copa Sudamericana, cuando Mariano Andújar salió a cortar un centro, se quedó a mitad del camino, perdió de vista la pelota, hizo un zafarrancho y de puro milagro no fue gol de Independiente.

Mi hija, que andaba por los siete años, comentó: "papá, me parece que el arquero está en una mala noche".

¡Plop! Me desmayé en la clave de onomatopeya con la que Dante Quinterno ilustraba los desmayos del cacique Patoruzú.

Moraleja: analizar un partido de fútbol es un oficio que está al alcance de cualquiera. De cualquiera que sea capaz de afinar el sentido común y registrar lo evidente como plataforma hacia secuencias un poco más complejas (un poco, tampoco tanto) que consisten en percibir lo latente, o por lo menos algunas puntas que en el transcurso del partido nacen como latentes, hasta que en equis momento rompen el cascarón y devienen evidentes.

Desde cierta perspectiva, analizar un partido de fútbol no requiere de otra ciencia, de otra artesanía ni de otro misterio que no sean los de ir uniendo las evidencias, ponerlas en una olla a fuego lento y sacarlas conforme autoricen las circunstancias que, como bien sabemos, y si todavía no lo sabemos más nos valdría estar advertidos, se multiplican a una velocidad pasmosa y suelen ser tan pícaras que se la pasan cambiando de ropas.

Un partido de fútbol es entre otras cosas una especie de frenético baile de disfraces donde el villano de ahora será el superhéroe de dentro de un rato, y así.

En un partido de fútbol las verdades son como el camaleón, que cambia de color según la ocasión.

En un partido de fútbol las verdades circulan en libertad condicional y de esa certeza están igual de anoticiados Macaya Márquez que Viviana Vila.

WALTER VARGAS

Se vuelve inevitable reponer el nombre de Viviana Vila, por cuanto fue ella quien tuvo la saludable osadía de autorizarse a ejercer un rol que hasta entonces era un coto reservado a los hombres. Pudo haber sido Angela Lerena, pudo haber sido Débora D'Amato, pudo haber sido María Rita Figueira, pudo haber sido Alina Moine, pudo haber sido Verónica Brunati, pudo haber sido Luciana Rubinska (sólo por mencionar algunas colegas futboleras y entendidas), pero fue Viviana Vila quien atravesó la combustión del prejuicio, de la sospecha y de la sorna.

Y para decirlo de una vez: Viviana Vila ve el fútbol mejor que cientos y cientos de hombres que he conocido a lo largo de mis 57 abriles. Lo ve incluso mejor que decenas y decenas de colegas varones, varoniles, varonistas, unos cuantos de los cuales han sacado chapa de baqueanos y andan por la vida muy campantes, ufanos de llevar en el bolsillo del saco una medalla encontrada o en todo caso una medalla donada por el uso y la costumbre, por el hábito, por Doña Cultura.

Se alegará que los comentarios de Viviana adeudan todavía el toque del estilete, las pinceladas del detalle sutil, el desvelar la letra chica del partido, pero, pregunto: ¿cuántos de nosotros los varones-comentaristas-comentadores- somos tan despiertos, tan perspicaces, tan listos, tan pillos, tan guau, mirá vos?

¿Cuántos? Que los dioses del comentarismo den un paso adelante.

Y además, conste, y que conste porque supone una verdad tamaño Camp Nou: ¿no será mucho pedir que de un día para el otro a las mujeres que dan cuenta del fútbol les salga de taquito un bagaje que a los hombres nos ha llevado el pozo acumulado de un siglo?

WINES CON MICRÓFONO

Para que no haya malentendidos: jamás me pronunciaré a favor de la colegiatura del periodismo. Jamás. Allá los países que la tengan. Allá, en la Argentina, en las Bahamas, en Guinea Ecuatorial o en Islandia, las profesiones y los profesionales que dependan de una colegiatura.

Acaso en la medicina sea vital para impedir o punir la mala praxis. Bienvenidas ahí, entonces.

El periodismo es otra cosa. Tendrá licenciaturas, tendrá maestrías, tendrá Pulitzer, tendrá medallas a no sé qué mérito, tendrá indicaciones y contraindicaciones del buen ejercicio profesional, pero en una inmensa medida el periodismo es un oficio, ni más ni menos que un oficio. Un oficio y un trabajo. Un laburo, palabreja lunfarda que, confieso, me encanta.

Un oficio con una fuerte impronta del existencialismo francés, en lo que atañe al ser en función de la acción. Un médico deja de ver pacientes y no deja de ser doctor. Y un abogado retirado no deja de ser abogado. Y un arquitecto jamás dejará de ser arquitecto, por más que se retire y las únicas construcciones a las que se aboque sean los castillos de arena a pedido de sus nietos.

Un periodista es periodista si trabaja de periodista o ha trabajado de periodista. De lo contrario, será un periodista posible, formal, conjetural, y el único valor que tendrán sus títulos, sus diplomas y sus certificados de asistencias a congresos, encuentros y demás, será el de decorar el living o alimentar ciertas ínfulas en las celebraciones familiares.

Dicho esto, va de suyo que en primera instancia no me

escandaliza que un ex futbolista sea contratado como comentarista y/o panelista y/o presentador y/o lo que fuere. Tampoco, por si no ha quedado claro, esas contrataciones me inspiran peticiones de principios acerca de los privilegios y de las prioridades de las que gozaríamos los periodistas.

Si un ex player demuestra que sabe hacer la tarea que se le demanda, ¿por qué no? Al fin de cuentas, tampoco el autor de este libro ha estudiado periodismo en institucionales formales. En instituciones de las que extienden un título habilitante.

Ergo, no dispongo de un papel sellado y rubricado capaz de convalidar mi condición de periodista. No tengo más aval que el de mi trayectoria y tal parece que esa trayectoria, el recorrido mismo, avalan mi condición de periodista. Bueno, aceptable, regular, malo, muy malo... pero periodista al fin.

A propósito, viene a mi memoria una anécdota de mis tiempos de estudiante de las lides de eso que a grandes rasgos se da en llamar "profesionales de la salud mental".

Hace muchos años, cuando me formaba como psicoterapeuta por fuera de la universidad, por fuera de los claustros, consulté al doctor Armando Bauleo, maestro de maestros de psicoanalistas, acerca de cuál era el procedimiento correcto a la hora de evaluar a un paciente llegado a una consulta en equis institución.

¿Quién hace la entrevista de admisión? ¿El psiquiatra, el psicólogo clínico, el psicoanalista, el psicólogo social, quién, quiénes, todos?

El doctor Bauleo respondió:

-Es muy sencillo, Walter. La entrevista la hará quien sepa hacerla.

Con los comentarios de los partidos, con el análisis del juego, del fútbol, pasa lo mismo. ¿Quién está más habilitado?

Pues el que demuestre que, amén de habilitado, está capacitado?

Allá lejos y hace tiempo Alejandro Scopelli y Alberto Viola, dos integrantes de Los Profesores de Estudiantes de La Plata, se constituyeron en pioneros de los ex futbolistas sumados a las arenas de las crónicas periodísticas. Y lo hicieron muy bien, por cierto, del mismo modo que otro ex albirrojo, Roberto Sbarra, durante décadas corresponsal de la Oral Deportiva de Radio Rivadavia en la ciudad de La Plata.

Pero hasta la llegada de Quique Wolff, con tantos años de consolidado en los roles de la prensa que cada tanto no estaría de más recordar a los más jóvenes que en sus años mozos fue un futbolista espléndido, la más luminosa versión del ex jugador convertido en observador había resultado Ernesto Lazzatti.

El gran Lazzatti se fue de este mundo relativamente joven, víctima del mal de Alzheimer, pero antes supo regalar decenas de páginas propias de un ojo diestro y de una pluma refinada. En la revista El Gráfico. Antes, claro, había destacado como un gran centrocampista de Boca.

No vi al Lazzatti futbolista, pero sí leí al Lazzatti periodista. Y fue un placer.

Ahora, ¿los comentarios de Lazzatti eran excelentes por el solo imperio de su experiencia directa como futbolista profesional?

No. Ni por aproximación. ¿A quién se le ocurre esa peregrina idea?

A muchos. A muchos se les ocurre, empezando por los típicos futbolistas y ex futbolistas que miran de soslayo a los periodistas, en plan de perdonarles la vida, convencidos de que como ellos sí fueron parte de la cocción de los choripanes, de forma automática disponen de la franquicia, de las regalías y de la fórmula secreta del chimichurri más sabroso.

(Confieso que años ha me pasé un buen rato contemplando la pirámide de entrada al Museo del Louvre y la curiosa arquitectura del exterior del Centro Pompidou, pero semejante experiencia directa no me autorizó a mucho más que a sacarme una foto con la noble cámara Canon Prima Junior transformada hoy en una antigualla sólo ubicable en mercadolibre.com).

He allí una verdad fácil, barata o gratuita. Y por fácil, por barata y por gratuita, que invita a desconfiar.

Pero como me interesa menos salir indemne de una discusión que merodear una verdad, o asir la mayor cantidad de ramificaciones que coexisten en una verdad, desconfío de mi propia desconfianza.

Y propongo la siguiente dialéctica:

- -A. Cierto proverbio inglés sentencia que para conocer el sabor de budín no hay otro camino que probarlo.
- -B. Kurt Lewin, investigador polaco-alemán baqueano en psicología y dinámica grupal, postuló un desafío radical: "dadme una buena teoría y les daré una buena práctica".

¿Quién ha dado en el clavo? ¿El autor anónimo del proverbio inglés o el padre de la Teoría del Campo?

Los dos.

Dependerá de un contexto específico, de un grado de pertinencia, de dónde se puntúa una secuencia y, miren qué detalle baladí, de quién es el portador de esa práctica y de quién es el portador de esa teoría.

Hay ex futbolistas que jugaron 500 partidos en primera y sin embargo son incapaces de dar cuenta de su experiencia y ni hablar de las experiencias que atraviesan otros jugadores en un rectángulo de 105 x 70 en cuyas fronteras verticales se han dispuestos sendos arcos de 7.32 por 2.14.

Hay periodistas duchos en el hábito de ordenar sujeto, verbo y predicado, que han visto más partidos de los que ha jugado Pelé y sin embargo captar los tres o cuatro indicadores básicos de un partido de fútbol les sabe más arduo que escalar el Everest.

Hay de todo. Tirios y troyanos, cartagineses y romanos, atenienses y espartanos.

A veces un futbolista repone lo imposible de reponer incluso para periodistas brillantes: por ejemplo, qué pasa por la cabeza de un jugador cuando juega ante 60 mil personas y queda mano a mano con el arquero rival.

En mi vida de futbolista amateur he estado cientos de veces mano a mano con el arquero rival. Pero jamás ante 60 mil personas.

Pero un analista de fútbol tiene obligaciones que exceden por mucho la memoria emotiva. Obligaciones ineludibles. Discernir cómo están parados los equipos o, en realidad lo más trascendente, cómo están movidos.

Quién va siendo mejor y por qué. Cómo se teje y destejen esas dinámicas vertiginosas, resbalosas, a menudo inasibles, que comprende un partido de fútbol.

Si un ex futbolista no está en condiciones de hacer todo eso, pues lo lamento, pero carece de las herramientas indispensables.

¿Cómo? ¿Así que hay comentaristas que no fuimos futbolistas profesionales, que somos periodistas, a secas, que tampoco nos revelamos aptos para elucidar por lo menos el trazo grueso de qué diablos pasa en un módico partido de fútbol? ¡Por supuesto! Pero una cosa son los melones y otra cosa son las sandías. Ahora de forma específica me ocupo de los cracks que hemos sabido conseguir.

No vayan a creer que he bebido del amargo cóctel del ren-

cor, del cinismo y de la destrucción masiva. Por lo menos en la Argentina, la enorme mayoría de los ex futbolistas devenidos observadores son competentes y en algunos casos además de competentes dueños de una incipiente impronta pedagógica: de un modo especial, entre otros, Jorge Bermúdez y Marcelo Espina en el lote de las más recientes apariciones y Diego Latorre como lúcido y lucido timonel de una camada anterior.

(Con matices de mayor o menos lucidez, de mayor o menor experiencia, de mayor o menor competencia comunicativa, destaco asimismo a Gustavo Lombardi y Gastón Pezutti. También a Rubén Capria y Diego Díaz cuando declinan imponer sus criterios por la vía de la exaltación).

Latorre es todo un espejo donde podría mirarse el jugador de hoy que anhele convertirse en un idóneo paisajista del vasto jardín del periodismo: un insaciable del conocimiento que deja entrever una humildad insospechada de afectación. Se nota cuánto persevera en construir un rol que no requiera vivir del plazo fijo de sus años de futbolista activo y cuánto lo incomoda que lo empujen al anecdotario ególatra y vacuo.

Descontado Quique Wolff, a quien aludí en otro tramo del presente trabajo, sería injusto que omitiera los valores del Ruso Verea, otro baqueano entrañable cuyo menottismo fronterizo con el hermetismo talibán no lo inhibe de debatir con saludable honestidad, así como los de Carlos Aimar, el Cai Aimar, que en tiempos signados por el carnaval de la bobada y aún como miembro de formatos periodísticos proclives a la cháchara matizada con Cinzano y maníes, se pone al pie del pizarrón y contribuye al debate.

También me merecen una estima singular Patricio Hernández y Roberto Perfumo, en el caso del entrañable Mariscal pese a algunos banquinazos anárquicos en sus intervenciones

televisivas.

Los dos, además, han dejado testimonio escrito. Tuvieron la paciencia, el tino y la valentía de organizar sus ideas y volcarlas en sendos libros que leí, disfruté y agradezco.

(Nota pertinente: a esta altura del baile, de forma deliberada excluyo a Jorge Valdano, un ex futbolista que más bien me sabe un intelectual que primero se dedicó a jugar al fútbol, después a la dirección técnica, después al periodismo, y así).

En realidad son contadas las excepciones de aquellos ex futbolistas que no dan la talla. Los que tienen insalvables dificultades para hablar un castellano aceptable. Los que ofrecen una profundidad de análisis que no excede el puñado de minutos de una conversación entre ocho pisos de ascensor. Los que se pierden en su propio shopping de chascarrillos y en el mejor de los casos, muy cada tanto, aciertan con una referencia lateral.

Pero una referencia lateral y una ocurrencia no llegan a la estatura de un concepto. A veces se parecen, a veces se entremezclan, pero no son equivalentes. Una ocurrencia es una ocurrencia y un concepto es un concepto.

Si un ex futbolista puesto en el cometido periodístico lo único que tiene para ofrecerme son ocurrencias y anécdotas, con el debido respeto: lo prefiero en un asado o alrededor de una mesa de café.

La mayor dificultad de estos colegas que supieron jugar en las ligas mayores es en rigor una limitación que, en general, lejos de registrar como una limitación suelen concebir como una virtud: la imposibilidad orgánica, estructural, visceral, de aplicar una mirada ácida al jugador que la merece con creces y la crítica al entorno del fútbol que en muchos casos es homólogo a las zonas oscuras de los propios futbolistas.

(A riesgo de omisiones que llegado el caso inspirarían mi

sincero pedido de disculpas, excluyo de esta segunda peculiaridad a Juan Manuel Herbella y Adrián Bianchi).

Comúnmente, para los ex futbolistas devenidos comunicadores, o como se les llame, no hay futbolistas que hayan jugado mal: simplemente no han jugado bien.

Y, además, jamás ha habido partidos arreglados, árbitros comprados, empates amañados, camas alevosas a los entrenadores, etcétera, etcétera. "El futbolista quiere ganar siempre" es el escudo vikingo que los pone a salvo de todas las flechas.

Llegado este punto, tales distinguidos colegas representan analistas calificados. Del juego, de lo que pasa en el verde césped. Y como pensar el juego es una materia obligatoria que nunca terminamos de aprobar, bienvenidos.

Pero no menos bienvenido sería, asimismo, que asumieran sus limitaciones. Yo admito que jamás patee un penal ante 60 mil personas. Que ellos admitan que por las razones que fuere (por fidelidades insondables, porque lo juraron con la mano apoyada en la biblia, porque nadie está obligado a declarar en su contra, por los "códigos", por las dudas), jamás de los jamases pondrán la lupa en temas escabrosos.

Y admitida esa interdicción, que se declaren incompetentes para avanzar un paso más y me concedan el beneficio de ahorrarse la tristemente célebre guitarreada: "el futbolista es lo más puro del fútbol".

Sí, claro, el futbolista es lo más puro del fútbol, el verdulero es lo más puro del mercado de frutas y el gasista matriculado es lo más puro de la plomería.

PD: No sería honesto si no repusiera algo que percibo a la hora de entregar el presente texto: concederé a los ex futbolistas devenidos colegas que a menudo los periodistas banalizamos la dificultad de jugar.

Banalizamos la dificultad de poner en acto destrezas subordinadas a la gravitación de otros diez compañeros y a la consabida oposición de los adversarios. Todo eso, además, de cara a una multitud dispuesta a subir o bajar el pulgar con la misma delicadeza que tendría un elefante en un bazar.

DIME CÓMO CONVIVES CON TU HINCHA Y TE DIRÉ QUIÉN ERES

I

El hincha que todos portamos: ¿debería ser cancelado, anulado, aniquilado?

¿Debería ser fomentado, alimentado, celebrado?

El problema de conservar o no conservar el hincha que habita en cada periodista de fútbol depende de dos factores centrales: uno propio, intransferible, sustantivo. Y el otro externo, amplio, poblado de voces.

Uno atañe a la conciencia. El otro atañe a la recepción.

El que atañe a la conciencia es el que demanda más trabajo, más preparación y un mayor detalle en el pulimento.

Y todo eso se vuelve imposible sin una cierta renuncia. ;Renuncia a qué?

Renuncia a la presunta inimputabilidad del hincha.

El hincha goza de cierta armonía ontológica, que vendría a ser la potestad de considerarse y reconocerse a sí mismo con independencia de sus modos o fenómenos.

Para decirlo en criollo: el hincha no necesita darse explicaciones ni dar explicaciones.

El periodista sí. El periodista se ve necesitado de dar explicaciones y antes que eso, si quiere ser un periodista con todas las de la ley, se ve necesitado de darse explicaciones.

¿Por qué elegimos el periodismo deportivo y/o el periodismo de fútbol?

¿Cómo y hasta cuándo estamos dispuestos a formarnos?

¿A cuál rama, género o especialización nos gustaría dedicarnos?

¿Qué estamos dispuestos a dar?

¿Qué estamos dispuestos a conceder?

Y, por supuesto: ¿cómo se expresará el respeto que debemos profesar a los destinatarios de nuestro trabajo?

Y, en última instancia: admitida la coexistencia del hincha que somos desde la cuna con el periodista que aspiramos a ser, que va siendo, que seremos, ¿quién llevará la batuta de ese vínculo? ¿El hincha o el periodista?

La batuta en la mano del periodista será de buen pronóstico.

Después será cuestión de ver cuán buenos periodistas podemos ser.

No hablo de un viaje de ida al Paraíso: hablo de lo saludable de honrar una causa superior.

Si no nos sentimos capaces de honrar la causa superior que vendría ser el pleno ejercicio del oficio que hemos elegido, más nos valdría sincerarnos, establecer nuestras limitaciones y en todo caso fijar en qué contexto nos subordinamos a la batuta del periodista y en qué contexto nos subordinamos a la batuta del hincha que persiste en nos.

Me viene a la memoria el caso de Néstor Basile. Néstor Basile, el Loco, fue un espléndido periodista platense que padecía horrores el peso de la dosis de ecuanimidad exigida por el imperativo de tener que analizar tanto a Gimnasia cuanto a Estudiantes.

Sufría, el entrañable Loco Basile. Se sentía incómodo en su piel. Andaba como bola sin manija entre los tironeos del placer y del deber. Lo acosaba el sinsentido de devenir extranjero de su propia casa, el Bosque, el Lobo, etcétera. Por ende, lo torturaba el malsano presagio de terminar convertido en un traidor de una causa que juzgaba sagrada.

Un buen día, el Loco Basile plantó bandera y desde luego su bandera era albiazul: desde entonces lo suyo fue destinar alma, corazón y vida a diversas cruzadas siempre, pero siempre, vinculadas con Gimnasia. (También cultivaba devociones políticas de rocosa identidad. No estimo que vengan al caso).

El Loco Basile, en fin, formuló su condición con franqueza y en esa travesía habría de sorprenderlo la muerte. Vaya mi homenaje a él y a todos los que como él se atreven a fijar una gramática semejante (soy periodista, pero antes que periodista, soy hincha) y por carácter transitivo honran una dimensión ética que yo podría compartir o no, pero nunca impugnar.

II EMOCIONES: TAREA PARA EL HOGAR

¿En qué nos parecemos los actores y los periodistas futboleros?

En que trabajar las emociones constituye uno de los requisitos intrínsecos del rol.

En que si ese trabajo sobre las emociones llega a buen puerto, tanto el actor cuanto el periodista futbolero sabrán mostrar como natural algo que, en realidad, demandó un prolongado tiempo de trabajo.

De trabajo interno, de eso hablo, de un metódico bucear en ese yo profundo a menudo desbocado.

¿Y qué más desbocado en nuestra cultura que las inscripciones fundacionales de nuestra afiliación a tal o cual color de camiseta?

No nacimos en Katmandu. No nacimos en Reikiavik. No

nacimos en Andorra.

Nacimos en la Argentina. Y si nacimos en la Argentina es altamente probable que lleguemos a la escuela de periodismo, o a la universidad, o incluso a las arenas del periodismo deportivo propiamente dicho, con el voluminoso equipaje del hincha de fútbol que hemos sido 24 horas por día.

En la Argentina, el ser hincha no se circunscribe a una confortable platea ocupada una vez cada quince días. A diferencia de otros países, de otras culturas, en la Argentina el ser hincha no es situacional: es estructural.

Y esa condición, la de estructural, conlleva que el fútbol y nuestra devoción por los colores que supimos heredar se exprese en una pertenencia masiva. Y aunque masiva, indolora, pero indolora siempre que no se convierta en una piedra en el zapato del yo profesional.

En mis tiempos de coordinador de la tecnicatura de periodismo deportivo Lo Grupal Hoy, en La Plata, prescribía a los alumnos la redacción de un texto de ponderación al adversario histórico del equipo aquerenciado. Por ejemplo: el alumno hincha de Estudiantes debía elogiar algún aspecto de Gimnasia y el alumno hincha de Gimnasia debía elogiar algún aspecto de Estudiantes.

Como podrá deducirse, el mecanismo era sencillo, en alguna medida ingenuo y en un sentido más amplio despojado de aspiraciones elevadas. La dimensión del buen periodista excede ese solo indicador, pero que lo exceda no supone que se dé el lujo de excluirlo.

Lo que me interesaba, en definitiva, era censar en cada alumno cómo lidiaba con la dificultad de atravesar una selva poblada de animales concebidos como adorables que coexistían con otros animales concebidos como indeseables.

¿Los resultados? Satisfactorios. Y tanto que Pablo De Blasis, que ya estaba por debutar en la Primera del Gimnasia de sus devociones, se despachó con un muy buen texto que recuperó equis valor positivo de Estudiantes.

(Admito que el caso de Pablo De Blasis, hoy en el Mainz 05 de Alemania, reúne un costado no sé si inusual pero pintoresco: su madre, su hermana y su hermano son fervorosos hinchas de Estudiantes. Su padre, en cambio, es un fervoroso hincha de Gimnasia. Casos y cosas de La Plata futbolera).

Muy diferente fue la respuesta de otro alumno que estuvo a punto de tirar por la borda un año de cursada por considerar inaceptable tener que elogiar aunque más no fuera un matiz de Estudiantes. Sufría, el muchacho. Sufría el tironeo de una voz que lo acusaba de traidor y otra, más débil, fue un hecho, que lo convocaba a bautizar como es debido su yo periodístico.

No sé qué ha sido de la vida del muchacho. Tal vez se lo encuentre en el algún programa dedicado a Gimnasia. Tal vez no. Tal vez se haya contentado con ser un oficiante de la fiesta del tablón, un lugar honorable como tantos otros.

No lo juzgo. Como sugería el gran Gilles Deleuze, mejor barrendero que juez.

Al contrario: cuando resolvemos entuertos de aguas estancadas y sabemos dar vuelta la página, a partir de entonces será todo ganancia.

En última instancia me reservo el propósito de subrayar la engorrosa comunión del agua y el aceite.

El cuerpo humano es un sistema de vaciado y de llenado. Y los saberes, cualesquiera sean, también. Tomemos de nuestro yo hincha lo más nutricio y lo demás descartémoslo o dejémoslo para bromear en las tertulias con nuestros amigos o para los juegos de chanzas de las redes sociales, aunque incluso en esos juegos también merecen que sean calculados los daños y los perjuicios.

III LA EXPERIENCIA DE ANIMALS!

A comienzos de 2006 recibí una propuesta inusual: escribir columnas para una revista de reciente aparición: Animals!

Antes de responder, que en rigor no demandó un tiempo excesivo, me tranquilizaron algunas certezas.

Que los ideólogos de la publicación fueran profesionales de probada idoneidad con los que además me unía un vínculo afectuoso.

Que no me convocaban a ser parte de un medio militante.

Que no me convocaban a ser parte de un medio partidario.

Parece una sutileza o un ejercicio de onanismo semántico, pero una cosa es una revista partidaria y otra cosa es una revista exclusiva.

(Exclusivo: único, representativo, característico, propio, peculiar, personal, especial, inconfundible, intrínseco, mero, particular, privativo, propio, solo único).

Que eso mismo es Animals!: una revista dedicada a un objeto específico (Estudiantes de La Plata) a un probable sujeto específico (el hincha de Estudiantes), que honra una simpatía previa (la del objeto elegido), pero que antes que eso honra el deber y la dicha de hacer periodismo.

Para que se entienda mejor, tal vez sea oportuno definir a Animals! por lo que no es.

-No es un órgano oficial de Estudiantes de La Plata.

-No es un órgano encubierto ni de Estudiantes ni de ninguna corriente política, ni de nadie íntimamente ligado al club.

-No es una noria del circulante mal llamado folklore del fútbol expresado en hinchas de su hinchada, adictos a la victoria. Terminators con micrófono o sentados a la PC o iPhone en mano.

-No es un alarde de periodismo moderno ni de periodismo vetusto: es una publicación que hace periodismo, nomás. O lo intenta con denuedo.

-No es un trampolín de entretenimientos albirrojos.

La función de entretener se da por descontada en la elección de las temáticas y de los personajes y tales vigores son contenidos en la información y en la formación.

Una formación relacionada con la historia de Estudiantes, con el día a día, con un corpus que ayude a comprender el fútbol en tanto juego y en tanto cisterna cultural.

Y todo eso sostenido con un lenguaje cuidado.

Cuidado en defensa de un buen castellano (o de un buen argentino, si tal cosa existiera) y en defensa de límites sagrados. ¿Cuáles límites? Me valgo de una anécdota que encuentro concerniente y evoco con emoción.

Cuando chico, y Estudiantes jugaba en la Bombonera, era frecuente que la única alternativa a mano para escuchar el partido eran los relatos de Bernardino Veiga y los comentarios de Faustino García por radio Mitre o Argentina, que seguían la campaña de Boca.

Quisieron las vueltas de la vida que una tarde de 1978 el gran Bernardino me invitara a tomar un café en su departamento de la calle Juramento y pudiera participarlo de las buenas sensaciones que me habían dejado aquellas transmisiones donde las únicas señales de partidismo entusiasta se expresa-

ban en su inconfundible "¡Gol de Bocaaaaaaaaaaaaaaaa.".

"El respeto por los rivales era innegociable", respondió Bernardino.

Si un faro sabe inspirarnos en Animals! y sabe inspirarme en Animals! o en cualquier otro medio, incluso en las redes sociales con su consabida impronta intimista, es el sacrosanto respeto a todas-las-camisetas-todas.

MIS HINCHAS PREFERIDOS

Acuñada la incomodidad que produce en mí el sesgo que ha cobrado mi profesión, nada me costará confesar, si hasta aquí no ha quedado claro, que no menos incomodidad y desaliento comporta la Cajita Infeliz del hincha de fútbol siglo XXI. Del hincha medio, o promedio, o acaso del tipo de hincha que mejor entronca con los contravalores de la época.

No son todos, lo admito, pero son muchos, demasiados, miles, millones de hinchas menos devotos del fútbol en tanto construcción colectiva que del fútbol concebido como una endogamia machacona, crispada, vil y envilecedora.

Hablo del tipo de hincha que amén de despreciar a los jugadores adversarios y a los hinchas de los jugadores rivales, llegado el caso también desprecia a sus propios jugadores y si su insatisfacción alcanzara temblores de entendederas 9.4 en la escala Ritcher terminará por despreciar al fútbol propiamente dicho.

Hablo del tipo de hincha en cuya variedad de personalidades delivery conviven el síndrome del perro del hortelano, el del hombre en su día de furia, el del anorgásmico estructural y el del cínico descomunal.

Del hincha multicampeón de los juegos electrónicos que

deduce de que semejante palmarés se desprende su sabiduría futbolera, su condición de Gran DT.

(Un lastre del que las nuevas camadas de periodistas no están a salvo, no vayan a creer).

¿Cuáles son los hinchas que mejor me caen, cuáles de los que más aprendo, cuáles los que más gusto me da escuchar, registrar, acompañar?

Hubo muchos y hay muchos. Mohicanos que aprecio y celebro.

Pero para no abundar, ni aburrir, ni saturar: deseo honrar a dos que sepan contener a todos los hinchas que ingresen en ese registro.

El primero, el bautismal, mi padre, un albañil que al cabo de la jornada no veía la hora de llegar a la casa para estar con su familia y alrededor del fogón escuchar la Oral Deportiva y el partido o los partidos de fútbol que había reservado la agenda.

Del mismo modo que no sentía el menor atisbo de envidia por los propietarios de las casas que construía, confortables casas con todo en su lugar, incluso más de lo indispensable, casas del tipo de las que jamás llegaría a disfrutar, mi padre era incapaz de sentir envidia por los grandes jugadores de los equipos que conspiraban contra su amado Estudiantes de La Plata.

Todo lo que aprendí del aprecio por el entendimiento del juego en sí, por añadidura de la apasionante y mutable y amalgama que da vida a un partido de fútbol, todo lo aprendí a ver a través de los ojos de mi padre.

Mirá cómo cruza el 2 de ellos, mirá cómo cambia de frente el 8 de ellos, mirá qué bien gira el 9 de ellos, mirá cómo se entienden el 3 y el 11 de ellos.

Mirá, sugería mi padre. Y yo miraba. Y mirando, aprendía. Bien advertido estaba mi padre, sabio futbolero si los hu-

bo, que sin ellos no hay nosotros, que un partido de fútbol es nosotros contra ellos pero también nosotros con ellos, ellos con nosotros y todos al servicio de ese fantástico simulacro bélico de 90 minutos en alfombra mágica.

Jamás escuché a mi padre insultar o denostar a un rival de Estudiantes. Más todavía: una tarde de 1975 fue al estadio de Estudiantes a ver un partido con San Martín de Tucumán que terminó 4-3 y ya de regreso pregunté si tal como había escuchado al relator de Radio Provincia habían brillado Rubén Horacio Galletti y el misionero Carlos Angel López.

-Sí, sí, muy bien el Gringo y Carlitos, respondió mi viejo. Y añadió: ¡pero no sabés cómo la movían los tucumanos!

Mi otro hincha preferido es Roberto Fontanarrosa, el Negro Fontanarrosa, el mismo Negro que cierta vez, café de por medio en el bar del Hotel Conquistador, me dijo, desentendido del rubor, que si el cumpleaños de su madre coincidía con un partido de Rosario Central, la mujer que lo había traído al mundo ya tenía claro quién faltaría a la hora del encendido de las velitas.

Y me dijo, el Negro, que cuando perdía Central ya no había manera de que no se tratara de un día imposible de remontar.

Pues ese mismo Fontanarrosa, devoto de Central hasta los tuétanos, supo cultivar un supremo respeto por Newell's hasta en el mismísimo "19 de diciembre de 1971", uno de los más bellos cuentos de fútbol escritos en castellano y una especie de Padrenuestro literario que los hinchas canayas (sic del Negro) perseveran en leer con fruición, emoción y devoción.

Me permito transcribir un párrafo de esa categórica y elegía a Rosario Central que es "19 de diciembre de 1091".

-Pero la verdad, la verdad, hermano, con una mano en el corazón, que tenían un equipazo, pero un equipazo, de padre

WALTER VARGAS

y señor mío. Hay que reconocerlo. Porque jugaban que daba gusto, el buen toque, y te abrochaban bien abrochado. Estaba Zanabria, el Marito Zanabria, el Mono Obberti. ¡Dios querido, el Mono Obberti, qué jugador! Silva, el que era de Lanús, el albañil. ¡Montes! Montes de cinco; Santamaría, el Cucurucho Santamaría, qué sé yo, era un equipazo, un equipazo, hay que reconocer, y la lepra se corría una fija.

Entendedor, degustador, caballero sin par, el Negro Fontanarrosa fue un narrador excepcional no solamente de fútbol, pero de fútbol, de las semblanzas futboleras, quien llevó las facultades expresivas del idioma a cumbres inigualables.

"No te vayas, campeón" es un libro indispensable. Perfiles de equipos inolvidables de los cincelados con detalles de sibarita. De los perfiles que no tienen ni un coma de más, ni un adjetivo de menos.

El Negro Fontanarrosa, uno de mis hinchas predilectos, hizo del fútbol una suprema manera de mirar el mundo. A una semana de morir de una enfermedad impiadosa, brutal, sentado a la mesa de toda la vida en el bar El Cairo de su sagrada Rosario, les dijo a sus amigos del alma: "Muchachos, estoy jugando con siete".

El Negro Fontanarrosa fue un bon vivant del pensamiento: amaba a Central sin necesitar odiar a Ñuls. Fue un hincha calificado, honrado, honroso, fabuloso, amoroso, en una selva, como la del Cabildo Abierto del fútbol, poblada de impertinentes, de chabacanos, de burdos, de soeces, de patanes.

EL PATRIARCA VILLITA (*)

(*Patriarca: persona que por su edad y sabiduría ejerce autoridad moral en una familia o colectividad).

Se llamaba Estanislao Villanueva pero su nombre de guerra era Villita. Sí, de guerra. Estaba peleado a muerte con la ligereza, con la vanidad y con el mal gusto.

Era especialista en básquet, o acaso el básquet fuera el deporte que más amaba entre otros deportes y otros amores, pero podía escribir de lo que fuera menester y siempre a tono con lo que había que informar y siempre en clave de elegancia de delfín en su vasto océano de sustantivos, adjetivos, sinónimos.

Villita sabía tutearse con las palabras como si las palabras y él fueran amigos de toda la vida, se conocieran de memoria y no hubiera cabida ni para la expectativa falsa, ni para la desconfianza, ni para la querella, ni para el tedio.

Se tuteaba con las palabras, Villita, pero sin embargo prefería llamar de "usted" a los veinteañeros periodistas de aquella redacción de Télam que por aquellos años, finales de los setentas, éramos unos cuantos y todos a mitad de camino entre lo poco sabido y lo mucho por saber.

Y en la alcancía de lo mucho por saber Villita depositaba cada día. Devoto, generoso, pudoroso, altisonante por gravedad de tono pero jamás por la voluntad de Narciso.

-Dígame, Villita: ¿hay alguna fórmula para enriquecer el vocabulario?

Pregunté.

Y Villita respondió que no, que fórmulas no hay, pero decir

WALTER VARGAS

bien y escribir bien sin el hábito de la lectura es imposible, o por ahí, y que cuanto más se lee, mejor, y en lo posible a los clásicos, pero que además hay algunos ritos muy sencillos y fecundos.

¿Por ejemplo?

Un periodista debería tomar contacto con el diccionario por lo menos cinco minutos cada día.

Me dijo Villita.

Y aunque no siempre tengo esos cinco minutos y cuando los tengo no siempre vienen acompañados del vital combustible de las ganas, aquel consejo ha sido y es fundamento de mis esfuerzos más fervorosos.

Si alguna vez he podido mantenerme enhiesto en los corcoveos de mi lengua, la lengua que me fue donada, la bella y compleja lengua de Cervantes, en gran medida se lo debo a Villita.

Gracias, maestro. Lo llevo en el corazón.

EL CONSEJO DE EL VECO

Junio de 1978 estaba en pañales pero castigaba como en sus mejores tiempos, los de copioso sembrado de escarchas y estalactitas.

Sin sacarme la campera verde, símil camuflage de soldado yanqui camino a Normandía, me senté en un taburete del Bar Ring Side y ordené un café cortado.

"Cortado liviano", dije, un detalle que bien pensado no se sabe bien qué significa pero que Delfín, el cordial despachante detrás de la barra, decodificó de inmediato.

Me acercó un café, cortado, con un poco menos de café que lo usual y un poco más de leche que lo usual.

Debo de haber denunciado mi tensión por la manera de revolver el pocillo o acaso por alguna expresión de mi cara enjuta, pálida, propia de un personaje del libro Corazón, de Edmundo de Amicis (según supo observar mi amigo Emilio Coppolillo Bianco), porque a mi izquierda, una inconfundible voz, indagó.

-¿Qué le pasa, pibe? ¿Está nervioso?

Era El Veco. Emilio Lafferranderie, periodista, maestro de periodistas, uno de los revolucionarios que junto con otras glorias de El Gráfico había convertido una gélida crónica en un fascinante vuelo por la isla de la fantasía, que yo había admirado con fervor en mi adolescencia berissense, y seguía admirando en esos mismos días, cuando el gran Veco escribía en La Hoja del Lunes y comentaba boxeo en Radio Splendid.

Respondí sin disimular una turbación matizada con un dejo de alborozo.

-Estoy muy nervioso, Veco, en media hora haré la prime-

ra entrevista de mi vida.

- -¿Y tiene ganas de hacer la entrevista?
- -Sí, muchas ganas.
- -¿Más ganas que nervios o más nervios que ganas?
- -Más ganas que nervios. Muchos ganas. Pero nervioso estoy.
 - -¿Y a quién va a entrevistar?
 - -A Camilo Gaitán, el mediano.
- -Vaya tranquilo, pibe, los boxeadores son gente noble, sencilla. Quién le dice que él no esté más nervioso que usted. Vaya tranquilo, pero ya que va a hacer su primera entrevista, permítame un consejo.
 - -Sí, sí, Veco.
- -Jamás se enamore del entrevistado. Respeto, sí. Valoración, sí. Y admiración, si el personaje merece su admiración. Pero hágame caso, guarde un resto para usted. No se enamore del entrevistado.
 - -Entiendo, entiendo Veco, pero ¿por qué?
- -¿Sabe por qué, pibe? Porque el entrevistado siempre tiende a buscar que la entrevista salga como quiere él y no como usted necesita que salga. El periodista que se enamora del entrevistado es un periodista debilitado.
 - -Muchas gracias, Veco.
 - -De nada, pibe.

Fui, hice la entrevista, la cordialidad del entrevistado me facilitó las cosas y mal que mal, el trabajo salió. Pero jamás me olvidé de aquel consejo de El Veco y cuando caí en la cuenta de que había pisado el palito me envolvió una mezcla de reproche y aflicción.

Pero en las mejores versiones de esa puesta de límites implícita y a veces explícita que me había recomendado el maestro uruguayo, noté que además de encarrilar la entrevista, ganaba el respeto del entrevistado: así me pasó con Angel Labruna, Alfredo Di Stéfano, Enzo Trossero, Miguel Angel López y Guillermo Patricio Kelly, entre otros.

(Nota: Guillermo Patricio Kelly: dirigente político, 1922/2005).

A unos pocos años de aquella charla en el bar Ring Side, más exactamente en 1982, El Veco viajó a Perú y allí se radicó. Escribió para el diario El Comercio, trabajó en radio, en televisión, tuvo programa propio (El show de El Veco) y resultó que una mañana, la del 26 de julio de 2004, se sintió identificado por una columna de opinión que había escrito un periodista de Olé a propósito del desenlace de la Copa América. La que Brasil había birlado a la Selección Argentina con el postrero gol de Adriano y mejor puntería en los penales.

Y escribió un mail, El Veco, un mail de elogio destinado a ese periodista al que 25 años antes había aconsejado que jamás se enamore de un entrevistado y a la vez deslizó una metáfora que acaso hoy tenga una asombrosa vigencia: "La Selección Argentina está llena de buenos jugadores, pero le falta el indio con el arco y la flecha".

Y ese periodista, el periodista que había sido aquel pibe, repuso aquel episodio y volvió a agradecer el consejo, y lo recordó de un modo especial, gratitud incluida, cuando El Veco partió hacia el infinito cósmico.

Y nunca dejará de agradecérselo. Porque lo que funda, persiste.

OSVALDO ARDIZZONE

Disculpe, Osvaldo. Quería darle las gracias.

La voz aguardentosa no se hizo esperar.

- -¿Gracias por qué, pibe?
- -Porque también yo tengo mi domingo y mi muchacha.

Osvaldo Ardizzone sonrió, me sonrío, hizo un ademán que creí de asentimiento y volvió a posar los ojos en su destartalada Remington.

Era un atardecer de domingo en la vieja redacción de Goles Match. Leandro N. Alem y Paraguay. Esa misma semana Ardizzone había escrito una de sus sublimes columnas de "El Hombre Común", una especie de elegía de la rebeldía en la que la voz del rebelde exigía respeto, valoración, porque él también tenía su domingo y su muchacha, qué tanto.

Y yo, veinteañero, enamorado de su domingo y de su muchacha, ejercía el insospechado honor de colaborar con esa Goles Match en la que Ardizzone jugaba con la camiseta número 10 rodeado de unos cuantos cracks que, llegada la hora de la suma, configuraban un verdadero Dream Team. En orden impreciso, según los acerca mi memoria, Osvaldo Pepe, Roberto Daniel Fernández, Horacio Del Prado, Guillermo Gasparini, Rodolfo Bernárdez, Carlos Ares...

Osvaldo Ardizzone, Osvaldo Bramonte para la cedula, había sabido tocar la tecla de mi fascinación. ¿Cómo era posible analizar un partido de fútbol en clave literaria?

¿Cómo era posible convertir el comentario de un partido de fútbol en una mixtura de cuento, aguafuerte y poema en prosa?

Era posible, Ardizzone había fundado esos modos en la

revista El Gráfico y sin saberlo tendría en mí un seguidor devoto. Hasta hoy mismo y por siempre jamás.

Cuando niño, cuando adolescente y también en esos días de luminoso despertar en las arenas de los medios de comunicación, los futbolistas me sabían seres fantasmagóricos pero no menos fantasmagóricos que los periodistas que admiraba y, hasta donde sabía y podía, emulaba.

Ahí estaba Ardizzone. En un bronce construido por mi febril imaginación de principiante urgido de identificaciones vigorosas.

En un bronce que declinó cuando dibujó una sonrisa que se abrió paso entre las arrugas y me dijo gracias por qué, pibe.

Cuando Goles Match cerró, llevó su pluma al Tiempo Argentino original. Sus compañeros de entonces evocan con ternura cómo lo irritaba la eventual contemplación de un partido de básquet que lo sorprendía en plena cena en el buffet del diario: "mirá, mirá, van todos para allá... ¿Ves? Ahora vienen todos para acá".

Con no menos ternura, descontada la ponderación, evocan su apego a la primera persona del singular "hasta en los epígrafes de las fotos".

Y no podía ser de otro modo en alguien, como Ardizzone, a quien ciertas licencias hostiles a la ortodoxia le iban como un guante. Sonaban pertinentes, indispensables, exquisitas.

Irreconciliable degustador de tabacos y alcoholes, gastado por la vida pero en todo caso de puro enamorado de gastar a la vida, en los albores de 1987 entró en un largo sopor que de repente interrumpió para la rúbrica celestial.

Despertó, vio a su hermano sentado al pie de la cama y lo convocó: "vení, Juan, dame un abrazo que me voy".

El trovador Ardizzone abrazó a su hermano y se fue.

ELOGIO DE LA AGENCIA DE NOTICIAS

Nada más lejos que la cresta de la ola.

Nada más lejos que la cresta de la ola de la agencia de noticias.

Y vaya a saber si alguna remota vez tuvieron su cresta de la ola en los términos de una caja de resonancia. De reconocimiento cabal. De laureles.

Se me hace que no. Que jamás. En primer lugar porque las agencias de noticias atañen más a las iniciales que a las firmas. Y los cables no incluyen la fotografía de su autor.

Y después, o por lo antedicho, porque en las agencias de noticias las premuras periodísticas demandan tanto tiempo, y tantas energías, y tantos desvelos, que aunque se lo pretendiera no quedaría demasiado margen para mirarse el ombligo.

Dicen que las agencias de noticias tienden a desaparecer. Tal vez.

También dicen que desaparecerán los libros, las pelotas Pulpo y la contemplación de las estrellas.

No me importa. Que los hombres del futuro se arreglen con el futuro y que los periodistas de entonces cultiven su oficio como quieran, como puedan, como quieran poder.

Hoy digo que las agencias de noticias son por antonomasia las grandes formadoras de periodistas de medios escritos.

Instruyen en todos los géneros. En todos los tiempos. En todos los modos.

La agencia de noticias nos vuelve peritos en el dominio de una estructura. Y recién consolidado ese cimiento nos autoriza a salir de la estructura, pero eso sí: a condición de que sepamos cuándo y cómo regresar.

La pirámide invertida, por ejemplo, la célebre secuencia de qué, cuándo, dónde, por qué y cómo, es mucho más valiosa que una herramienta apta para organizar el modo de presentar una información.

Cuidado con confundir el dominio de la pirámide invertida con el control del tiempo de cocción del arroz integral.

La pirámide invertida o, mejor, el proceso mediante el cual una agencia de noticias alecciona, entrena y capacita, supone ensanchar un horizonte que por vasto que fuere no impide distinguir lo irrelevante de lo posible, lo posible de lo secundario, lo secundario de lo importante y lo importante de lo urgente.

La agencia de noticias sanciona al aventurero, al despistado, al guitarrero, al chanta, al charlatán de feria, al inconsistente, al desinformado e incluso al informado que es incapaz de dotar a lo informado, a lo narrado, de un ordenamiento, de un sentido, de una secuencia y, al cabo, de una pertinencia.

La agencia de noticias exige discernimiento y precisión en velocidad.

En el trabajo contrarreloj se cuecen las mejores habas de los conceptos pasados por el tamiz del rigor.

La agencia de noticias equivale a un par de temporadas en el Calcio: nos adiestra para ganarnos la vida en el barro, en la fricción, en la dificultad, y todo eso mientras nos ayuda a entender el juego.

LA PATRIA SOBREACTUADA

Cotiza el oro. Cotiza el platino. Cotizan las esmeraldas. Cotizan los pozos de petróleo. Cotiza la moda. Cotiza la tecnología de última generación. Cotiza la vanidad.

Cotiza el hambre de los desposeídos. Cotizan los variopintos anestésicos emocionales que se exhiben en las vidrieras de los shoppings.

Cotiza la vanidad.

Cotiza la patria. Cotiza la patria futbolera. Cotiza la patria de la número 5 puesta a rodar en clave de argentinidad al palo (Cordera dixit).

¿Confundir un gol con la escarapela es más viejo que la escarapela misma?

No. La humorada es fácil y además, inexacta. Recién hacia finales de los 20 el fútbol nos ocupó de manera más o menos regular, en el 31 se profesionalizó, en los 40 y monedas creció hasta límites insospechados, pero recién unos años después como éramos pocos llegó José María Muñoz.

Y durante unos cuantos años el Gordo Muñoz alimentó una gran paradoja gran: representar lo mejor y a la vez lo peor de la radiotelefonía argentina dedicada al fútbol.

Visionario, expansivo, narrador consistente, ambicioso en el mejor sentido.

Nacionalista o nacionaloide, el Gordo Muñoz devino también una entusiasta mezcla de General Custer y Julio Argentino Roca que en lugar de perseguir a los indios hostigó a los presuntos enemigos de la argentinidad.

De allí emanó su inclinación a adorar a todo humano

que vistiera o hubiera vestido uniforme. Hasta a los trabajadores del correo.

De allí emanó su descarada defensa de la dictadura militar entronizada el 24 de marzo de 1976.

De allí emanó su rol de portavoz del infame slogan de los argentinos derechos y humanos.

Muñoz decía eso porque pensaba eso y decía y pensaba eso, sencillamente, porque era así. Sinceridad brutal, la suya, pero sinceridad al fin.

Fútbol, vínculo de unión entre los pueblos.

Vociferaba Muñoz. Y dale que dale al parche de la valiente muchachada de la albiceleste tras la globa de cuero.

El Mundial del 78 y el Mundial juvenil del 79 supieron para JMM sendos regalos que por años y años había soñado de rodillas ante la lámpara de Aladino y abrazado a la bandera idolatrada que Belgrano nos legó.

Con Muñoz ya desde el otro lado de las cosas, el Mundial 98 establece un antes y un después: la cultura tinellística gana las calles y tensa al máximo las cuerdas de la sinfónica de López y Planes.

Proliferan clown a la carta cuyos más vigorosos raptos de inspiración consisten en reírse de los franceses o de cualquier iluso transeúnte que desconozca la lengua de Cervantes.

(La moraleja del canallesco tic de burlarse del débil o de quien por desconocer un idioma está en una posición de franca debilidad, fue abordada por Alejandro Dolina con singular agudeza. Palabras más, palabras menos, Dolina presenta la siguiente situación: entra a un bar un señor mayor de acento extranjero y encuentra dificultades en hacer entender su pedido. De inmediato los parroquianos lo hacen destinatario de diversos chistes, pullas y otras variantes de la humillación. El ancia-

WALTER VARGAS

no se marcha del bar en medio de las risotadas de sus victimarios. Ese mismo día, algunas horas antes, había descubierto la vacuna contra el cáncer).

Lo peor del asombroso desarrollo de los hábitos burlescos es que impregnaron el campo y calaron hondo en el periodismo especializado en futbol. En alguna medida, en gran medida, diría, el periodismo fierita, el periodismo de vedettes y de divos son hijos dilectos de esa impronta predadora.

Desde el Mundial 98 ya nada fue como entonces. Lo más nutricio y grato de las formas clásicas del periodismo se replegaron, cedieron terreno y por último, a la vista está, han devenido una suerte de maizal expuesto a una plaga de langostas.

En el contexto del vendaval anodino, de la intrascendencia chabacana, la noción de patria ocupó y ocupa un lugar de privilegio. Un lugar de privilegio temporario, claro está, ya que gracias al Altísimo los Mundiales se juegan cada cuatro años.

Mejor mirada la cuestión, un lugar de privilegio temporario o más bien transitorio.

De albergue transitorio: para algunos de mis distinguidos colegas, la exaltación a la patria es de uso inmediato y evanescente. Descartable. Un recurso de necesidad y urgencia que se usa y se tira.

La patria acondonada.

EL PERIODISMO MENEMISTA

Cada época tiene sus condensaciones semánticas. Una lógica que se expresa en los signos circulantes. En los ingredientes que se cuecen en la gigantesca olla de los enunciados.

Cada época dice a su manera. Se hace decir a su manera. Nos hace decir de una determinada manera.

Por ejemplo, el "River no existís" o "Boca no existís" entonado durante mucho tiempo en las canchas argentinas fue el hijo natural de la dictadura militar instaurada el 24 de marzo de 1976. Hasta entonces, hasta el peor insulto no dejaba de reconocer entidad en el adversario.

Después: de la literalidad de sangre y fuego del milicaje asesino en las calles arrasadas a la cruel metáfora de las tribunas despistadas.

Sin que se lo propusieran de forma expresa, con independencia del credo político de cada quien, los hinchas devinieron portavoces del mensaje más brutal: no te reconozco, no estás en ninguna parte, no sos: no existís.

He dado un ejemplo entre otros. Un recorte entre muchos recortes posibles.

Pienso en los hábitos, en las alegorías, en los emblemas, en las premisas, en las adulteraciones que los años del menemismo nos han dejado enquistados. Una rémora, supongo, de la que nos llevará décadas despojarnos.

-Contrabando ideológico.

-Falsificaciones: el individualismo usurpa las ropas de la autonomía personal. La genuina superación personal usurpa las ropas del sálvese quien pueda.

WALTER VARGAS

- -Winners y losers. El carnaval de la Gran Chilavert: tú no has ganado nada.
 - -La biblia y el calefón.
- -Obscenidad. Grosería. Farándula. Show. Fastuosidad. Vacuidad.
 - -Elegía de la sosería presentada como divertimiento.
 - -Oropeles. Medallas encontradas.
 - -Cosificaciones a la carta.
- -La fama, bien alimentada, bien vestida, Rolex en la muñeca y la muñeca al mando de coches de alta gama, persiguiendo la inalcanzable zanahoria del prestigio.

(Esta orgánica contradicción de muchos famosos (fama/prestigio), varios de ellos de la rama periodística, y del periodismo de fútbol en particular, es abordada de forma magistral por Juan José Becerra en su libro Grasa: retratos de la vulgaridad argentina.)

¿Nombres? ¿Me piden que dé nombres?

Esto no se trata de memorizar las formaciones de todos los equipos del Metropolitano del 67.

Las cosas se cuentan solas, sólo hay que saber mirar, observaba un cantautor de los 70.

En todo caso les sugiero que mientras asocien caras y nombres completen las líneas punteadas.

Hay un periodismo menemista. Cómo no.

Hay periodistas bien aprendidos de la cosmovisión menemista: oportunistas, obsecuentes, triviales, cínicos, oleaginosos.

No importa cuál boleta pongan en la urna.

Son menemistas con patillas y todo.

EL PERIODISMO CROMÁTICO

Ya sabemos que el periodismo amarillo equivale a la purulenta versión del sensacionalismo. Una suerte, una mala suerte de periodismo.

Tanto o más dañino es el periodismo blanco (hermano de sangre del periodismo felpudo), el tipo de periodismo que ejerce el periodista de vocación ecuménica. Ama a todos y a todas. Un optimista full time que se la pasa viendo el costado bueno de las cosas así se haya caído un avión con 700 pasajeros.

Desde luego, tiene una óptima relación con los protagonistas, con los parientes de los protagonistas, con los vecinos de los protagonistas, con los amigos de los protagonistas y con los amigos de los vecinos de los protagonistas.

Ese carisma natural, el periodista del periodismo blanco sabe ganárselo con el sudor de su frente. Se esmera en cuidar que la basura jamás se asome por debajo de la alfombra y si Dios no quisiera, se destapara una olla, pondría cara de compungido y abundaría en exclamaciones de la escala de las señoras de batón mientras barren la vereda.

El periodista del periodismo blanco es un entrevistador que oscila entre la malicia de Peter Pan y la severidad de Barney. Acompaña y acompasa la felicidad del feliz, la desdicha del desdichado y gusta de ahondar en temáticas tan espinosas como lo mojada que está el agua y lo que mata es la humedad.

Fiel amigo de sus amigos, que son como un millón, el bueno del periodista del periodismo blanco un buen día hará una excepción, pateará el tablero, mostrará los dientes y entre los dientes el cuchillo del justiciero.

¿Qué insondable y poderoso motivo habrá inspirado la repentina fiereza, la flamante acidez, la flamígera revelación? Pues habrá sido el inexcusable resorte de la causa superior: un amigo en problemas, que podría ser un futbolista, un director técnico, un dirigente, por qué no un patrón, al que hay que ponerle el hombro con una maniobra express que no por desinteresada carecerá de recompensa. Ya nos lo recuerda el saber popular: una mano lava la otra y las dos lavan la cara.

EL AGUANTE

La cultura del aguante, una posición y un hacer en torno de la cultura del aguante, es de lo que más dolores de cabeza ocasionan en el periodismo futbolero de nuestros días. Dicho de otra manera: de lo que más lo exponen.

En primer lugar, porque la cultura del aguante se corresponde con un glosario exógeno, que amén de nacer y circular por fuera del periodismo hace a las búsquedas identitarias de las hinchadas y ya no, por cierto, a sus fines más loables.

La noción de aguante nació en la enternecedora cuna desde donde se hacían oír las inofensivas voces del hincha deseoso de acompañar a sus colores, hasta que más temprano que tarde el bebé saltó de la cuna y devino Chuky: el aguante entendido como el idioma por antonomasia que encuentra su razón de ser en la confrontación.

Primero, simbólica. Luego, literal y, si cuadra, agonística. Es en nombre del aguante que el fútbol argentino está poblado de tropelías, de muertes y de naturalizados clientelismos en el seno de los clubes mismos.

En este contexto, el periodismo especializado en el fút-

bol, o buena parte del periodismo especializado en el fútbol, ha quedado atrapado entre el genuino acto de justicia y el ánimo culposo mal tramitado.

El acto de justicia reside en donar mayor visibilidad al hincha, a secas, al hincha tal y como fue concebido por nuestros abuelos, por nuestros padres y por nosotros mismos cuando abrevamos en el tablón.

Al hincha sin cuyo concurso el fútbol profesional no existiría.

A su vez, el ánimo culposo mal tramitado reside en una suerte de zona liberada donde en nombre de privilegiar la pasión de los hinchas, ciertos formatos periodísticos se convierten en facilitadores de valores que, como mínimo, más nos valdría examinar: hinchadas devotas de su condición (combo ora autista, ora Narciso, cada vez más arraigado), odio estructural a todo lo que se vive como amenazante (el resto de los equipos, el resto de los hinchas, el resto del mundo: "no hacemos amistad", qué orgullo, che, no hacen amistad, ustedes sí que la tienen clara), desprecio por el fútbol en tanto juego y por ende indigno de ser apreciado, degustado, entendido, etcétera.

Por ahí anduvo, por ejemplo, el derrotero del célebre programa El Aguante, de TyC Sports, rico en vocación, rico en producción y en competencia de sus respetables conductores, Martín Souto y Pablo González.

Nació como una novedosa y grata elegía al fervor de los hinchas y el color de las hinchadas. Terminó por morir de muerte natural cuando ya había mutado en pasivo difusor de lo más brumoso de las tribus urbanas (la tóxica ensalada de te esperamos a la salida-corrieron por la avenida-trapo fácil-parate de manos-vos no tenés aguante...), más, entre otras, alguna perla indefendible: un niño que entona un cántico de ala-

banza al consumo de marihuana.

(Conste que no repelo esto por una aprensión moral. Aprobar semejante cosa no lo juzgo pertinente, ni ético, ni estético. Dicho de otro modo: es delicado, no corresponde, queda feo).

El problema de las ideas buenas es el problema del riesgo de vivir: el paso del tiempo las transforma de tal modo que sin la debida atención empiezan por transformarse en una idea diferente y al tiempo ya son una idea opuesta a la original.

Tal vez con Olé haya pasado algo similar. Es tan flexible su posición ante el supermercado del aguante y sus derivados que pueden convivir las preciadas investigaciones de Gustavo Grabia con jergas afines al otro (los otros) vividos como enemigos y/o como objeto de descalificación y de burla.

Nada me costará confesar lo arduo que me resulta aguantar la cultura del aguante. Nada más lejos de mí que una mirada romántica a los barras, a las barras, a Los Borrachos del Tablón, a Los Abstemios del Cemento, a la Guardia de no sé qué y Los Leales a no sé qué.

Tampoco me merecen una mirada romántica los hinchas que son incapaces de apreciar algo positivo que no sea lo de sus propios equipos y atestan las redes sociales (foros: ¡vade retro!), con improperios y sandeces de toda índole.

La mejor manera que tenemos los periodistas de honrar a los hinchas de buena fe es hacer periodismo. Y ya. Para eso nos pagan, ¿no?

Dicho esto, me urge disipar un malentendido muy difundido en los cenáculos de las buenas conciencias: el facilismo de acusarnos a los periodistas de ser partícipes necesarios de los crímenes de la violencia en el fútbol o del fútbol.

Suponer que un comentario en medio de un partido, por

desafortunado que fuere; o la tapa de un diario, por desafortunada que fuere, son motivos suficientes para desatar hechos de violencia, es de un paternalismo y de un reduccionismo inaceptables. Una cosa es la palabra "sol" y otra muy diferente sentir el calor del sol en nuestra piel.

Mejor pensada la cuestión, encuentro que si de violencia hablamos, las zonas más débiles que acusamos los periodistas futboleros, las que más nos interpelan, las que más deberíamos examinar, son las que nos hacen portadores de toneladas de violencia simbólica.

Violencia por defectos de comunicación y efectos de saturación.

Violencia por pereza intelectual y liviandad conceptual.

Violencia de la que somos víctimas y victimarios: víctimas, en tanto nos conformamos con migajas del espacioso banquete que nos ofrece el oficio que (se supone) elegimos, pero a la vez victimarios de nuestros destinatarios: suponemos que nos exigen poco, poco les damos, nos cierran las cuentas y que siga, siga, siga el baile.

PERIODISMO FUTBOLERO Y CIENCIAS SOCIALES

Lo diré de una sola vez. No es que los periodistas especializados en el fútbol debamos conciliar con las ciencias sociales: deberíamos reclamarlas, incorporarlas y enriquecernos con ellas.

Durante décadas, unas cuantas, ni las ciencias sociales se ocupaban del fútbol ni los periodistas considerábamos necesario valernos de saberes que excedieran la competencia en el lenguaje y en los específicos modos del acto de comunicar, así como en el entendimiento del juego propiamente dicho.

Los arrabales del juego eran más bien acotados, cuando no velados o vedados.

Hoy, en pleno siglo XXI, cuando a escala planetaria el fútbol consta en los primeros puestos del ranking de los deportes, de los entretenimientos, de los hábitos culturales, de las montañas de billetes, las herramientas periodísticas se revelan exiguas para abrazar semejante babel. Semejante complejidad.

Ni hablar si vamos de lo general a lo particular y nos enfocamos en el fútbol argentino.

Hagamos las cuentas: el Estado en profunda comunión con la Asociación del Fútbol Argentino, la AFA post Julio Grondona hereda un coto de caza de intereses diversos, clubes quebrados, con pasivos astronómicos e hipotecas hasta de los ceniceros y cogobernando con barras devenidas asociaciones ilícitas que a su vez libran cruentas batallas intestinas por manejar las recaudaciones de la extorsión naturalizada y al tiempo usurpan lo más noble del tejido social/futbolero que pulsa en cada club, en cada región, en cada barrio.

Por si todo eso fuera poco, un nuevo tipo de hincha, enamorado de su condición y feliz de la vida en la contemplación de su hipnótico espejo de redundancia, futbolistas que cambian de camiseta cada seis meses y aman al fútbol como un musulmán ama la torah y divisiones menores intoxicadas de pibes encandilados que con edad de novena división sueñan con jugar en el Aston Villa, rodeados de padres desvelados por la quimera del Messi propio y de empresarios de rapiña, ávidos de salvarse con la compaginación de un video capaz de convertir a un patadura en el Zlatan Ibrahimovic de las pampas.

Etcétera, etcétera, etcétera.

¿Les parece que podemos darnos el lujo de despreciar las ciencias sociales?

¿Les parece que podemos considerarnos debidamente formados si hemos dado la espalda a corpus teóricos que ponen la lupa allí donde nosotros sólo tenemos verdades insuficientes o enmohecidas, presupuestos falsos, prejuicios o franco desconocimiento?

Sí, desde luego, ya sé que no siempre nos tratan bien y a veces nos tratan mal, pero no hay grandeza sin concesiones, no hay concesiones sin recompensa y no hay recompensa sin declinar los pequeños recelos. Por lo menos si de entender se trata.

Entender conlleva afinar al máximo el lápiz de la selección de personal.

Por ejemplo: si no les cae bien Pablo Alabarces, pues sáquense de la cabeza invitarlo a un asado (aunque les aseguro que es un charlista exquisito), pero en lo posible no se lo ahorren y si se lo ahorraran tengan a bien abstenerse de sentirse envanecidos por la exclusión.

Encuentro más fecundo leer las producciones de Alabarces y si es menester debatir con ellas, interpelarlas, enseñarles

WALTER VARGAS

los dientes, por qué no responderles a dentelladas.

Bienvenido Alabarces, bienvenido José Garriga Zucal, bienvenido Julio Frydenberg, bienvenidos María Graciela Rodríguez, María Verónica Moreira, bienvenido Marcelo Roffé, bienvenidos los investigadores que trabajan por fuera del prisma periodístico, bienvenida la sociología, la psicología, la psicología social, la antropología, anche la filosofía.

Bienvenidos. Si nos ayudan a pensar, si nos hacen mejores, ellos son bienvenidos y nosotros bienaventurados

MI NARANJA MECÁNICA

Camino de los 38 años de ejercicio profesional mi foja consta de miles de partidos. De miles de partidos visto a través del cristal de mi relativo entendimiento.

Partidos de acá, de allá y de más allá. En la noble artesanía de la Primera D. En la acreditada tradición de la Primera A. En el cosquilleante escaparate de una Copa del Mundo.

Desde el estadio Saturnino Moure, de Victoriano Arenas, en el profundo sur, fabril y villero, de Valentín Ansina, pasando por el Hernando Siles en el barrio Miraflores de La Paz, a 3601metros sobre el nivel del mar, hasta el Parque de los Príncipes del distrito XVI del oeste parisiense.

Cientos de partidos olvidables, cientos de partidos recordables, algunos inolvidables y entre los inolvidables un puñado en clave de delicatesen. Qué sé yo: un 3-3 de River-Boca en el Monumental, un 5-4 del River del Bambino Veira al Argentinos de Roberto Marcos Saporiti, también en el Monumental, un 4-3 de Independiente a River en el José María Minella del Mar del Plata, un 4-3 del Gimnasia del Viejo Griguol a un River del PeladoDíaz, en el Bosque.

Y otros, menos inolvidables por su clave de manjar que por su impronta curiosa.

El por entonces ignoto Abel Moralejo no le deja tocar la pelota al ya fenomenal Diego Maradona, sin pegarle una patada, en la vieja cancha de Quilmes, la de Guido y Sarmiento.

Décadas antes de devenir gurú de la dirección técnica, Fabio Capello viene a Buenos Aires y convierte un gol para el Milan en un amistoso versus River. Un frío 25 de Mayo en un lánguido amistoso jugado en el Monumental.

Un River igual de lleno de estrellas que de apatía pierde en el Pascual Guerrero con Deportivo Cali. El único que lo acerca al empate, jugando solo contra todos, de defensor, de mediocampista, de delantero, es el descomunal Daniel Passarella, que de regreso a su campo al cabo de una de sus electrizantes patriadas recibe una atronadora ovación de los cuatro costados de la cancha.

Estudiantes de La Plata empata 3-3 con Gremio de Porto Alegre después de quedar 3-1 abajo y siete contra once por las expulsiones de Marcelo Trobbiani, el Bocha Ponce, el cordobés Hugo Teves y Julián Camino.

Un flaquito con cara de adolescente, un tal Jorge Luis Burruchaga del que vienen hablando muy bien, y pinta para ser un gran lateral derecho, debuta en la primera de Independiente por la Copa de Oro de Mar del Plata.

El Ferro de Griguol y Fluminense juegan en un Maracaná vacío, o con no más de tres mil personas, una cifra de Guinness anémico en la lujosa historia del templo carioca.

El Hijo del Viento más alado que nunca. El árbol que moja al perro. Una noche del Preolímpico de 1987, en La Paz, Claudio Caniggia corre tras pelotazos descalibrados y pese a dar unos cuantos metros de ventaja llega a la pelota antes que los defensores paceños.

Otro trébol de cuatro hojas: la celebérrima Número 12 junta las banderas y marcha por las calles de Caballito cuando todavía falta un buen rato para que Ferro golee a Boca por 4-1.

Chiquito Bossio cruza toda la cancha y con un certero cabezazo la clava en el arco de Nacho González y en el ángulo alto de la historia del fóbal.

Presuroso, el Colorado Mac Allister saca la pelota del fondo de su arco, la pone debajo de un brazo y corre hacia la mitad de la cancha. Nadie le había avisado o acaso había olvidado que aquel Boca-River podía terminar con el llamado gol de oro que acababa de convertir el Cuqui Silvani.

Ronaldo, el original, con 17 años y la camiseta del Azulao de Belo Horizonte hace uno de los goles más rápidos de la Copa Libertadores. ¿A quién? A José Luis Félix Chilavert en el Mineirao.

En diez minutos Gabriel Batistuta le mete tres goles a Jamaica en el Mundial de Francia 98.

Maradona convierte su último gol oficial, de emboquillada, a César Labarre, de Belgrano.

El Chango Moreno mete cinco goles al Blooming de Bolivia en una noche de la Copa Libertadores en la Bombonera.

El vasco Ismael Urzaiz, del Athletic de Bilbao, convierte uno de los últimos goles del Estadio de la Carretera de Sarriá, en Barcelona, allí donde Argentina perdió con Italia y Brasil en el Mundial 82 y allí mismo donde en 1923 se había anotado el gol fundacional de la Liga de España.

Soy un privilegiado.

Privilegiado y, al menos lo intento, agradecido.

El partido que evoco con mayor emoción se jugó el 17 de marzo de 1979 en Isidro Casanova, cuando Almirante Brown le ganó 2-1 a Argentino de Quilmes con goles de Omar Núñez, Alfredo Almada y Miguel Angel Gutiérrez para los Mates.

Aquel sábado salí muy temprano de mi berissense barrio de Villa Argüello. Subí al micro 202 que me dejó en la vieja terminal de ómnibus y ahí me trepé a un TALP que a ritmo de tren lechero pasó por innumerables comarcas, hasta que me dejó en el Camino de Cintura, a una docena de cuadras de la

cancha de Almirante Brown.

Mis únicas herramientas era un deseo y una alegría más grandes que mi cuerpo, lo poco de aprendido en mis veinte años de devoto futbolero del tablón, un cuaderno Gloria, una birome Bic y un puñado de cospeles.

"Llevá unos cuantos que en el estadio no hay teléfono. Vos preguntá por el kiosko que tiene un teléfono público y cuando termine el primer tiempo vas para allá y pasás las formaciones y las incidencias. Al final, llamás otra vez y completás la información".

Me había advertido Alfredo Beherens, uno de mis jefes/mentores/formadores en la Agencia de Noticias Télam

Y así. Terminó el primer tiempo, pregunté por el bendito kiosko y hacia allí marché, pero en fila india con los colegas de Radio Rivadavia, Crónica, La Razón, Clarín, Diario Popular, Noticias Argentina y algunos de otros medios que ahora escapan a mi falible memoria.

Pagué el derecho de piso, esperé mi turno, pasé los datos de rigor y cuando regresé al estadio del Mirasol ya iban 20 minutos del segundo tiempo.

Cuando el partido terminó volví a caminar hasta el kiosko, me decepcionó que el colega que tomó mi llamada en la redacción desestimara mis copiosos apuntes tácticos y mi detallada crónica ("resultado, goleadores, cambios y recaudación, pibe"), pero estaba tan dichoso que tenía ganas de darle un beso al providencial telefónico público, un reluciente teléfono naranja que me había resultado más reluciente y utilitario que la selección holandesa del Mundial 74. Mi verdadera naranja mecánica.

Por cierto: la gran figura de aquel partido, mi partido bautismal, el más indispensable, el más emocionante, el más maravilloso, fue Roberto Serafín Parada, el Chenzo Parada, un morocho mediocampista de Argentino de Quilmes que iba y venía con singular presteza, que además se llevaba fenómeno con la pelota y que cuando encontraba el hueco sacaba unos derechazos con cicuta incorporada. Un crack, me pareció Parada, un mediocampista flor. Que Neeskens ni Neeskens.

MI COCINA DE COMENTARISTA

Ι

Las siguientes palabras no deberían confundirse con una tesis, ni con un manual, ni con un catálogo, ni con un recetario. Nada de eso. Más bien intento hospedarme en el derecho de participarlos de mi experiencia como comentarista, o comentador de fútbol, de mi concepción del juego y por extensión de cuáles herramientas empleo.

Allá voy.

Nada más lejano a una ciencia oculta que analizar un partido de fútbol.

A grandes rasgos, tres son los indicadores primordiales: relación con la pelota, relación con los espacios, relación con el adversario. Si a través de esos valores podemos fotografiar la alquimia de cada equipo estaremos en mejores condiciones de retratar la alquimia del partido propiamente dicho.

La relación con la pelota establece una regla de oro de la filosofía del juego (quien la disponga estará necesariamente en la iniciativa, aunque de ahí no se desprenderán ni un dominio posicional, ni un dominio real, ni mucho menos un resultado favorable) y la relación con los espacios ata los cabos sueltos que dan forma a eso que de un modo general llamamos táctica y estrategia.

(Daré por descontada la influencia de la relación con el rival de turno, siempre antipático, arisco, hostil y, a menudo, aguafiestas).

En rigor, el orden correcto sería estrategia y táctica, des-

de el momento que la estrategia perfila el horizonte y la táctica es el sistema aplicado a los fines estratégicos.

La estrategia perfila el horizonte y la táctica es el conjunto de reglas que sostiene lo perfilado.

La estrategia atañe al propósito general, determina el fin. La táctica, el modo calculado de ir hacia un logro determinado.

La estrategia vela las armas. La táctica direcciona las armas propiamente dichas.

La estrategia mira. La táctica ve.

La estrategia es el qué. La táctica es el cómo.

Analizar un partido de fútbol implica registrar cómo se ocupan los espacios, a qué velocidad, a qué ritmo, o con cuáles alternancias de ritmos (contra lo que piensan los adoradores de La Maratón de los Barrios, el fútbol no es un juego de velocidad: es un juego de velocidades), con cuál porcentaje de acciones positivas, con cuál grado de desgaste.

No menos valioso es acopiar la movilidad de las estructuras (o movilidad táctica), la sincronía de las líneas, la fluidez de las transiciones (defensa/ataque, viceversa), la capacidad de adaptación a las vicisitudes propias de la dinámica del juego.

(En el fútbol el factor dinámico es central. En otros deportes, sin dejar de ser importante la dinámica es cosa de otros rangos. Por ejemplo: el rugby es un deporte eminentemente posicional. El básquetbol y el golf son deportes que dependen de la precisión en grado sumo. No así el fútbol, un deporte contra natura: las destrezas se cultivan con los pies, la enorme mayoría de las jugadas terminan en un reverendo fracaso, es decir, no concluyen con un gol. De hecho, el gol es para el fútbol el indispensable pan sobre la mesa pero a lo largo de 90 minutos convertir goles es infrecuente).

Pero amén de lo indispensable de registrar el cúmulo de

elementos que se dan en llamar vías de entendimiento del juego, cuentan, y cómo los errores (forzados y no forzados, valga el auxilio del glosario del tenis), la solidez, el manejo de los tiempos, la elaboración de juego y, por carácter transitivo, la eficiencia.

En este sentido es prudente apoyarse en la libreta de apuntes, en la crónica lisa y llana: situaciones de gol, netas, semi netas, remates que pasaron cerca de los palos o resultaron defectuosos desde una buena posición, acciones abortadas por la toma de decisiones erróneas, y así.

Por cierto: lo ya enumerado sufre o goza de la influencia de lo contingente. Y en el casillero de lo contingente entran, entre otros, los múltiples partidos que conviven en el mismo partido, la mutación de la sensación térmica, del viento, los trenes que pasaron sin nuevos pasajeros a bordo, etcétera.

Analizar un partido de fútbol, en fin, implica conocer la caja de herramientas de los equipos en pugna: dialéctica del funcionamiento colectivo y la inspiración individual, puntos fuertes y puntos débiles, ductilidad, fortaleza mental, reservas técnicas y reservas anímicas, la impronta que da el conductor del plantel (el DT) y la que da el eventual conductor del equipo dentro de la cancha, resistencia física, cohesión grupal, horizonte motivacional, umbral de tolerancia a la adversidad.

Analizar un partido de fútbol supone merodear, examinar y agotar el horizonte de las conjeturas. Es decir, el partido debe de ser imaginado, pero con una paradójica salvedad: no bien empieza a rodar la pelota, que lo imaginado desaparezca de la escena o quede stand by.

Se trataría, pues, de desaprender lo aprendido para registrar el partido desde un río de aguas calmas, desde una hoja en blanco, desde un estado virginal. De lo contrario acomodare-

mos las circunstancias a la idea o las ideas con que habíamos prefigurado las circunstancias y si caemos en la trampa encontraremos en el partido sólo y exclusivamente lo que fuimos a buscar.

Más que un partido tendremos frente a nuestros ojos el capricho que habíamos construido.

(PD: circunstancias. Es cierto que todos los partidos se juegan con el mismo reglamento y a grandes trazos pasan las mismas cosas, pero me empeño en jamás perder de vista que una cosa es un partido de verano en Mar del Plata y otra muy diferente un partido clave en una copa internacional. El costado excepcional de la vibración, de la vara de la exigencia, de la adrenalina, etcétera, me obligan a afinar la lupa y la mirada que sugiere premios y castigos).

II MI COCINA DE COMENTARISTA DE FÚTBOL POR TEVÉ

Jamás descuidar el trabajo invisible: preparar el partido como un jugador más. Amén de las estadísticas (una referencia más de lo que no habría que abusar: a nadie le importa si el lateral Fulano estornuda una de cada cien veces que hace un lateral), examinar las características de los equipos, de cada jugador y visualizar qué tipo de partido puede darse.

Si se trata de fútbol internacional, las obligaciones no son menores. Hace 40 años un relator o un comentarista podían decir "el 9 del Manchester United es interesante" sin saber que estaba hablando de Denis Law, pase récord a los 17 años, o "dicen que el wing derecho es muy hábil" cuando se trataba

de George Best, Balón de Oro de France Football de 1968, pero la sangre no llegaba al río. A nadie se le ocurría deducir que el periodista de marras era un profesional indolente.

Salvo por los cables de las agencias internacionales y de algún que otro suelto en las revistas deportivas de la época (El Gráfico y su mensuario Sport), Goles, la información era escasa y, a menudo tardía.

Hoy, en cambio, un futbolero no ya de la Argentina, de Guatemala, pongamos, puede saber de Alexandre Lacazette tanto o más que cualquiera de nosotros.

Encuentro inadmisible que en las coberturas del Mundial 2014 algunos colegas se desayunaran con la existencia de Marouane Fellaini, de Kevin Van Bruyne, Granit Xhaka o de Júnior Díaz, futbolistas cuyas imágenes en acción llegaban a la Argentina con cierta regularidad.

Vuelvo a la visualización de qué tipo partido puede darse o de qué tipos de diferentes partidos pueden darse en 90 minutos.

Esa información interna debe de estar en una especie de atención flotante, en una escala de segundo orden, pongamos. De lo contrario corremos el riesgo de encontrar en el partido sólo lo que fuimos a buscar y omitir, descartar o negar todo aquello que no constaba en nuestro disco duro originario.

Consejos da el Viejo Vizcacha, pero quien quiera tomar así la siguiente enumeración, pues adelante. Honrado.

En rigor, perfilo algo menos pretencioso: confesar en negro sobre blanco qué cosas me molestaban de los comentaristas de tevé cuando yo no ejercía ese rol y en la actualidad detesto en mí cuando tomo conciencia de que he pisado el palito.

Me hacen ruido los comentaristas que hablan más que los relatores

Me hacen ruido los comentaristas que se limitan a contar lo que acaba de contar el relator.

Me hacen ruido los comentaristas que son o están incapaces de explicar por qué creen que un equipo es superior al otro.

Me hacen ruido los comentaristas que no apuntan las jugadas más importantes y a los 35 minutos dicen, muy sueltos de cuerpo, "es la primera llegada clara de Boca", cuando resulta que a los dos minutos Boca había pegado un remate en el palo.

Me hacen ruido los comentaristas que se obligan a tirar una sentencia de órdago cada 30 segundos.

Me hacen ruido los comentaristas que se la pasan haciendo chistes de decodificación íntima y críptica.

Me hacen ruido los comentaristas que sin pudores se golpean el pecho cuando aciertan con una observación, con un cambio, o cuando se consuma un pronóstico que habían deslizado y se olvidan de que en el mejor de los casos vivimos tirando mensajes en una botella, invitando a nuestros seguidores a ser partícipes de guiños futbolísticos y periodísticos, simples percepciones y juegos serios, pero percepciones y juegos al fin, que en ningún caso deberían ser confundidos con un campeonato de genialidades.

Me hacen ruido los comentaristas que se olvidan de que el fútbol es tan dinámico e imposible de cristalizar que el concepto que ahora mismo es certero dentro de dos minutos será polvo en el viento. (Por cierto: los comentaristas solemos enamorarnos de algo que queremos decir, el ritmo intenso del juego no le permite al relator darnos al pie, y cuando por fin no da el pie resulta que algo cambió, algo mutó, nuestra idea ha sido debilitada por los hechos y sin embargo la lanzamos igual de convencidos que cuando nos había venido a la mente).

Me hacen ruido los comentaristas que se creen que más

importantes que el relator, que el relato, incluso que el propio partido, y tratan por todos los medios de imponer su impronta y sus modos.

Transmitir un partido es cosa de a dos, también el relator debe de ser flexible con los rasgos centrales de cada comentarista, pero el ritmo del partido, sus pausas, su tonalidad, su pigmentación, son cosas del relator.

EL PERIODISMO INCISIVO

¿Tendremos algo entre la pregunta de formulario y la baratija de la provocación disfrazada de ocurrencia y agudeza? ¿Tendremos algo entre las preguntas que vienen con respuesta incorporada y las muy pavotas que presumen de ser incisivas?

Y los futbolistas, ¿tendrán algo entre la respuesta de cassette y el agravio al cuete disfrazado de sinceridad? Ejemplo 1.

-¿Jugarías en Racing?

Pregunta el periodista al crack de moda, que juega en Independiente, y preguntando lo que pregunta se cree que es un periodista de los que no hacen concesiones.

-Ni muerto de hambre.

Contesta el crack de moda, el que juega en Independiente y contestando lo que contesta se siente un futbolista "con personalidad", un guapo, el más piola de la vereda.

Ejemplo 2.

-¿Pagarías una entrada para ver a River?

Pregunta el periodista fierita, canchero, winner 2.0, con aires de haber frotado dos palitos y devenido primer Homo Erectus en domesticar el fuego.

Y ya no importa si el jugador de Boca o el entrenador de

Boca o el dirigente de Boca responde que sí, que no, que andá a saber, que tendría que pensarlo, porque es igual de probable que vaya a pagar una entrada para ver a River como que George W. Bush vuelva a la escena política y sea propuesto para Nobel de la Paz.

(Nota: desligo del periodista fierita, canchero, winner 2.0 al periodista principiante que sufre el incordio de un editor acosador. El editor que de forma explícita o implícita con tal de poner a plazo fijo el titulito de mañana inocula en el pichón de periodista la idea de que está bien visto consultar al futbolista que cuadre si sería capaz de cruzar el Peloponeso en una embarcación a vela).

MITOS Y LEYENDAS URBANAS

LA OBJETIVIDAD

Objetividad es la aspiración a conocer los objetos con independencia de valoraciones subjetivas o personales.

La objetividad, entonces, es tan posible como esperar que ISIS haga un llamamiento a la concordia. Y eso porque la aspiración a conocer los objetos con independencia de valoraciones subjetivas supone un Nirvana que nos está negado.

¿Cómo acercarse a los hechos liberados de los deseos y de la conciencia individual?

¿Cómo acercarse desde un punto de vista capaz de cancelar toda información previa, todo entendimiento, todo preconcepto, toda creencia, toda cosmovisión?

Ni la honestidad ni la marcha hacia el noble horizonte ético serán suficientes.

A lo sumo podemos ejercer una subjetividad crítica, que

sería la facultad de abrirnos paso en la frondosa selva de lo aprendido y lo aprehendido y, con suerte, con mucha suerte, dar con un páramo de entendimiento, de buen juicio y, si así pudiera calificarse, de justicia.

La objetividad es posible en el interferómetro que mide la velocidad de la luz, en el prospecto del Redoxon, en la receta del pollo al estragón, en el tabulado del almanaque, en cosas así, pero cuando interpretamos, analizamos y opinamos la objetividad es la cuadratura del círculo.

Cuando los periodistas decimos "soy objetivo", expresamos una quimera, nos sobrevaloramos, mentimos, o las tres cosas juntas.

LO QUE LE INTERESA A LA GENTE

Detrás de ese presunto reconocimiento a las demandas del soberano se anudan los tallos que dan forma a una de las más letales cicutas del siglo XXI: la que convierte al periodismo en la servidumbre de los tornadizos humores sociales.

"Lo que le interesa a la gente" es el salvoconducto que habilita a bajar la calidad al ras de la perdiz.

"Lo que le interesa a la gente" suele escamotear la violencia de un indiscriminado suministro de contenidos, formatos y mensajes a necesidades malinterpretadas, degradadas, forzadas e incluso fabricadas.

"Lo que le interesa a la gente" es la regla básica de un maquiavélico juego de la mancha que presenta a los ideólogos, cráneos y amanuenses de los medios de comunicación en una desenfrenada carrera de impudicia a la pesca de un adherente más, de un lector más, de un puntito de rating más.

"Lo que le interesa a la gente" es el hermano canalla del respeto que se merece la gente. Pero también "lo que le interesa a la gente" supone una forma de la adulteración, una forma de la condescendencia, una forma de la prostitución, que se ejerce sin ponerse colorado y en nombre de una supuesta abnegación de Médicos Sin Fronteras.

"Lo que le interesa a la gente" suele ser, en realidad, lo que le interesa al periodista perezoso, cuando no, además, ominoso.

LA PUREZA:

Para pureza, me quedo con un scotch sin hielo.

Los ángeles están en el cielo.

Ni en las redacciones ni en los estudios de radio y tevé.

(Que todo no dé lo mismo ni todos tengamos la misma cantidad de cadáveres en el placard y que haya gente con más manchas que una colonia de tigres, eso es otra historia).

LA PRENSA INDEPENDIENTE

Para prensa independiente, la de Independiente de Avellaneda.

Salvo emprendimientos muy acotados, localizados y de arduo trabajo en la trama interna (la que sabe fijar sus alcances y sus límites, sus discrepancias ideológicas, sus estrategias, sus brumas vinculares), el periodismo independiente no es más que una linda petición de principios, una entelequia cuya fecundidad máxima reside en pensar algunos temas (lo cual no está tan mal), encontrarse entre amigos y libar de brindis sabrosos.

En general, tal como supo observar Ezequiel Fernández Moores, a los periodistas, es decir, a los trabajadores de prensa, no nos está dada la potestad de elegir a nuestros patrones.

Sí podemos, y en cada caso habría que ver hasta dónde se desea, defender a capa y espada cuáles límites les ponemos a nuestros patrones.

UNA IMAGEN VALE MÁS QUE MIL PALABRAS

Este poético lugar común padece de tres problemas.

- 1. Es el comodín llamado a socorrer al periodista que no sabe qué quiere decir ni cómo decir lo que podría decir.
- 2. Es de una obviedad enternecedora. ¡Por supuesto! Imagen es figura, representación, semejanza, representación visual de un elemento y palabra es para que sea dicho con simplicidad, un segmento limitado en una cadena hablada o escrita, que está dotada de una función y esa función, mirá vos, atañe a:

"El valor semántico de una palabra es el conjunto de objetos o situaciones a los que se puede referir, esto es, su ámbito referencial (que sería una clase de objetos, mientras que el significado sería la propiedad que comparten esos objetos, la idea o representación mental que se tiene de ellos".

3. Pero no vayan a creer. Sintonicen su televisión de cable un viernes a la medianoche y acaso se sorprendan al descubrir que cientos y cientos de imágenes son cartón pintado.

Y si a Obama se le ocurriera decir, por ejemplo, "esta noche invadiremos China", cuatro palabras, nada más que cuatro, cambiarían el destino de la humanidad.

"YO NO TENGO FILTRO"

Tenga mano, tallador. Si somos periodistas y no tenemos filtro, más que sentirnos orgullosos deberíamos examinar nuestra idoneidad o ir a ver a un psicoterapeuta.

El ejercicio del periodismo requiere conocimientos específicos y técnicas específicas. Y también requiere discernimiento, pertinencia y control de las emociones.

Lo contrario del filtro es lo extemporáneo. Lo inopinado. El exabrupto. El vómito. La desubicación. La impertinencia. La vulgaridad.
Les tengo una mala noticia, muchachos: ¡Un periodista

es periodista entre otras cosas porque tiene filtro!

FISCALES DE LA PATRIA

¿Fiscales de la patria?

Este mito sólo puede prosperar a través de dos caminos.

La subestimación de la patria y sus fiscales.

La sobreestimación de los periodistas.

Y todo eso junto es un cóctel tan livianito como el que podría agitar un barman mexicano en una discoteca de Monterrey.

Y DALE CON LOS RELATORES ENOJADOS

Los relatores de fútbol son seres encantadores.

Sí, encantadores. Encantadores en el más estricto sentido de la palabra. Producen estados de encantamiento. Hacen prestidigitación y dejan muy viva y grata impresión en el alma y en los sentidos.

Los relatores de la radio, por ejemplo, son portadores de un malentendido maravilloso: interpretan el suceder de un partido y en alguna medida lo traducen, lo imaginan, lo inventan, puesto que las palabras jamás pueden reproducir la realidad tal cual es.

Pero la maravilla no estriba ahí, la maravilla estriba en el hecho de que nosotros (en el living de nuestras casas, o al volante de un auto, o en un ómnibus, o a escondidas en un cumpleaños, o a cuentagotas según nos permitan las grietas del oficio que cultivemos), imaginamos el partido que imagina el relator.

Y le creemos. Todo se lo creemos, tal como se cree el truco del mago. Tal como se creen las mentiras piadosas. Tal como se creen las gotas de certeza que aun cuando sean parte de una sustancia brumosa, vasta, inabarcable, hacen la vida llevadora, sabrosa, burbujeante.

Y aunque por televisión mucho de ese trance hipnótico cae bajo la onda expansiva de las imágenes, seguimos eligiendo entregarnos al magnetismo de los relatores.

Por alguna insondable razón. Por alguna misteriosa y vigorosa razón acaso ligada a nuestras remotas marcas infantiles o quién sabe incluso a inscripciones arcaicas: el embeleso de que la voz elegida nos lleve de travesía por la fantasmagórica

selva donde no todo es lo que parece y lo que no parece puede volverse más real que la misma realidad.

En mi condición de profesional ha sido un honor y es un honor acompañar a estos sabios de la tribu. Y siempre, pero siempre, bajo la piel del profesional que soy ha pulsado el deleite inaugural de ser guiado por estos verdaderos oficiantes de la ceremonia del "Dios Redondo" (Juan Villoro dixit).

Negado para el relato, como soy, pero adorador del relato y de los relatores, me hace ruido, me da dolor de estómago y me indigna la irrupción y la trascendencia que han ganado relatores, o creídos de que son tales, que sin el menor rubor hacen tabla rasa con lo más constitutivo, noble, gustoso y valioso de tan distinguido oficio.

Ahí están las meritorias contribuciones de Cristian Banay, que semana a semana repone en YouTube las andanzas de narradores variopintos a quienes de puro piadoso califica de "enojados".

En realidad, menos que enojados son relatores desaforados, cebados o, peor, dinamitados. Dinamitados en su propia estima y en el respeto y la estima que deben al ejercicio periodístico, a los futbolistas cuyas labores describen y a las personas destinatarias de sus narraciones.

¿Por qué, para qué, por más relator partidario que se sea, insultar a los jugadores y matar de un solo tiro al pájaro del buen gusto y al pájaro del respeto, mínimo, vital y móvil?

¿Para qué, con qué objeto, en nombre de qué piolada, de qué credo, de qué causa superior, emplear el glosario de la genitalidad explícita y el de los más íntimos fluidos biológicos?

¿Qué sentido tiene remedar las claves discursivas de Enrique Pinti cuando esas claves disponen de un contexto específico y además esos modos sólo les quedan bien a Pinti porque es Pinti y a cuatro o cinco más?

¿De qué planeta ha venido el señor que sin atisbos de recato, al contrario, sacando pecho, infatuado, se atrevió a llamar "marica" (sic) al jugador Patricio Toranzo, de Huracán?

¿Nunca se les ha pasado por la cabeza a los relatores desbocados que supimos conseguir que las cuentas del universo son más grandes, infinitamente más grandes que el placer pasajero de las canchereadas de colegio secundario, que las apetencias circenses de los anunciantes, que los ceros de la cuenta bancaria, que la miel de miles seguidores de Twitter, que la incalculable cifra de la vanidad?

Me dispongo a salir de este tema, de un tema que me ocupa, me preocupa y, es claro, me transmite una mezcla de desaliento e irritación que intento domeñar en la búsqueda de algo más interesante que desalentarme e irritarme: interpretar, reflexionar, pensar, invitar a que los que puedan y quieran hagan eso mismo, pero mejor, mucho mejor que yo.

Pero antes de salir del tema abrevo en un nombre propio: Lito Costa Febre. Lito es un relator fantástico, de los mejores de este tiempo (buena voz, buena dicción, ritmo, entendimiento del juego, manejo de los crescendos, etcétera), que en el medio del relato de un gol de Teo Gutiérrez en el Mineirao se despachó con una grosería inaudita.

Jamás, en los 57 años y monedas que ando por este mundo, había escuchado esa guarangada en un medio de comunicación, jamás había pensado que alguien llegaría a pronunciar-la por radio, mucho menos en el relato de un partido de fútbol y menos que menos, Costa Febre.

En este caso, lo confieso, no me enojó, no me indignó: me dio pena. Me apenó que un estupendo profesional como Lito Costa Febre haya sido colonizado por la dictadura del stand up mal entendido. Y que se haya alejado tanto de la orilla. Y que haya saboteado un relato de gol que venía airoso y luminoso con su sinfónico sello.

Me hace bien deducir que se ha tratado de una desdichada excepción.

NOTAS LATERALES

Y ya que Internet tiene las patas largas, ¿qué tal si nos esmeramos en que el abecé del periodismo no tenga las patas cortas?

Adoro esto que Dante Panzeri supo responder en un correo de lectores: "Si usted me demuestra que es mejor lector que yo periodista, entonces usted es mejor que yo".

El riesgo que me persigue todo el tiempo es el de ponerme solemne. Todo quien opina corre ese riesgo. Ahora: ¿el antídoto para la solemnidad debería ser la ligereza, la bobada, la vacuidad?

En el periodismo futbolero sobra de todo (acaso, también, nobleza obliga, columnistas como un servidor) y faltan investigadores. Faltan tipos como Federico Bassahún, Diego Borinsky, Alejandro González Casar, Christian Rémoli, Gustavo Grabia, Gustavo Veiga, Ernesto Rodríguez III, el patriarca Ezequiel Fernández Moores y algunos más que mi memoria deshonra.

¿Cuánto hace que no nos preguntamos cómo juegan Mauro Icardi, Maxi López, Fabián Cubero?

Abundan los futbolistas que no aman el fútbol. Abundan los periodistas que no aman el periodismo.

Hay colegas que hablan de "meter un éxito". Un lenguaje de rock star. ¡Help, John!

•

Un colega me pregunta si tengo posición tomada acerca del escándalo que atañe a Fernando Niembro. Me lo dice, el colega, sin segundas intenciones. Advertido de que estoy en el tramo final de la redacción de este libro.

Palabras más, palabras menos, transcribo mi respuesta.

Desde el punto de vista del perfil ideológico y político, estoy en las antípodas de Niembro. Y eso no constituye ningún secreto: alguna vez, no hace tanto, hemos cotejado nuestras diferencias cara a cara, sin atisbos de llegar al agravio personal ni de dar por concluida la tertulia a los puñetazos.

Si se comprobara lo que se imputa a Niembro, lavado de activos de origen ilícito, va de suyo que merecería mi condena lisa y llana, del mismo modo que repudio y condeno esos actos con independencia de los nombres propios.

Del Niembro periodista sólo diré que me incomodan su proclividad a la aseveración tendenciosa, de propósitos brumosos, a la vez que cierto deleite en profesar el rol de villano de film de Holywood.

Del Niembro periodista me agradan algunos sólidos pilares de su oficio: la capacidad de opinar y de hacerse escuchar sin que pase un carro, su pericia de entrevistador y la operativa naturalidad con que modera paneles de conformación heterogénea.

Y paro de contar. Me abstengo de la cobardía de golpear a quien está en el suelo.

WALTER VARGAS

Fustigar a Fernando Niembro es hoy igual de heroico que jugar al tiro al blanco con un muñeco de nieve.

No está en la naturaleza de nuestro trabajo pronosticar nada. Si lo hacemos, lo hacemos para sazonar un plato sabroso que es parte de un sobreentendido con la gente que nos escucha.

Sin embargo, curiosamente, se nos juzga y se nos condena por aquello que se nos pide. Me causa gracia cuando se nos acusa de hablar con el diario del lunes. ¡Por supuesto que hablamos con el diario del lunes... si el diario del lunes lo escribimos nosotros!

En general, nuestro trabajo reside en analizar hechos consumados. Se nos impele: ¿por qué no dijiste antes que si Fulano entraba por Mengano el funcionamiento del equipo iba a resentirse?

¿Y por qué tenía que decirlo yo?

Ni el propio DT, que había incluido a Fulano por Mengano, estaba seguro de que el enroque fuera a funcionar.

Pasa que ha cambiado tanto la relación periodista/lector/oyente/etcétera, que terminamos demasiado pendientes de que se nos acepte y se nos quiera.

De todos modos, encuentro vital hacerse fuerte en una constante búsqueda de perfeccionamiento y en una templanza en las emociones capaz de acolchonar los días malos, los comentarios malos, los eventuales errores que cometemos en medio de un comentario.

Supongamos que intervenimos 30 veces en cada tiempo, un total de 60 veces en un partido. ¿No es exigirnos demasiado ser cada vez certeros en el concepto, y fluidos, y ocurrentes, y estéticos, y además pedagógicos?

Nuestro grado de exposición es mayúsculo y las redes sociales constituyen un puente en apariencia cordial pero siempre a punto de estallar.

Las redes sociales han fomentado el cobarde siglo XXI. Cualquier despistado, corto de entendederas, insustancial, tenga 15 años o 65 años, detrás de una pantalla, escondido detrás de un Nick, se cree con derecho no ya de juzgar tu trabajo, también de darte clases de no se sabe qué, de insultarte, de descalificarte, de ningunearte.

Podrás hacer el mejor comentario de tu vida, pero basta que te equivoques una vez, una sola vez, en un dato o en un concepto, y el tipo no va a incluir ese error en un escenario más amplio, por qué no vasto (el partido, todos los partidos que te ha escuchado comentar antes, o el todo de tu trayectoria), no, el tipo va a tomar uno de estos dos caminos: 1. Suponer que te equivocaste de mala fe, porque hablaste "mal" del Barsa y se te nota que sos del Madrid, o viceversa; 2. Porque sos un inepto.

Las redes sociales tienen una impronta democrática que, por supuesto, defiendo por una elemental cuestión de principios, pero al tiempo son herramientas que el seguidor de fút-

WALTER VARGAS

bol por la tele emplea para tramitar sus frustraciones o para vomitar su ligereza, su mal gusto, su maltrato y, a menudo, sus canalladas.

¿Quién dijo que lo contrario de lo solemnidad es la vulgaridad, la chiquilinada, la estudiantina tardía, la excentricidad, el mal gusto, la estupidez, la payasada extra circense.

Lo contrario de la solemnidad es la sencillez, la espontaneidad y la naturalidad.

Pero no cualquier sencillez, no cualquier espontaneidad, no cualquier naturalidad.

Sencillez no es un atributo de lo extemporáneo.

Espontaneidad no es despiste.

Naturalidad no es exabrupto. No es regurgitación.

No es el libre albedrío del pantano.

Una cosa es un locutor. Otra cosa es un comunicador. Otra cosa es un animador. Otra cosa es un analista. Otra cosa es un periodista.

Aunque un periodista pueda ser locutor, comunicador, animador y analista.

Una devoción que a menudo nos traiciona y nos afloja las clavijas de las entendederas.

O Menotti. O Bilardo. O Bielsa. O Maradona. O Messi. O la Coca Cola. O la cerveza rubia. O los ñoquis de la nonna, O las películas de suspenso. O el Jijijijiji de los Redonditos de Ricota. O las curvas de Marylin Monroe o...

Si se trata de militar, militemos.

Pero cuánto nos valdría saber que sin darnos cuenta el

furor militante podría conducirnos a una emboscada fatal: terminar militando por y para la necedad.

El periodista está obligado a sembrar credibilidad.

Credibilidad: veracidad, autenticidad, verosimilitud, certidumbre, aceptación.

Pero antes está obligado a sembrar confianza.

Confianza: desenvoltura, aplomo, crédito, familiaridad.

Y antes que eso está obligado a sembrar su propio sembrado: su caja de herramientas.

Eso que no se vende en Farmacity ni se expende detrás de la barra del boliche de moda.

Somos lo heredado. Somos lo adquirido. Somos lo que podemos. Somos lo que no queremos ser. Somos lo que elegimos.

También los periodistas.

Del periodismo al perioabismo.

La estrepitosa caída por el desfiladero de la oquedad carnavalesca.

Del manicomio a la carta.

A confesión de parte, relevo de prueba: tomo nota de que en un programa de Radio 100, un magazine mañanero, Bebe Sanzo secunda a Guido Kaczka.

Hago las cuentas: Bebe Sanzo, locutor de una voz espléndida y un espléndido perfil de conductor. Baqueano en música, en cine, en cultura general, siempre bien informado, capaz de devolver la pared más difícil con pertinencia, buen gusto y sentido del humor.

Guido Kaczka: estrella entre estrellas de la cultura del envasado al vacío.

WALTER VARGAS

Y la batuta la tiene Kaczka, o Kafka. Un Gregorio Samsa moderno, pero sin la desesperada nobleza de la criatura de La Metamorfosis.

Hace cosa de dos décadas, en Telefé, el zar de la época, el cráneo más cráneo de la calle Pavón, no veía con buenos ojos a Miguel Simón.

¿Miguel Simón no tenía competencia en sus temas? ¿No empleaba bien la lengua castellana? ¿No se entendía lo que decía? ¿Qué?

Nada de eso. El zar no lo veía con buenos ojos porque se sentía a disgusto con el modo que Simón combinaba sus corbatas.

Admito en el zar su capacidad de visionario: en la televisión argentina de hoy ese tipo de disquisiciones profundas salen como pan caliente.

A propósito de la tevé que supimos conseguir.

Desde cierta perspectiva, la vía de inserción de algunos periodistas futboleros no se distingue mucho de la vía de inserción de las chicas de vida licenciosa y facturación copiosa.

El chiste reside en decir en cámara un disparate, dos disparates o cinco disparates que circularán como reguero de pólvora en los programas de resúmenes que a su vez serán replicados por portales y programas de radio que viven de la caja boba.

Instalados los disparates, instalado el bocón, instalado el aleluya que promueven los disparates y el bocón, una lumbrera cortadora de bacalaos subirá el pulgar, oficiará el bautismo, abracadabra: he aquí un flamante winner de suma utilidad para la cartera de la dama, el bolsillo del caballero y La Tiendita del Horror.

Un rozagante y escalofriante depordivo.

Han bajado el techo. Han bajado el piso. Entre el piso y el techo, la mediocridad.

En los bordes de la mediocridad, o peleando a brazo partido con la mediocridad, o peleando incluso en medio de una densa nube de mediocridad, mohicanos solitarios, o agrupados, o disgregados, capaces de ofrecer su corazón y su honestidad, y sus palabras, y sus ideas, y su buen gusto.

Trovadores que no dejan cantar de bajo el aguacero. Predicadores en el desierto.

Ingenuos que recitan a García Lorca en el pandemónium de la Bolsa de Valores.

El mercado laboral está determinado por causas y azares.

Y el mercado del periodismo, y sus vías de acceso, son hostiles y en apariencia monolíticos.

Pero no vayan a creer: no hay un sistema que no tenga grietas ni Alcatraz que no dé con un estratega capaz de animarse a hacer saltar la banca.

Secretos, lo que se dice secretos, no hay. Preparación, formación, paciencia, persistencia y el olfato alerta para captar el valor de la oportunidad.

Entre la desdicha de un oficio que cultivamos de mala gana y el estrellato en la tevé hay infinidad de matices.

Allí mismo, en los entresijos de los matices, a menudo cantan victoria los vigores sanmartinianos.

Los tiempos han cambiado. Los modos. Los estilos. De ser, de estar, de comunicar.

WALTER VARGAS

Hasta hay una nueva cultura del cuerpo.

Y eso atañe a jugadores, periodistas, hinchas, entrenadores, dirigentes.

Un periodista joven no tiene por qué ser un joven de otro tiempo.

Que sea todo lo metrosexual que quiera. Que se depile, que vaya a la manicura, a la pedicura, que pague un asesor de imagen, que se tatúe, que se registre en cien redes sociales y si quiere que su hastag sea YoMeAmo.

Pero nada de eso ahorrará su formación como periodista.

Los futbolistas de hoy andan chochos por la vida, como bola sin manija entre el tatuaje y la selfie, Twitter y la mannequin, de moda, pero...; los arqueros atajan, los defensores defienden y los delanteros hacen goles!

Hagan periodismo. Fórmense. No se conviertan en un ganso feliz y pegajoso.

Y si se convierten en eso, que jamás les caiga la ficha: tal vez se depriman y ya sea demasiado tarde para lágrimas.

El papel podrá morir. El periodismo, lo dudo.

Ya que el papel/puente está condenado a desaparecer, por lo menos hagamos el viaje agradable y éticamente justificado.

Y dale con el lenguaje: hablemos bien sin mirar a quien, y si miramos a quien, que sea alguien que hable bien.

Pocas cosas me infunden más temor que leer en el portal Equis que "explotaron las redes sociales".

Me infunde más temor que la Yihad islámica. Me infunde más temor que la posibilidad de que Estados Unidos invada China y se desate la Tercera Guerra Mundial.

Cuando leo que explotaron las redes sociales y me asomo

a ver, lo más probable es que me encuentre con la flamante secuencia de tuits que Jimena Barón destinó a Daniel Osvaldo.

Con el topless de Wanda Nara en las playas de Ibiza.

Con fotos de Cristiano Ronaldo a bordo de su nuevo plato volador.

Con el video de un jugador de la selección de Benín que en el festejo de un gol imita los rasgueos de la guitarra de Jimmy Hendrix.

Con las imágenes del director técnico que sufrió un ataque de tos en plena conferencia de prensa.

Con algún infaltable "relator enojado" que mata tres pájaros de un tiro y en una sola oración es capaz de condensar homofobia, xenofobia y estetofobia, que vendría ser algo así como la repulsión al buen gusto.

SUGERENCIAS A LOS PERIODISTAS PRINCIPIANTES

-Las técnicas periodísticas podrás aprenderlas a través de las instituciones y las horas de vuelo. La combustión del deseo, de las ganas, de la curiosidad y del persistir en ser cada día mejor, eso no te lo dan ni la mejor escuela de periodismo, ni los mejores profesores, ni Farmacity, ni ¡Llame ya!

-Hay gente que se pasa la vida sin saber dónde está su vocación. Si disponés de la dicha de haber descubierto tu vocación y resulta que tu vocación es el periodismo, la mejor manera de honrarla es sostenerla con dedicación y esfuerzo. Cuando la vocación es defendida con dedicación y con esfuerzo se alumbra una genuina decisión existencial. Y no vayas a creer que a lo largo de tu vida deberás afrontar demasiadas decisiones existenciales.

-Te formarás con las instituciones, pese a las instituciones y por fuera de las instituciones.

-Tal vez deberías resistir la tentación de emplear las redes sociales para denostar a los periodistas que menos te agradan, pero de forma especial deberías resistir la tentación de denostar a los periodistas de una vasta trayectoria. Es altamente probable que gente que lleva 40 o 50 años en la profesión se haya ganado un mínimo de respeto.

-También deberías resistir esa tentación en defensa propia. El periodismo argentino está lleno de jóvenes e incluso no tan jóvenes con aires de estar de vuelta de todo cuando en realidad todavía no han salido ni a la vereda.

-No escribas ni hables en función profesional sólo para ser simpático con alguien. Tu trabajo no consiste en ser simpático.

-No digo que debas ser antipático, gruñón, odioso o abiertamente agresivo. Lo que intento decir es que una cosa son las relaciones públicas, los RR.HH, la animación de cumpleaños, las publicidades de pasta dental, y otra cosa es el ejercicio de informar, analizar, interpretar, entrevistar, opinar.

-Pensar es siempre una forma de la aspereza. Pensamos para nosotros, con otros y para otros, pero también pese a otros y contra otros. Cualquiera de esas cinco vertientes que declines mellará tu bagaje, tu autonomía, tu rigor y tu credibilidad.

-Si entre otras cosas zafar es excusarse de hacer una cosa, zafar es hoy uno de los deportes que se practica con mayor entusiasmo. Podrás zafar de una materia o de diez, de un profesor o de diez, de cinco editores, de diez textos y de cien trabajos, pero jamás podrás zafar de la mirada de tu otro yo pasional, responsable y exigente. A lo sumo podrás anestesiarlo, o sobornarlo, pero no te saldría gratis ni tampoco tendrías garantías de que te dejará en paz.

-Toda ideología tiende a buscar reproducir su ideario y toda patronal persistirá en sacar lo mejor de vos. Y también, a veces, lo peor de vos. Estará en vos o no meterte en la boca de ese lobo, que a menudo equivale a la boca del lobby.

-Si no confiás en tu potencial, si no creés, si no te formás, si no persistís, si no te autorizás, podrás estar rodeado de los cien mejores profesores de periodismo y te sentirás más solo que un cactus en medio del desierto.

-Las recetas mejor dejárselas a Maru Botana y Narda Lepes. Pero sin necesidad de recetar, puedo compartir un mensaje en una botella que encontré hace unos cuantos años: la enorme utilidad de evaluar el trabajo ajeno como si fuera propio y evaluar el trabajo propio como si fuera ajeno.

Una cosa ofrece la saludable ventaja de las identificacio-

WALTER VARGAS

nes nutricias: qué bueno, me hubiera gustado escribirlo así, o decirlo así. O por lo contrario: qué mal, qué feo, me da cosa, escozor, vergüenza.

La otra te resguarda del peligro de enamorarte de todo lo que escribís o decís y a la vez te vuelve más riguroso.

-En tu vida profesional tendrás pocos saltos de calidad. Por lo menos esos saltos de calidad cuya elocuencia se vuelve visible para los demás y para vos mismo.

Parece mágico: un día te levantás, te disponés a trabajar, trabajás, difundís tu trabajo y resulta que te sentís diferente y los demás se dan por enterados de que estás diferente. Mejor dicho: de que ya sos diferente.

-Parece mágico, pero de mágico no tiene nada. Todo lo demás, todo lo que hay entre un salto de calidad y otro salto de calidad es trabajo de hormiga, constancia, paciencia, método, curiosidad, horas de vuelo.

-Cuanto antes encuentres tu estilo, mucho mejor. Pero si tu estilo demora en llegar, lo más saludable será evitar la frustración y la ansiedad. El estilo es como esos frutos que caen en el exacto momento de madurar.

-En cambio, un estilo forzado es como una prenda a la que se le nota la costura.

-Recibí los elogios con gratitud pero cuidado con empacharte de miel.

-Y que no te sorprenda que el seguidor que te califica de "maestro" y de "genio" a los dos minutos califique igual a alguien que te pone los pelos de punta.

PERIODISMO DE PERIODISTAS

¿Periodismo de periodistas? No, qué horror, qué espanto. Qué pavada.

Por supuesto que salvo en contextos muy específicos la coloquial interacción de periodistas que hablan de ellos mismos no suma nada. Y si suma anda por el lado del regodeo ombliguista, cada quien se mira el ombligo y cada tanto intercambia con el otro, o con los otros, flores, centros a la cabeza y otras variantes de la sobada de lomo, del guiño almibarado. (En más de un capítulo he puesto la lupa en ese módulo).

Pero estoy hablando de otra cosa. Hablo de reflexionar acerca del propio quehacer, de mi quehacer, de tu quehacer, del quehacer de nosotros. Hablo de nuestro trabajo, de nuestro oficio, de nuestro rol profesional. Hablo de nuestros modos y nuestras herramientas y de nuestro sello en el empleo de esas herramientas y de sus fuentes de aplicación, y de sus efectos, deseados e indeseados, deseables e interpelables.

¿Por qué no? ¿Por qué no sería valioso el intento de indagar, indagarnos?

¿Por qué será que genera pánico?

Ingenieros y arquitectos, economistas y filósofos, médicos y políticos, deliberan, meditan, especulan, discurren, teorizan, ¡piensan!, acerca de sus funciones.

Y los periodistas, ¿por qué no?

Entonces: soy periodista y en la medida que analicé mi condición de periodista también me he abismado en la condición de otros periodistas y del periodismo especializado en el fútbol en particular.

WALTER VARGAS

Si quieren verlo así, este ensayo ha hecho periodismo de periodistas.

He asumido el desafío y asumiré sus consecuencias.

ELOGIO DEL PENSAR

Pensamos a martillazos, por retazos, por imperativo biológico, por legado cultural, por tono emocional, por hambre conjetural y sed existencial. Pensamos a los tumbos, pensamos sin rumbo, pensamos encaminados, extraviados, atribulados, abismados, conmovidos, raros, como encendidos.

Pensamos por asociación, por deducción, por pulsión, por decisión, por vocación, por devoción; pensamos hacia atrás y hacia adelante, hacia la izquierda y hacia la derecha, de frente y de costado, acostados y acodados, por intuición, por percepción y por sospecha, boca arriba y cabeza abajo, derechitos y por las piedras, obstinados como la hiedra; pensamos al revés, por envés, de vez en vez.

Pensamos en la urdimbre y por costumbre, en la duda y por las dudas, avispados y despistados, por concepto y por instinto, con mate, con café, con té, con vino tinto; pensamos verticales, laterales, primordiales, cardinales, por lirismo y fatalismo, por abismo y por sí mismos, por nosotros, con los otros, contra otros, para otros.

Pensamos caminando, navegando, retozando, pensamos en el tren, siguiendo el tren, perdiendo el tren; pensamos en el campo y en la ciudad, en el mar y en la montaña, pensamos en el tedio de las fiestas y en la peluquería, en la sala de estar y en la cola de cine, en el balcón terraza y en el patio y bajo la pa-

rra, pensamos poniendo la carnada, haciendo la ensalada, untando mermelada.

Pensamos para abrir el problema, para entrar en el tema y para salir de un brete, al garete y en el retrete; pensamos por ética y por estética, en texturas y colores, con premura, a borbotones, sin guardar las apariencias, sin medir las consecuencias, por ciencia y por insistencia.

Pensamos en invierno, en verano y en las otras, aburridos como ostras, divertidos, obstinados, minuciosos, perezosos, bien temprano, trasnochados, poblados y despoblados, animados, animando, curioseando, desculando, laguneando, chamuyando, lunfardeando.

Pensamos para ir, para venir, por porvenir, y pensamos antes de dormir y después del amor, y por amor y con dolor, y hasta morir, por pundonor y porque sí, y por qué no, y cuando ya no estemos aquí, cuerpo-cabeza-corazón-alma pensante, todo, todo, todo, todo persistirá en el papel, en otras voces, en otros otros, que evocando lo pensado honrarán el nosotros y nos honrarán, y nos nombrarán, y nos portarán, y nos salvarán. Amén.

NOTA OPTIMISTA

Dicho todo lo dicho (sin abjurar ni una coma, mas también ajeno al rol del heraldo del periodismo incontaminado), otorgo la posibilidad de que las cosas puedan ser vistas de otro modo.

Que acaso el imperativo de la hora resida en establecer las coordenadas de una lucha todavía en pleno fragor.

Que tal vez sólo se trate de una nueva transición que si llegara a ser venturosa debería limar los efectos indeseados de las formas tradicionales sin quedar instalada en la banalidad y el mal gusto imperantes hoy.

Que ni todas las batallas han sido perdidas ni todos los anticuerpos fagocitados.

Que el sistema inmunitario del periodismo tal y como lo he concebido, interpretado y justipreciado no ha dejado de ejercer sus derechos y sus razones.

Que una vez debilitados los fulgores de las modas imperantes (la moda de la farandulesca y circense fruslería presentada como periodismo de avanzada), triunfará la amalgama de lo más nutricio de lo que fue, de lo que va siendo y de lo por venir.

Y por qué no, que el periodismo recupere, con mejores perspectivas, el espesor ideológico que hoy pierde por goleada.

No hay fantasma al que en determinado momento no se le caiga la sábana y ya no sea capaz de asustar a nadie.

Al modo del enamorado cuya amada no acudió a la cita, me exijo una última mirada esperanzada antes de perderme en la noche de mi desaliento.

¿Y qué encuentro?

Encuentro periodistas de todas las edades que perseveran en honrar la profesión. Desde los 24 años de Ezequiel Scher a los 86 de Enrique Macaya Márquez, pasando por todas las franjas generacionales.

Encuentro guerreros que se debaten en inferioridad, allí y acá: redacciones, portales, webs, blogs, estudios de radio y de televisión.

Encuentro pequeños emprendimientos de jóvenes que con recursos escasos se debaten contra el cruel anonimato.

Encuentro islas, islotes, bastiones de pibes y de no tan pibes que no necesariamente llegan a las universidades y a las escuelas de periodismo inspirados en la melindrosa figurita en boga.

Pibes y no tan pibes menos inspirados en la baratija del tener que en la azarosa y dichosa búsqueda del ser.

A todos esos desobedientes, revoltosos, rebeldes con causa, está dedicado este libro.

Walter Vargas

AGRADECIMIENTOS

A los alumnos y ex alumnos que me estimularon a escribir el libro.

A los entrañables colegas y amigos que se tomaron el trabajo de leer sucesivos borradores y acercaron observaciones, enmiendas, posibles añadidos: Pablo Alabarces, Juan Manuel Allan, Eduardo Caimi, Eduardo Castiglione, Emilio Coppolillo Bianco, José Luis Cutello, Hernán De Lorenzi, Alejandro Di Giácomo, Carlos Fanjul, Diego Fucks, Daniel Guiñazú, Román Iucht, Jorge Marinelli, Marcelo Nogueira, Fernando Pacini, Juan José Panno, Tito Puccetti, Eduardo Rojas, Héctor Sánchez, Germán Sosa y Javier Verde.

Al gran Daniel García, que me honró con su fotografía.

A Gustavo Bernstein y Jorge Trasmonte, celosos y generosos editores.

Al maestro Ezequiel Fernández Moores, cuyo prólogo ha desatado en mí una imprecisa mezcla de rubor y emoción.

Al Chopo Boccalatte y Marcos González Cezer, dos incorregibles que siguen creyendo en mí.

¿Y quién se cree que es Walter Vargas para opinarnos sobre lo que está bien o mal en nuestro periodismo deportivo?

A esa pregunta, que más de uno podría hacerse leyendo este libro, le respondo que Walter Vargas es uno de los testigos más lúcidos y profundos que conocí en mis casi cuatro décadas de periodista.

En Periodistas Depordivos, Walter nos avisa desde el título una mirada crítica del periodismo deportivo actual. Es una mirada que comparto. Porque, como Walter, también amo mi oficio, pero me identifico cada vez menos ya no sólo con el periodismo deportivo, sino con el periodismo a secas. Con una industria que busca impactar antes que informar. Y que, de tanto impacto, termina deformando, no informando. Hoy, es cierto, me parece más inofensivo el periodista deportivo que grita por TV que "fulano se tiene que ir" que el especialista de economía que nos pronostica tormentas que nunca llegan y oculta las que sí llegan. Pensar –nos dice Walter– "se ha vuelto más peligroso que un cable electrificado".

Arriesgado, Walter debate sobre el caso Olé –donde trabaja-, sobre las taras carnavalescas de lo que una vez denominó "periodismo fierita" y sobre los periodistas que, como escribió alguna vez el gran Gay Talese –cirujano de la palabra como Vargas– "hacen las preguntas de siempre y obtienen las respuestas de siempre". Talese escribió alguna vez que leyendo a Irwin Shaw aprendió de fútbol americano, que Carson McCullers le enseñó hípica y Francis Scott Fitzgerald le enseñó golf. Walter sugiere a los cronistas más jóvenes que se enriquezcan con las ciencias sociales, que no lean solo Olé para estar al día, sino que busquen también otros textos para escribir de deportes. Agregaría que, también, podrían leer Periodistas Depordivos. Porque Walter nos habla de algo más que del periodismo deportivo. Habla del periodismo, ni más ni menos.



Ezequiel Fernández Moores



Walter Vargas (La Plata, 1958) es, en orden impreciso, periodista, narrador, psicólogo social y docente. Se desempeña como columnista del diario deportivo Olé, redactor de la agencia de noticias Télam y comentarista de fútbol internacional en ESPN. Asimismo colabora con la revista Animals! y con el suplemento literario de La Gaceta de Tucumán y es profesor de la Universidad de Palermo (UP).

Ha publicados seis poemarios: Regreso del llanto (con José Luis Cutello en Re/cortes de tijera co/razón de al (h) ambre, 1988), Perchas Flojas (1991), Diccionario de equívocos (con Patricia Mercado, 2004), Noches de sal (2005), Marchar hacia la espera (2007) y Cabezas de ranas (2009).

Cuatro de sus relatos constan en sendas antologías: La nueva soledad en Diez Relatos Cinematográficos (Biblos, 1988); Uno menos en De puntín (Ediciones al Arco, 2003); Del diario íntimo de un chico rubio en Y el fútbol contó un cuento (Alfaguara, 2007) y Sol de enero en Elecciones (Raíz de Dos, 2011).

En Raíz de Dos también publicó Secretos de Buenos Aires, en 2014, con fotos de Daniel García.

Su ensayo *Fútbol: opiniones y merodeos*, participó de la compilación deportiva *Jugados* (Eudeba, 1999).

Periodistas Depordivos es su sexto trabajo para Ediciones Al Arco: además de formar parte de De puntín, en 2004 presentó el libro de cuentos Del diario íntimo de un chico rubio, Fútbol Delivery en 2007, Cambios de Frente en 2008 y Equipos Cortos en 2013, los tres de ensayo periodístico.